

PUENTE DE LETRAS

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA

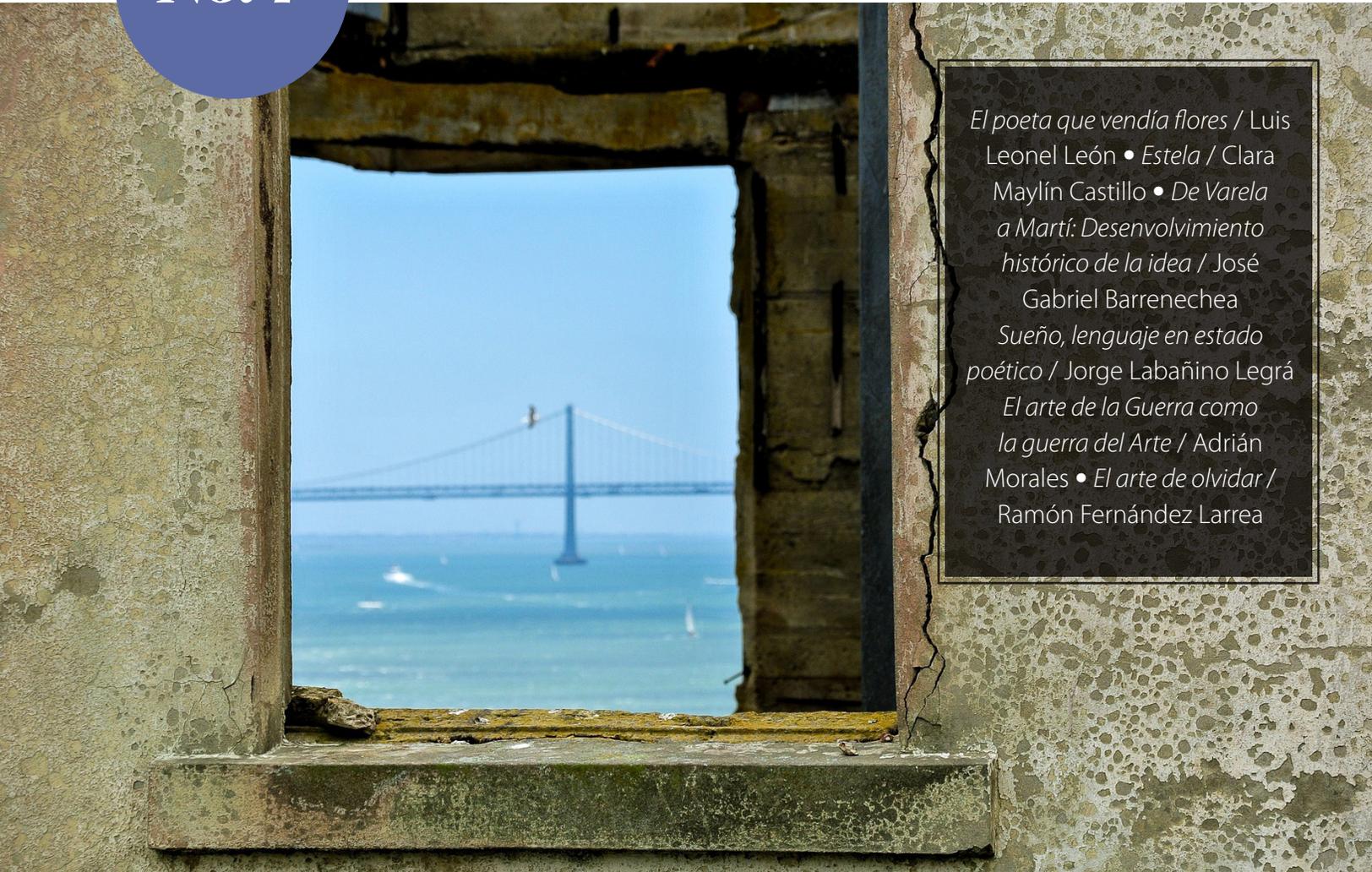
AGOSTO DE 2017

No. 7

Editorial:
Diez años a
contracorriente

Dossier
dedicado a
Rogelio Fabio Hurtado

*El poeta que vendía flores / Luis
Leonel León • Estela / Clara
Maylín Castillo • De Varela
a Martí: Desarrollo
histórico de la idea / José
Gabriel Barrenechea
Sueño, lenguaje en estado
poético / Jorge Labañino Legrá
El arte de la Guerra como
la guerra del Arte / Adrián
Morales • El arte de olvidar /
Ramón Fernández Larrea*



Dirección:

Jorge Olivera Castillo
Rafael Vilches Proenza
Víctor Manuel Domínguez

Edición:

Armando Añel

Coordinación General:

Idabell Rosales

Portadas e ilustraciones:

Pixabay

Consejo Editorial:

Ángel Santiesteban-Prats
Jorge Luis Llopiz
Manuel Cuesta Morúa
Manuel Gayol Mecías
Rafael Alcides
Rebeca Ulloa

Dirección electrónica:

info@puentealavista.org

INDICE

DIEZ AÑOS A CONTRACORRIENTE	4
DOSSIER	8
EL POETA QUE VENDÍA FLORES. Luis Leonel León	9
ROGELIO FABIO HURTADO, UN EXPONENTE DE LA CREACIÓN INDEPENDIENTE EN CUBA. Juan González Febles	13
BLANCO ENTRE LOS ROJOS Y ROJO ENTRE LOS BLANCOS. Luis Cino	15
FOTOGRAFÍA DE UN PAÍS CON POETA INCLUIDO. Víctor Manuel Domínguez	20
POEMAS DE ROGELIO FABIO HURTADO	
NARRATIVA	28
ESTELA. Clara Maylín Castillo Góngora	29
LA VULNERABILIDAD DE LOS ESFÍNTERES. Yusimí Rodríguez	32
LA INVOCACIÓN. Roberto Quiñones-Haces	42
VIÑETAS. Rafael J. Rodríguez	45
POESÍA	49
ELIZABETH REINOSA	50
RUBIEL A. LABARTA	53
RAMÓN FERNÁNDEZ LARREA.	58

ENSAYO	61
DE VARELA A MARTÍ: DESENVOLVIMIENTO HISTÓRICO DE LA IDEA. José Gabriel Barrenechea	62
SUEÑO, LENGUAJE EN ESTADO POÉTICO. Jorge Labañino Legrá	76
EL ARTE DE LA GUERRA COMO LA GUERRA DEL ARTE. Adrián Morales	80
LA POLÉMICA	83
A MANERA DE ACLARACIÓN: NOTA EDITORIAL	
LA EDITORIAL CAPIRO Y EL 'CONTROL OBRERO'. José Gabriel Barrenechea	85
SOBRE UN TEXTO DE BARRENECHEA. Yamil Díaz Gómez.	91
RESPUESTA A LA ELUSIVA CARTA DE YAMIL. José Gabriel Barrenechea	95
ME PAGAS DESPUÉS. Otilio Carvajal	103
LA MERECIDA PAGA DE OTILIO. José Gabriel Barrenechea.	112
SIN PRETENSIÓN ALGUNA: UNA CARTA ABIERTA. Rafael Vilches.	120
TODOS LOS ENVUELTOS EN ESTA QUERELLA SON AMIGOS MÍOS. Mario Félix Lleonart	123
RESEÑAS	129
ESTAS LEVITACIONES / ESTAS GRIETAS EN EL ALMA. Luis Pérez de Castro	130
AUGE Y DESPLOME DE UNA ILUSIÓN. Jorge Olivera.	138
NOTICULTURALES	140
NELTON PÉREZ Y JULIO ANTONIO MOLINETE, PREMIOS 'DULCE MARÍA LOYNAZ'.	141
LA CENSURA ALCANZA A FRANCIS SÁNCHEZ	143
AUTORES DE ESTE NÚMERO	145



DIEZ AÑOS A CONTRACORRIENTE

EDITORIAL

En medio de una campaña represiva que prohíbe, censura y descalifica a los proyectos y creadores que desde una visión alternativa al poder realizan su obra artística o literaria, e incluso a quienes se gestan o desenvuelven con el apoyo, al amparo y dentro de las instituciones culturales del país, el Club de Escritores Independientes de Cuba (CEIC) arribó a su décimo aniversario de creado.

Fundado el 7 de mayo del 2007 por un Comité Gestor que integraban los poetas y escritores Jorge Olivera Castillo y Víctor Manuel Domínguez García, además de los ensayistas Manuel Cuesta Morúa y Luís García Vega (Lucas Garve), el club, remando a contracorriente del rechazo de las autoridades y el acoso de la Seguridad del Estado, está más fortalecido diez años después.

Nacido con el objetivo de dar a conocer y canalizar las obras y autores marginados de la maquinaria publicitaria y editorial de la política cultural de la revolución, y con el marcado propósito de abarcar en sus obras todos los temas concurrentes en la sociedad, el club se ha convertido en un referente cultural que causa pesadillas a los ejecutores de la censura oficial.

No obstante la vigilancia y prohibición ejercidas por la Seguridad del Estado para impedir el desarrollo de las actividades del club, se han realizado decenas de

tertulias y veladas entre las que, por la diversidad de géneros literarios, vale señalar: Huésped del infierno, cuentos, Jorge Olivera Castillo; El castrismo cultural, ensayo, Manuel Cuesta Morúa; Dime cómo hablas, lingüística, Lucas Garve; Quinquenio gris, teatro, Hugo Araña; Inventar un hombre, poesía, Tania Díaz Castro; Prueba de contacto, crónicas, Raúl Rivero Castañeda, y Pagar para ver, novela, de Frank Correa Romero.

Asimismo, para interactuar con las culturas de otras naciones, a través de los Puentes Culturales se realizaron numerosas veladas artístico-literarias en las sedes de varias representaciones extranjeras en Cuba, entre las que sobresalen: Los caminos de la identidad: Cultura y transculturación (Cuba-USA); Entre la ebriedad del cisne y los motivos de son (Cuba-Reino de Suecia); Narrativa del cautiverio (Cuba-República de Hungría); La poesía necesaria: De Goethe a Martí (Cuba-Alemania); Poesía en la ciudad sitiada (Cuba-Polonia); De La Broma a La Insoportable levedad del ser (Cuba-República-Checa) y Por los caminos del arte (Cuba- Reino de Holanda).

Publicaciones, premios, concursos y festivales

Si bien en los primeros años las actividades se vieron limitadas a tertulias, puentes culturales y plegables para dar a conocer una obra *underground* en el país o publicada en el exterior, a partir de la colaboración con

Neo Club Ediciones, en el año 2014, el club amplió y visualizó su gestión, logrando publicar obras en diversos géneros de amplia demanda en el país.

Iniciada la colaboración con Neo Club, diversas obras de autores marginados dentro del país fueron publicadas por esta casa editorial, como son, en la Colección Poesía, *Quemar las naves*, de Jorge Olivera; *Ghetto*, de José A. Velázquez y *Café sin Heydi frente al mar*, de Víctor Manuel Domínguez García, entre otras escritas por poetas negados a escribir por decreto, como simples amanuenses o marionetas de una política cultural que los excluye por disentir u oponerse al poder.

De igual forma, pero en la Colección Narrativa, del mismo sello editorial, se han publicado, entre otros, *Los Tigres de Dire Dawa y otros cuentos*, de Luís Cino Álvarez; *El libro de La Habana*, de Juan González Febles; *Ángeles desamparados*, de Rafael Vilches; *Así lo quiso Dios y otros relatos*, de Orlando Freire Santana y *El regreso de Mambrú*, de Ángel Santiesteban.

Además, en su encomiable labor de rescate y promoción de obras y autores marginados del acervo cultural de la nación, Neo Club ha publicado en estas y otras colecciones de su sello editorial (Ensayo, Crítica, Testimonio y Triunfadores) a decenas de creadores cubanos que residen en la isla o el exilio, dándoles

visibilidad y protagonismo entre los lectores de la nación.

En el propio año 2014 se constituyó el Premio Nacional de Literatura Independiente de Cuba “Gastón Baquero”, que en su primera edición galardonó al poeta y escritor Jorge Olivera Castillo, ex prisionero político de la Causa de los 75 (Primavera Negra de Cuba), quien había publicado varios libros, en narrativa y poesía, en diversas editoriales extranjeras.

En el año 2015, y con el objetivo de reconocer también a quienes desde el exilio contribuyen con su obra literaria a tender puentes culturales que conformen la identidad cultural de una sola Cuba, el Premio Nacional Gastón Baquero fue entregado, en igualdad de condiciones, a los laureados poetas Rafael Alcides Pérez (residente en Cuba), y a Manuel Díaz Martínez, radicado en Canarias, España.

El galardón correspondiente a 2016 recayó en la reconocida y multipremiada poeta y escritora María Elena Cruz Varela, quien purgara en Cuba una prisión política por oponerse al régimen y reside fuera de la isla, y al también multigalardonado narrador Ángel Santiesteban, a quien por sus textos críticos se le realizó un juicio amañado que lo envió a presidio. Reside en La Habana.

Ya unidos en el proyecto Puente a la Vista, integrado por Neo Club Ediciones, el Club de Escritores de Cuba y otros actores de la sociedad civil cubana y el entorno cultural independiente, se crearon los concursos nacionales Dulce María Loynaz (poesía) y Reinaldo Arenas (narrativa), abiertos a todos los poetas y escritores cubanos sin importar lugar de residencia, afiliaciones, credos o tendencias político-ideológicas. En este año que transcurre las bases de ambos concursos incluyen la participación de escritores cubanos de dentro y fuera del país, quienes recibirán los respectivos premios de poesía y narrativa convocados en igualdad de condiciones: derecho a publicar la obra premiada en Neo Club Ediciones, recibir el premio en metálico y ser parte del catálogo de esta solidaria firma editorial.

Como resultado superior de los diversos eventos emprendidos por el proyecto, se realizaron en abril y septiembre de 2016 los festivales VISTA en la capital cubana. Ambos, unidos en su afán de promover la integración cultural de los escritores cubanos dondequiera que residan, se celebraron con obras de los mejores exponentes del arte y la literatura nacional independiente de dentro y fuera de Cuba. Estos eventos culturales han continuado en 2017, desde otras perspectivas organizativas, sin abandonar los espacios ganados a la intolerancia y la represión

de los cancerberos de una revolución esencialmente excluyente en su devenir.

De ahí que a diez años de creado el club estemos de celebración por estos proyectos nacidos para crecer, entre los que sobresale esta revista de Arte y Literatura que en su séptima edición dedica su dossier a uno de nuestros fundadores: Rogelio Fabio Hurtado, recientemente fallecido. Hurtado se mantuvo, contra viento y marea, creando una literatura libre que se abre paso en el público lector.

Vaya este homenaje-editorial a todos los que desde aquí o allá han contribuido a que arribemos a diez años del Club de Escritores, una de las fuentes nutricias que alimenta el rescate de la auténtica cultura cubana donde quiera que radiquen sus autores. Gracias a todos los integrantes y colaboradores que de una forma u otra son parte de esta familia del arte y la literatura cubanas, y que no cesará en su empeño de celebrar otro aniversario en libertad.

*CEIC
La Habana, agosto de 2017*



DOSSIER

ROGELIO FABIO HURTADO

EL POETA QUE VENDÍA FLORES

Luis Leonel León

El pasado 21 de junio recibí la noticia de la muerte de un amigo. Y luego de ese extraño golpe que sólo es capaz de asestarnos la sorpresa del vacío, me di cuenta que habían pasado treinta años desde la primera vez que estrechamos nuestras manos en Acosta y 10 de Octubre (antigua Calzada de Jesús del Monte), una de las intercepciones más concurridas de La Víbora. Una zona por entonces mucho menos deprimente que ahora.

El poeta Rogelio Fabio Hurtado cargaba una carretilla de flores, Pepe Fajardo una botella de Ronda y yo mi mochila de la escuela. Nunca he olvidado aquel encuentro propiciado por la casualidad, “causalidad” diría Fabio, o simplemente porque era el camino cotidiano del poeta y yo sólo había ido con Pepe a comprar ron y cigarros a la vulgarmente célebre cafetería La Conferencia. Allí nos topamos. Por suerte para mí.

“Mi abuela materna vende flores en su casa, allá en Buenavista donde yo nací, y ella, bueno, es una persona muy humilde, pero nunca imaginé que un poeta lo hiciera”, le confesé. Pepe no dijo nada. Y Fabio me contestó: “Los poetas también”.

Hablamos de la poesía cubana del momento, de los beneficios, los problemas y la necesidad de la venta de flores, de lo que me enseñaban en la escuela y lo que no me enseñaban, y no faltaron –casi nunca faltaban– los chistes políticos de Pepe, que no perdió tiempo en mencionarme que Fabio había sido marginado y que estaba seguro de que me gustarían sus poemas. Algo en lo que no se equivocó. No recuerdo quién de los tres dijo la frase: “Escribir poesía puede ser tan peligroso como ir a la guerra”. Pudo ser cualquiera. O quizás es sólo una invención de mi necesidad de recordar, tres décadas después, aquel primer encuentro con el poeta que vendía flores. El único que he conocido que se ganara la vida de ese modo.

Fabio tenía cuarentiún años pero su larga barba canosa le hacía parecer mucho mayor. Yo tenía dieciséis y estudiaba en el pre-universitario Enrique José Varona de La Víbora, escribía poemas que pretendían ser “contestatarios”, adjetivo que entonces me resultaba tan cotidiano y estimulante como escaparme de las clases para leerle a mi novia textos prohibidos en medio de

un enorme campo de girasoles –un campo real, cerca del Café Colón– y luego acompañarla hasta la puerta de su casa (regla inviolable establecida por su madre, que era la única en la familia que sabía que nos fugábamos) para irme a beber rones furtivos con Pepe, Fabio y otros escritores de la zona mientras compartíamos nuestras recientes invenciones. Pepe, el autor de *Nosotros vivimos en el submarino amarillo*, murió el año pasado. Es una extraña sensación recordarles sabiendo que jamás volveré a verlos. Cada vez me parece más real eso de que La Habana se está quedando sin poetas.

El mismo día que conocí a Fabio, descubrí que era católico. En aquellos años no conocía a muchos creyentes, a no ser los santeros de mi barrio, que tenían otro estilo, por así decirlo. Recuerdo que el semáforo detuvo un carro fúnebre y Fabio hizo una pausa en la charla para persignarse. A Pepe, que tampoco era religioso pero que le conocía, no le llamó la atención, pero a mí me sorprendió no sólo la acción, sino sobre todo su mirada, una expresión que denotaba que realmente lo sentía, que no era un mero hábito. Fabio se dio cuenta de mi asombro pero no me dijo nada.

Luego descubrí que también era un poeta de izquierda, pero disidente. Una rara avis. De ahí que se sintiera un poeta entre dos tigres. Nunca llegué a preguntarle si fue su religiosidad quien lo llevó a disentir de la revolución

en la que, como le sucedió a unos cuantos, creyó fervorosamente hasta los primeros años de la década del sesenta. En abril de 1963 el poeta integró las Tropas Coheteriles Antiaéreas y a los dos años fue desmovilizado gracias a un certificado psiquiátrico. Poeta y loco, no era al final una idea descabellada. Desde mucho antes escribía. En 1969 fue incluido en la antología *Poemas David 69*. En su poema titulado *1966* reconoce: “¡Oh sí, yo tuve 20 años! / Yo no sabía nada de vida y muertes literarias / Creía que se publicaba mandando el cuento por correo a las revistas”.

Se definía como un izquierdista por cuenta propia. Y justamente esa defensa de lo personal, aunque fuera desde el campo minado de la izquierda, lo condenó a ser un intelectual proscripto. Ser cualquier cosa por cuenta propia no podía ser bien visto por el régimen. Nunca lo ha sido ni lo será. Y mucho menos alguien que jugaba con las palabras. Curiosamente el poeta y sacerdote nicaragüense Ernesto Cardenal, uno de los defensores de la Teología de la Liberación, le conoció durante un viaje que hizo a La Habana en 1970 y le publicó algunos poemas. Luego la realidad se encargó de distanciar sus ideas y esperanzas de entonces. Pero Fabio jamás abandonó el camino, o al menos el anhelo, de la socialdemocracia.

La casa de su madre, ubicada a unas pocas cuadras de la famosa esquina donde nos conocimos, daba casi al frente a la unidad de la policía política de Arroyo Naranjo. “Aquí no tenemos nada que temer, siempre estamos bien vigilados”, decía con el fino humor que lo caracterizaba. Entrar a aquella casa era como viajar un siglo atrás. O tal vez dos. Los muebles, las cortinas, las fotografías, el murmullo del silencio. Sus tías practicaban un silencio hermético. A veces parecía que vivían en un eterno luto, hasta que por fin escuchaba sus voces amables decir dos o tres palabras. Pero aquel silencio era una especie de venganza contra el ruido, el fingimiento y la banalidad que reinaba afuera. Allí me leyó sus poemas, los primeros y los últimos, los conocidos y los que sólo le leía a sus amigos que, como bien advertía, no eran demasiados. “Como todo el mundo que tiene amigos de verdad”, acotaba.

También le visité en la casa de Marianao, donde vivía con su amada Felina, a quien le dedicó estos versos titulados *La mujer del poeta*: “Después del constante saqueo de la nostalgia, / Sin nada nuevo que leerles a ti y a mis poquísimos amigos. / Oficialmente desocupado, oyendo rumores y chistes excesivamente crueles, / En los suburbios ya de los 50, releída y releída *The Wasted Land* al poeta va quedándole / Un único chaleco salvavidas: la sonrisa sin fraude que le abre como el cielo su mujer”.

En 1980 escribió el poema *En la terraza*, que retrata sus sentimientos ante la partida de sus amigos y familiares durante en el éxodo de Mariel: “La gente atraviesa por mi corazón / De paso a la frontera / Cuando se despiden, apresurados, / Me llevan en sus ojos a lo desconocido / Me dejan encargado de toda su memoria / Apenas tengo dónde guardarles tanta vida / Nací para despedir vuelos nocturnos”.

Además de poesía, género que jamás abandonó, en la década de los ochenta escribió para la primera revista digital independiente cubana, *Consenso*. Y más adelante para publicaciones católicas como *Palabra Nueva*, *Espacios* y *Vitral*. Fue colaborador de *Diario de Cuba*, *Primavera digital* y otros medios donde ejerció el periodismo independiente. Estuvo vinculado a varias agrupaciones disidentes. Era un amante de la revista *Bohemia*, la de antes de la revolución, por supuesto, y de los más exquisitos autores. Leía de todo. “De todo lo bueno y a veces algo de lo malo”, solía decir. Viajó a Estados Unidos en varias ocasiones a visitar a su hijo. Recuerdo que a su regreso a Cuba me regaló su primer poemario, publicado a los cincuenta años, *El poeta entre dos tigres* (Colección *La Torre de Papel*, 1996), que le editó en Miami Carlos Díaz Barrios, y una hermosa revista donde le hicieron una excelente entrevista. Cinco años después publicó el volumen de prosas *Viñetas para un invisible* (2001).

Siempre tuvo una especial relación con la muerte. Era como una especie de amigo cercano con el que sostenía importantes conversaciones sobre la vida. De ahí que pudiera escribir un soneto como este: “Vivir es olvidar mal lo vivido, / No aprobar las lecciones del pasado / No cuentas que retorne lo partido / Por más que el cielo engañe de estrellado. / Vivir es confundir lo más querido, / Continuar atisbando lo esperado; / Dialogar hasta verse sin sentido / Por más que el mundo mande estar callado; / Vivir es ir muriendo sin apuro, / No averiguarle a la alegría razones, / Saltarse los escombros cual canguro; / Vivir es desgastar los pantalones / Sin esperar prodigios del futuro, / Vivir es inventar viejas canciones”.

Sus pulmones no andaban nada bien y padecía una diabetes crónica. Murió el miércoles 21 de junio, justo un día antes de cumplir 71 años, en el Hospital Clínico Quirúrgico Joaquín Albarrán de La Habana. Una ciudad que no lo sabe, pero que sin dudas ha perdido uno de sus auténticos poetas. Me hubiera encantado poder celebrar su cumpleaños con él, aquí, ahora mismo, y escucharlo recitar aquel poema que habla del profesor del Instituto de La Víbora que desapareció por insistir, en medio de la exaltación revolucionaria de los años sesenta, en enseñarle a sus alumnos la poesía francesa. O quizás estos versos:

“El poeta / como el personaje de una fábula Zen / colgado de cabeza en el abismo / saboreando una cereza / desconcierta a los tigres”.

@LuisLeonelLeon

ROGELIO FABIO HURTADO, UN EXPONENTE DE LA CREACIÓN INDEPENDIENTE EN CUBA

Juan González Febles

Rogelio Fabio Hurtado nació en La Habana el 22 de junio de 1946 y murió en la misma ciudad el 21 de junio de 2017. La poesía y la literatura lo arrastraron en su vorágine desde su primera juventud. Escribía con la vehemencia de un adicto porque lo que no podía era dejar de hacerlo, ya fuera con permiso o sin él.

Fue de los primeros en unirse al Club de Escritores Independientes de Cuba. Desde esos momentos y siempre que sus condiciones de salud lo permitieron, su presencia fue un hecho en las convocatorias, encuentros y eventos organizados por el Club en Cuba.

Su obra comprende, entre otras entregas, *El poeta entre dos tigres* (poesía, Miami, 1996), *Viñetas para un invisible*

(prosa, 2001, Miami) y *Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, 40 años en Cuba* (La Habana, 2003).

Obtuvo en 1995 el premio literario conferido por la Conferencia Cubana de Obispos y en 2004 el premio de poesía del Concurso Literario Vitral con *Hurra y otras elegías*.

Sus colaboraciones aparecieron en algunas revistas católicas de la Archidiócesis de La Habana. Se desempeñó como editor de la revista Espacios y más recientemente como miembro de la Redacción de Primavera Digital-Primavera en Cuba.

Rogelio nos deja la impronta de quien se resistió a las concesiones del oportunismo, a la vulgaridad o a la banalidad pueril de la conveniencia.

La vida le convirtió en el sufriente observador directo del deterioro nacional que fue, es y será. Sus opciones de poeta, escritor y periodista independiente le convirtieron en un singular testigo de excepción. Con su costumbrismo y su apego a la cultura, expuso su opinión de forma incluso humorística. Esto marcó la pauta en las descripciones que ha dejado sobre la vida que se arrastra Cuba adentro.

Creó en el proceso inaugurado en 1959 con la fe y el desatino que ponen los adolescentes en aquello en lo

que creen. Esto marcó indeleblemente el resto de su vida, ya que nunca logró perdonarse esta etapa. Quizás a modo de expiación, nos dejó crónicas inolvidables sobre su efímera vida militar y el absurdo que abarcó todo ese periodo. Que nos dejó traducido en poesía, crónicas y testimonios impactantes.

En una ocasión me dijo: “El problema nuestro es que en Cuba no se vive, se sobrevive y pocos fuera de ella pueden comprender esto”. Para este sobreviviente de excelencia, mis respetos y mi abrazo.

j.gonzalez.febles@gmail.com

BLANCO ENTRE LOS ROJOS Y ROJO ENTRE LOS BLANCOS

Luis Cino

De sus 71 años, casi 50 los dedicó Rogelio Fabio Hurtado al oficio poético y unos pocos menos al periodismo. En junio pasado falleció en La Habana a consecuencia de complicaciones pulmonares.

Fue editor de la revista católica Espacios hasta que en enero de 2005, tras ocho años de existencia, fue cerrada por decisión personal del Cardenal Jaime Ortega y cesó de colaborar en las publicaciones de la Arquidiócesis.

Artículos de Rogelio Fabio Hurtado han aparecido en las revistas Unión, Gaceta de la UNEAC, Linden Lane, Palabra Nueva, Vitral, Encuentro, Consenso, Catálogo de Letras y en Diario de Cuba. Fue miembro del consejo de redacción de Primavera Digital.

La siguiente entrevista se la hice en el año 2007:

P: Rogelio Fabio Hurtado pudo ser pelotero, militar, ajedrecista. ¿Cuál es la historia de tu vocación poética?

RFH: Cronológicamente, en el principio fueron las controversias radiales de puntos guajiros, que mi familia materna, de origen isleño, escuchaba con fervor. Después, las poesías de los libros escolares, Dulce María Borrero, Pedro Santacilia, de quien incluso recité su poema dedicado a Ignacio Agramonte en un programa infantil de televisión. Por supuesto, los versos sencillos de Martí, de imperecedera memoria y, gracias al esfuerzo de excelentes profesores como la Dra. Asteria Caso, en el Varona y el Dr. Llanes en el Instituto de la Víbora, disfruté de Heredia y de Antonio Machado. Ya después de los 15 años, por mi propia cuenta, Gustavo Adolfo Bécquer, un poco de Darío y Neruo, y un libro casi perfectamente olvidado del poeta cubano Rafael Alcides dedicado a celebrar su pasión por una gitana. Esto, ya habiendo dejado detrás la vocación beisbolera y tratando de ser militar. Entonces di con el peruano César Vallejo y su humanísima tristeza.

P: ¿Cuándo comenzaste a escribir poesía?

RFH: Comencé a proponerme la posibilidad de ser escritor, no poeta, pues me sentía del todo incapaz

de rimar y de medir versos. Muy pronto, el popular semanario Lunes de Revolución me enseñó que la poesía podía también escribirse sin estos requisitos formales. En esa década del 60, el oficio de escritor recibió mucho reconocimiento social, unido al hecho de que era una actividad a la que podía uno dedicarse por la libre, sin necesidad siquiera de estudiar ni de ser autorizado. Entonces, cancelada ya la intentona militar, me consagré por entero a leer y a escribir. Encontré amigos con el mismo interés, Carlos Luís Morales del Castillo Toirac, Israel Horta, Ismael Lorenzo, Ciro Bianchi Ross, Bernardo Trujillo, Pablo Pozo. No cesábamos de descubrir escritores: desde Knut Hamsen hasta Paul Eluard. La Habana de entonces contaba con varias bibliotecas circulantes muy bien abastecidas: la Nacional, la del Ministerio de Haciendas, la José Antonio Echevarría de la Casa de las Américas, donde leíamos la inspiradora revista El Corno Emplumado, que publicaban en México Margaret Randall y Sergio Mondragón. En su sección de correspondencia vi por primera vez impresas mis palabras y mi nombre.

También hubo amigas, María Amelia Olivera, Zita Mugía Santí, Irene López Kuchilán, Mariela Fajardo y Lourdes Martínez, con quien me casé y cuyo padre, Alberto Martínez Herrera, era escritor y gran amigo del poeta Heberto Padilla, a quien conocí precisamente en los días de 1968, cuando su libro *Fuera del juego* era el centro

de la polémica cultural del país. Alberto le hizo llegar algunos de mis versos, Padilla los juzgó favorablemente y eso me hizo desistir temporalmente de la prosa. Armé un cuaderno titulado *Pasajero viviente* y lo presenté en el concurso David de 1969, cuyo jurado estuvo integrado por Nicolás Guillén, Luís Marré y Raúl Luís. Resultó premiado Raúl Rivero con *Papel de hombre*, pero se confeccionó con el resto de los cuadernos una antología, y tuvieron a bien incluir uno de mis breves poemas, donde le rendí homenaje a Casal y a Lezama. Esto ocurrió en 1969 y, desgraciadamente, fue durante muchos años el único de mis textos publicado en Cuba. Ni siquiera cuando la nueva generación celebró el centenario de Casal mereció reedición aquel poemita. Pero, entonces, celebré aquella publicación como el principio de todo.

En el número de la Gaceta de Cuba que debió salir en abril de 1971 y que fue *pulperizado* a tenor con los acuerdos del mal llamado Congreso de Educación y Cultura, aparecían dos poemas también breves, que aún continúan inéditos. A partir de esa fecha, renuncié por mí mismo a participar en concursos oficiales, pues estaba en total desacuerdo con aquella política cultural que silenciaba a los escritores de más talento y favorecía a personas de segunda o tercera categoría. Pero nunca dejé de escribir ni de participar en tertulias informales y libres con gentes tan libres y maravillosas como

Emilio López Alonso *el Dingo*, Eddy Campa, Benjamín Ferrera, José Soroa, Esteban Luís Cárdenas, Nicolás Lara, Benigno Dou, Julio García *Pirosmani*, Flavio Garcandía, Arturo Cuenca, Eugenio Blanco *Ludovico*, Jessie Ríos, Jorge Domingo, Ramón Díaz-Marzo y Alejandro Lorenzo, tanto en el parque de la Funeraria Rivero como en el Té del Capri o en la azotea sobre el Parque Manila, donde vivía el gran amigo escritor Juan Miguel Espino García con su novia Angela Adams Williams. Así, poco más o menos, he vivido hasta hoy, intentando siempre escribir *el poema*.

P: ¿Sigue siendo coloquialista tu poesía?

RFH: Siempre he preferido el término conversacional, pues *coloquialista me* sugiere el tono intimista, más limitado en su alcance temático. Creo que mis textos han ido ganando en extensión y tornándose más narrativos, incluso teatrales; por ejemplo, casi todos mis poemas aún inéditos se acercan o sobrepasan las diez cuartillas, y eso creo que rebasa las lindes del coloquialismo. En todo caso, siempre es más objetivo el criterio del crítico.

P: ¿Eres consciente del peso de la nostalgia en tus versos?

RFH: Creo que sí. Esta característica me ha sido ya ocasionalmente cuestionada, puesto que me aleja del presente, de la inmediatez, pero no puedo evitarla. Si lo intento, entonces no me resulta. Mi poesía será nostálgica o no será.

P: ¿Te consideras un producto de la década de los 60?

RFH: Por supuesto que sí, además estoy orgulloso de haber cumplido 20 años casi al centro de aquella década, prodigiosa no sólo por su música, sino sobre todo por su espíritu creativo e inconforme. Aún no se ha repetido ninguna parecida desde entonces. Hubo una ola de cambios que revolucionaron todas las actividades humanas. En política, en el deporte, en el arte y la literatura, en la religión. La renovación se hizo sentir dondequiera y la juventud luchó por el poder en todos los campos, con furor y fervor. Para nuestra literatura, es la década en la que se publican *El Siglo de las Luces*, *Paradiso*, *Tres tristes tigres*, *Fuera del juego* y *El mundo alucinante*, obras fundamentales todas.

P: A inicios de los 70, el poeta nicaragüense Ernesto Cardenal incluyó poemas tuyos en su libro *En Cuba*, y en una antología de poetas cubanos. ¿Cómo valoras hoy ese gesto y la figura del poeta, sacerdote, ex guerrillero y ex ministro sandinista?

RFH: Haber podido conocer en La Habana al maestro Ernesto Cardenal en el verano de 1970 es, junto a la amistad con Alberto Martínez y Heberto Padilla, uno de los hechos que confirmaron mi vocación poética. Cardenal era una persona que impresionaba por su sencillez en el trato. A los pocos minutos de conocerlo, te daba la impresión de que eras tú quien le estaba haciendo el honor de comunicarte con él, una persona muy cordial y muy inteligente, atentísimo a cuanto uno le decía, sin pizca de vanidad ni de autosuficiencia, defectos ambos tan recurrentes entre nosotros, tanto entre escritores como entre monseñores. Lo conocí durante la visita que los miembros del Jurado del Premio Casa de las Américas de 1970 realizaron al Puerto Pesquero de La Habana, donde me desempeñaba como profesor de Español en la filial de la Facultad Obrera. Luego conversamos en dos ocasiones en el lobby del Hotel Nacional. Cuando apareció su libro *Ernesto Cardenal en Cuba*, que incluye parte de sus conversaciones conmigo y dos de mis mejores poemas de entonces, hubo un cierto desasosiego en muchas de las personas que conversaron con él, pero, por lo que a mí respecta, no puso nada que yo no le hubiese dicho. Al momento de despedirnos, me dijo que le solicitaría a Retamar que publicase aquellos poemas basados en mis vivencias como soldado en la Revista Casa. Cuando le expresé mi escepticismo al respecto, diciéndole que no serían del agrado del MINFAR, me

preguntó qué tenía que ver el MINFAR con la poesía y le contesté que, en Cuba, sí tenía que ver. El tiempo me dio desgraciadamente la razón. No sólo Retamar jamás publicó mis textos sino que el propio libro, pese a estar dedicado a Fidel y al pueblo de Cuba, no ha sido ni siquiera reseñado jamás en la prensa cultural oficial. Años más tarde, su *Antología de poesía cubana revolucionaria* publicada en Ciudad México en 1976, donde también fui incluido, mereció similar ostracismo.

Volví a encontrarme con el poeta alrededor de 1978, involucrado ya en la lucha contra Somoza. Durante sus años como ministro nunca pude acceder a él y sólo a fines de los 90 volví a verlo, cuando ofreció una lectura en la Feria del Libro en la Fortaleza de La Cabaña y me obsequió con el primer tomo de sus Memorias, titulado *Una vida perdida*. Mi admiración y mi respeto por él, como un maestro poético y espiritual, empequeñecen cualquier diferencia respecto a sus criterios políticos.

P: ¿Eres partidario de alguna ética poética?

RFH: Como vástago de la década del 60, soy fiel a los postulados éticos del compromiso, siempre que este compromiso sea con ideales, por utópicos que parezcan, y no con personas o políticas. Creo que el escritor está destinado a pensar y, sobre todo, a decir lo que el resto

decide callar. Rechazo tanto el oportunismo de izquierda como el de derecha. Un amigo hace muchos años gustaba de vincularme con Unamuno, aplicándome uno de los títulos del gran vasco: *Contra esto y aquello*. Como he escrito en uno de los poemas de mi primer libro, publicado por el amigo poeta, escritor y editor, Carlos Díaz Barrios, *El poeta entre dos tigres* (Colección La Torre de Papel, Coral Gables, 1996) me encanta parecer blanco entre los rojos y rojo entre los blancos. La desventaja de permanecer inédito tantos años acaso me ha consentido, como compensación, el relativo lujo de permanecer independiente a los dictados de los pensamientos políticamente correctos que nos circundan y acechan. Me siento muy afín a la religiosidad, específicamente católica, pero no excluyo la sentencia de William Blake: *Todo poeta pertenece, aunque lo ignore, al partido del Diablo*.

P: ¿Qué queda hoy en el poeta contestatario Rogelio Fabio Hurtado de aquel joven militar acampado en la orilla izquierda del río Canímar allá por 1964?

RFH: Cuando al levantarme me miro al superficial espejo, te diría que permanece, cambiante y vivo, soy a la vez otro y el mismo. Mi escritura sigue nutriéndose de aquellas vivencias, cuyo sentido exacto no alcanza su definición mejor hasta la misma muerte cerebral, que ojalá tarde. El pasado se ilumina con la lucidez del presente, que se ahonda con el trasfondo del pasado. No reniego de ninguna etapa, si bien deploro algunos pecados sobre todo de omisión. Muy en especial, le agradezco a mi experiencia militar haber escrito textos que siguen resistiendo la prueba de la lectura en alta voz, casi a 40 años de haber sido creados. Para concluir con otra de mis citas favoritas, esta de Octavio Paz: *Si hemos perdido todas las batallas, hemos ganado dos o tres poemas*.

luicino2012@gmail.com

FOTOGRAFÍA DE UN PAÍS CON POETA INCLUIDO

Víctor Manuel Domínguez

La poesía del recientemente fallecido escritor y periodista Rogelio Fabio Hurtado es un compendio de memoria y nostalgia fotografiadas en versos, donde la transfiguración temática y formal del poema rompe la tradición del género, en una década que, como la de los años 60, validó la sencillez expresiva. Una época que intensificó lo explícito, lo anecdótico y lo irónico sobre temas de la realidad social, e inició una apertura estilística a formas topológicas y métricas desde la humildad del yo.

De ahí que, sin dejarse tentar por las polémicas generacionales de la época, las rupturas y tendencias a favor o en contra de la revolución, enfocara su estro en mostrar los derrumbes y nacimientos en una forma de hacer y de decir, siempre permeadas de un acento político-social que definía la posición del autor, en un contexto polarizado que lo hacía vencer o fracasar.

Fotografía en el patio, esa especie de divertimento poético según mi óptica de lector, logra desde la exteriorización de un tono algo más que conversacional esa mirada otra sobre una realidad cambiante y veleidosa, donde lo soñado o acontecido hoy al día siguiente es una pesadilla o un suceso que afecta al implicado tanto dentro de Cuba como fuera del país.

Desde los primeros versos, el sujeto lírico nos narra, en un contrapunteo espacial y temporal, el destino real o dudoso de quienes aparecen en la fotografía. Con una encomiable dosis de humor, de risa contenida y sutil ironía, nos muestra esa fugaz transformación ética y social de un individuo arrastrado por las circunstancias de la vida a una dualidad espiritual a la deriva.

“El que tiene puesto un casco de sargento/Es Chuto Piedra/todavía no era económico del Poder Popular/ Ni contador por la izquierda/ Para los judíos de Miami Beach”.

Como se puede leer, el juego con el tiempo y el espacio nos permite ubicar o colegir, a través de un instante de vida detenido en la fotografía, el futuro de alguien que apostó y perdió al sueño de una utopía.

De igual forma, cuando el sujeto lírico nos dice “Y el rubio flaquito arrodillado detrás de la 50/ Es Miguelito

Jiribilla/-perdí pronto su pista-/ No sé si será comunista en Cienfuegos/O residente en Hialeah/", seguimos en presencia del ambiguo futuro de quienes posaron para la fotografía, en un ejercicio poético donde la realidad soñada o vivida termina en la otra orilla.

Un poema conversacional, sin ninguna escaramuza estilística con los recursos retóricos de la poesía pura, alcanza su nivel poético a través de la transposición de planos y hechos que, mediante un tono irónico con trasfondo de humor, convierte la memoria de un fracaso en nostalgia por la etapa perdida, en un tropo o imagen que se alza desde el verso con olor a vida.

Pero si bien el poeta nos muestra que el denominador común de este poema está conformado por la desilusión y la huida, y el destino de sus personajes varía, cuando nos dice "Rolandito el Gago apunta su carabina paratrooper plástica/no ha desembarcado en el sur de Vietnam/Ni se ha casado con una coreana" estamos en presencia de un *deja vu* coral signado por la guerra.

Leamos si no estos versos que corroboran mi teoría sobre el sustrato temático de la fotografía: "Mi carnal Angelito el zurdo sostiene al hombro un Garand/-no llegó a ser piloto de la Garand/ pero operando grúas/ ascendió a vanguardia nacional/, Tiene un apartamento en Alamar y ya lo veo muy poco".

Aquí la ironía del poeta es una fiesta montada entre los sueños y la realidad.

En el siguiente bloque de versos, Hurtado vuelve sobre el armamento militar y expresa sin perder el tono conversacional: "Melchor, mi primo, con los botines al revés/Porta el otro fusil". Pero a diferencia de los demás personajes, el poeta no sueña con hacer realidad lo que sugiere tener al hombro, un fusil, al expresar, en una toma de conciencia que mantuvo siempre: "Yo ostento cruzada en la barriga la formidable Thompson/Que a Dios gracias nunca disparé".

Rogelio Fabio Hurtado logra en este poema, de tono directo y nada artificial, ese derrumbe ético y espiritual del cubano común que, cargado de sueños y esperanzas, vio convertir su vida en pesadilla. Y ello por causa de una revolución que los enajenó a tal punto que se fueron a construir su proyecto de vida al país que bajo promesas y doctrinas combatían desde aquí.

Poesía de la memoria y la nostalgia, versos que desde la ironía denuncian el fracaso social, y donde un humor apenas esbozado pretende atenuar la frustración de los fotografiados, se convierte en una alegoría de país desde el fondo de un patio, adonde llegan cada día miles de cubanos para inmortalizar su imagen con nuevos instrumentos, pero en similar realidad.

Con la fina ironía que recorre el poema, el poeta nos dice “No aparecen ni Miriam ni Cachita/ Porque entonces las niñas no iban a la guerra”, como única salvedad para no involucrarse en aquella fiebre guerrillera que marcó el inicio y la continuidad de una revolución frustrada en su devenir histórico al marginar los sueños de toda una generación.

Al final del poema, y como corolario del contrapunteo poético entre lo que se soñó ser y lo que fue, Hurtado nos señala y expresa con plena frustración: “Todos nos vemos envidiablemente seguros de la victoria”. Para luego elevar el tono y concluir con unos versos que lapidan las esperanzas puestas en una utópica revolución que los condenó a marginarse o huir: “Mi tío José, el fotógrafo, descansa en paz, al sur de la Florida/ Muy lejos de este patio”.

Poema de lo cotidiano, heraldo de lo que transcurría en los años 60 y marcaba el devenir de los cubanos hasta más de cuatro décadas después, esta fotografía es la instantánea de una revolución que fue perdiendo brillo, personajes y razones para perdurar en la memoria nacional, que aún sigue convertida en un ocasional estudio desde el fondo de un patio, donde ningún cubano de hoy desearía posar en un acto de exorcismo contra la frustración.

POEMAS DE ROGELIO FABIO HURTADO

FOTOGRAFÍA EN EL PATIO

El que tiene puesto un casco de sargento
Es Chuíto Piedra
–todavía no era económico del Poder Popular
Ni contador por la izquierda
Para los judíos de Miami Beach.
Y el rubio flaquito arrodillado detrás de la 50
Es Miguelito Jiribilla
–perdí pronto su pista,
No sé si será comunista en Cienfuegos
O residente en Hialeah.
Rolandito el Gago apunta su carabina paratrooper plástica
–no ha desembarcado en el sur de Vietnam
Ni se ha casado con una coreana.
Mi carnal Angelito el zurdo sostiene al hombro un Garand
–no llegó a ser piloto de la Garand, pero operando grúas
Ascendió a vanguardia nacional,
Tiene un apartamento en Alamar y ya lo veo muy poco.
Melchor, mi primo, con los botines al revés,
Porta el otro fusil;
Yo ostento cruzada en la barriga la formidable Thompson
Que a Dios gracias nunca disparé.
No aparecen ni Miriam ni Cachita
Porque entonces las niñas no iban a la guerra.

Todos nos vemos envidiablemente seguros de la victoria.
Mi tío José, el fotógrafo, descansa en paz, al sur de la Florida,
Muy lejos de este patio

RECUERDOS DE NATALIA

Entre las catedráticas dulcemente apolíticas
La doctora Natalia sorprendía por su aplomo
Para explicar el curso de la Historia.
No cedía en vestidos ni en zapatos a nadie,
Fumaba cigarrillos rubios con fruición.
Natalia predicaba su más seria lección después del timbre.
Rodeábamos la mesa para oírla
Propinar adjetivos concluyentes:
Zutano era un cretino,
Mengano un canalla,
Fulano un bandido.
A la vuelta de cada lunes comentaba con alegría sarcástica
Las deserciones lógicas –decía– del elemento pequeño burgués,
Como ya ocurrió en Rusia, después de Brest-Litovsk.
Yo no estaba iniciado en la fraseología dialéctica,
Yo apenas comenzaba a dudar de Foster Dulles,
Pero me fascinaban los gestos de sus manos
Y como mordisqueaba, reflexiva, las patas de sus gafas
Ligeramente ahumadas
Antes de refutar los argumentos del alumno católico bizco
O despejar con precisión teórica

La menor inquietud del alumno camarada Pardillo.
Discutiendo, a menudo se le hinchaban las venas de la frente
Y agudos le brillaban los ojos gris azules
Entre el perenne humo
Oro blanco su pelo chamuscado de tiza.
La doctora Natalia prometía
Explicarnos pasado, presente y futuro
A la luz implacable de la lucha de clases.
Alrededor suyo bullía
Un irrepetible olor a perfume, nicotina y lucidez
Que incitaba a vivir.
Fue nuestra directora un breve curso,
Luego debe haber ascendido, supongo,
Pero en realidad, me he pasado los años buscándola
En las listas de educadores destacados,
De mujeres promovidas a cargos.
Hace años, me pareció verla
Más gris ya que oro viejo su cabeza, en Coppelia,
Con un vestido humildemente gris, en otra cancha,
Pero no me atrevía a saludarla
Acaso por temor a la doble decepción
Y así consumimos nuestros corrientes helados
En mesas separadas
Sin discutir a Dostoyevski, a Stalin.

SHELAVIEKAS

Espasiva, espasautas, dosvidrien, dosvidania,
Siempre me aburrió el manual de Nina Potapova.

Malayets kadiláeskolka bremla

Nunca descifré el alfabeto cirílico.

Dabay ponimayo nimanie pa Kabine

Lo poco que aprendí de la gran lengua rusa

Me basta para gritar hurra tres veces

Por mis particulares ruskis shelaviekas.

Hurra

Por la inquebrantable amistad con Popov, el gordito cocinero

Que nos cambiaba lonjas de pan de centeno

Por vasos de vino seco.

Hurra

Por las mujeronas que venían en jeep desde Limonar, los domingos

Floreadas, velludas, más perfumadas que Ana Karenina.

Hurra

Por el acordeón al oscurecer, entonando la triste canción siberiana

No cantes, hermano, no cantes, que ya Olga no vuelve.

Ya Moscú está cubierta de nieve,

Ya los lobos aúllan de hambre...

Hurra

Por la antiquísima sonrisa del especialista Confietka al cerrar

Un chenche por chenche.

Hurra

Por el starcy-lieutnant Anatoli (alias El Fino)

Hablando el español

Como un indio de Hollywood.
¿Dónde está el gran jefe cubano?
Hurra
Por el fraternal intercambio de leña roja
En las interminables tardes de guerrillas de basket.
Hurra
Por la fresca sonrisa de Vasia el Konsomol,
Por la tristeza de Kostia,
Lloroso al recibir correspondencia desde Ucrania.
Hurra
Por todos los que buscaron al avistar la costa
Ukeleles, monitos, cocoteros.
Hurra
Por el Fino y su constante eto gran tehniki sovieski
Enseñándonos una llave inglesa.
Hurra
Por todo el alcohol potable, sin distinción jerárquica.
Hurra
Por el sol y la lluvia,
por los días y las noches
en la margen izquierda del Canímar,
a pocos metros del Morrillo,
a pocas millas de Key West.
Dabay slava, Yakov, druzhas de carne y hueso.
Yo no conozco a Boris Polevoi.
Algún día enterraremos al último Romanov
Y será publicado este poema-pravda.



NARRATIVA

ESTELA

Clara Maylín Castillo Góngora

Llegó poco después de medianoche, cuando estaba por pensar que la jornada correría sin acontecimientos. Noté que en otro tiempo debió ser más hermosa, aunque todavía atesoraba algo de sus mejores años. Traía un vestido negro y escotado que dejaba asomar por la parte inferior la punta de las nalgas. Su aspecto denotaba constante presunción. Me dio lástima. No sabía el mal olor que traía encima y mucho menos que nosotros lo entendíamos.

Fue fácil quedarnos solos. Cuando los que estaban en el salón me vieron preparando condiciones salieron en masa, sin disimulo, para no compartir una experiencia que me pertenecía por derecho. Cerré la puerta con llave, encendí un cigarro y puse algo de rock. Me senté en una silla, frente a ella, a fabricar círculos de humo. Era relajante, aunque no había preámbulos eróticos. No podía haberlos. La pobre... Yo creo que llegó nerviosa. Se quedó acostada en la mesa, rígida, sin objeciones. Aún así la hice venir a mí. Lo pensé, lo pensé. La mente

es una fuente de energía. Y sucedió. Se paró en la puerta y me miró con cara de tigresa en territorio propio. Advertió que mis ojos se le habían pegado a los muslos y los recorrían con todas las artes de la diplomacia, y casi se le cuelan cuando cerró de golpe el camino, extendiendo el vestido hasta lo imposible con un gesto de reproche. La observaba poderosa entre el humo y la guitarra eléctrica, estirándome la sangre con su ingenuidad premeditada. De la música salía una voz, soy virgen, como un background que hallaba eco y crecía, soy virgen, virgen, y le seguía una sonrisa de pubertad adornada de amarillo y de nuevo soy virgen y con una timidez excitante se movía, soy virgen y se me acercaba dominante, sensual, hedionda, indecisa, soy virgen y yo me frotaba con mi carné de identidad, erguido y armado, hasta sacar chispa del roce. Estaba allí, bajo el foco de luz, fría y calculadora mientras yo me exprimía y, ya parado, le vertía mi esencia en su ombligo. No pidió nada a cambio. Se quedó acostada, inmóvil, aguardando mi regreso. No me molestaba su apatía, al contrario. Ella estaba allí por mí y sólo para satisfacerme a mí. Sé que por dentro, desde sus vísceras, me esperaba ardiente sin manifestarlo, porque las mujeres como ella esconden el deseo en el pudor. Regresé junto a la mesa y la besé sin cerrar los ojos, observando sus grandes ojos blancos aún abiertos. Ella me miraba fijo, me amaba. Decidí nombrarla, como a las otras, para que se supiera trascendente. Se lo susurré

al oído, te llamas Estela, mi amor, tan bajo que perdí la certeza de haberlo dicho. Para cualquier mujer sería un honor llamarse Estela, porque tiene su raíz en la palabra latina stella, que significa estrella, lo que da el boleto para viajar en la otra vida al firmamento. Ella se sentiría más halagada aún porque ese era el nombre de mi madre. Y yo lo único que recuerdo de ella es la noche que pasé abrazado a su cuerpo, cuando era un niño, después que mi padre huyó. Estuve toda la madrugada embarrado de sangre, llorando hasta que amaneció y se la llevaron. Pero esa es una historia que no le conté a mi Estela. No era justo arruinar el momento, así que le quité el vestido poco a poco hasta ir descubriendo cada uno de sus hematomas. Subí a la mesa y me quedé de rodillas. Su fetidez me absorbió, me excitó. Quise dedicarle un poema que cupiera entre mi desnudez y la suya, una obra de Boudelaire, el poema de amor más sublime del mundo. Recuerda aquel objeto que vimos, alma mía/un día estival y soleado/al borde del camino, una carroña infame/en un lecho de piedras sembrado.

Adobé sus senos verdosos de placer y pasé mi boca febril por toda su superficie, tragándome su ser en trozos de nieve pestilente. Volví a pensar. El sexo es un ejercicio de la mente. Me pidió a gritos que descendiera. Me paré y obedecí. Fui engulléndome su identidad hasta oírla estallar en gemidos. Entonces la halé hacia mí, coloqué sus piernas en mi hombro y desembarqué

en su bahía, despacio, observándola jadear sin mover los labios, declamándole. Con las piernas al aire, como una mujer lúbrica/quemante y sudando veneno, abría de manera abandonada y cínica/su vientre de emanaciones lleno. Le hablé de la forma más dulce posible. Mi voz, el fondo metálico, mi voz que ella no escuchaba, la luz, su hedor, mi voz, mi voz... El sol resplandecía sobre esa podredumbre/como para cocerla a punto/y devolver el céntuplo a la Naturaleza/cuanto ella había puesto junto. Nuestras identidades se fundieron en llama y alcohol. Más. Más. Gritaba. Le tapé la boca. Mi Estela. Mujer preciosa. Mía, sólo mía y de nadie más. Yo llegué a su vida para trascender. No sería uno más, estaba convencido. Sería el último combate, el último soldado. Y sin embargo/igual serás a esta basura/a toda esta horrible infección/estrella de mis ojos, sol de mi vida entera/tú, mi ángel y mi pasión. De habernos conocido antes, quién sabe lo que habría pasado. Era ella, la mujer de mi madrugada, más mujer que mi mujer, más deseable que mi mujer. Me juró amor eterno y le creí. De recordar a alguien sería a mí, a mi crucero provocando un remolino en su bahía, un vaivén de corrientes contrarias. Le apreté el vientre y me mantuve anclado. No estaba fría del todo. Algo se le quemaba adentro y yo allí, ensopado de sudor, me dejaba incinerar gustoso. Le besé las piernas, con besos cortos, y la vi sonreír. Me pregunté qué sucedería si lograba fecundarla, si uno de mis mensajeros lograba

franquear pausa y marcar play. Sería niño, o niña, o qué sé yo. De todas formas se iría con ella y ya no podría vivir tranquilo. Estaría alerta el resto de mi vida, con insomnio, esperando que en cualquier momento y de cualquier parte alguien me gritara ¡papá! No era buena idea. No. Ella me miró, diciéndome nada con sus bellos ojos blancos. Los dos sabíamos que era mejor expatriar a Descartes, no pensar, no dudar, sólo importaba ser y no ser. Así que reanudé las hostilidades, esta vez encima de ella, abrazados. Puse mi oído cerca de su boca para escuchar sus quejidos mientras yo volvía a escupir versos ajenos. Sí, tal habrás de ser, oh reina de las gracias/después de los últimos rezos/cuando bajo la hierba florida y lujuriente/te enmohezcas entre los huesos. Lloró. Sin detenerme le enjugué una gota de pus que brotó como una lágrima. Para consolarla terminé el poema. Entonces, oh mi bella, diles a los gusanos/ que te devorarán a besos/ que yo guardé la forma y la esencia divina/ de mis amores descompuestos. En medio de mis entradas y salidas le prometí una flor para el día siguiente y no volví a hablar. Dilaté cada segundo, añorando estar anclado para siempre, inhalando el vaho a fiera putrefacta. La apreté con fuerza y deseé tatuarla con los dientes. Ella hizo una mueca lujuriosa. Remé hasta que se precipitó el naufragio. La luz, su palidez, yo perdiéndome en su mar podrido, bien adentro. Me aferré a ella. Pensé en una rosa bien blanca, como todas las que ofrezco a mis Estelas y me habría quedado

dormido si los golpes en la puerta no me hubieran desconcentrado. Eran ellos. Siempre con lo mismo, entorpeciendo la sublimidad de la metáfora. Querían saber qué pasaba y exigían prisa. Debían saberlo todo para iniciar la investigación. Yo no abrí y simulé estar molesto. Les grité que tuvieran calma, que si me creían mago, que la cosa se había complicado y se demoraría, que figúrense, no es fácil trabajar con alguien que lleva más de treinta horas muerto.

LA VULNERABILIDAD DE LOS ESFÍNTERES

Yusimí Rodríguez

Algunas palabras son como un detonador para la mente. Uno aprende a vivir con la bomba de tiempo que lleva dentro hasta un día, un día que comienza como cualquier otro. El calor no sofocaba más que de costumbre; la gente no corría más de lo usual al vernos aparecer. Pero la normalidad era justo lo que el bayamés no podía soportar y tuvo que salir de la patrulla. Yo había visto a la manisera antes que él y, antes que él, supe que la mujer no tenía licencia para vender maní. Pero él se la pidió, con amabilidad; disfrutaba seguir cada paso del procedimiento. En su desesperación, la mujer llegó a ofrecerle un cucurucho de maní. Dentro de la patrulla, sentí lástima. Aquel no era solo el único tipo alérgico al maní que he conocido; era también un policía incorruptible, desesperado porque todos supieran que era incorruptible. Aún intentó conmovirlo con sus arrugas llenas de colorete, su voz gangosa: Hay que vivir, oficial. Y fue el momento

en que la bomba explotó dentro de mi cabeza. Risas de putas que se congelaban al verme, olor a marihuana, ojos que me acechaban a través del humo. A algunos los había mandado a prisión: unas largas y merecidas vacaciones, para regresar a sus labores habituales. Un par de meses o de años después volvía a encontrarlos en la calle; les preguntaba por sus familias y, sobre todo, cómo se estaban portando. Solo podían estar portándose mal. Uno es para lo que nace, oficial. Yo había nacido para ser policía; ellos, para ser delincuentes. Éramos como viejos conocidos; podían llegar a ofrecerme un cigarro. Caro, pero legal. Aquello fue el principio de todo, pero no lo sabía. Ahora pienso que de haber sabido todo lo que vendría después, no habría podido evitarlo. No habría querido. Aquel tipo me ofreció el cigarro con una sonrisa cómplice; parecía posible una tregua, abandonar el acecho por un rato, ser solo un par de tipos que exhalan juntos espirales de humo. Lo vi hacer una seña y apareció su hembra, que metió la mano en mi entrepierna sin preámbulos. Hay que vivir, oficial. La sorprendió mi reacción. A mí, también. Debió dolerle el empujón, pero solo pensé en disculparme cuando me vi dentro de la patrulla. Estaba a tiempo de regresar. Me escuché incluso pidiendo disculpas mientras pisaba el acelerador. Aún tenía su imagen delante, con el pelo teñido de rubio enmarañado, la boca entreabierta. Iba a chocar con una pregunta inevitable: la habría empujado si me hubiese

atraído. Era un camino que no me llevaba a ninguna parte, un callejón sin salida. Giré en u, en busca de un pedófilo, un proxeneta, un asesino. Lo vi a él. Llegas a conocerlos. Tienen una especie de marca invisible para otros, que yo veía contra mi voluntad. Estaba recostado a la pared cruzado de brazos. Aminoré la marcha al pasarle cerca. Me sostuvo la mirada. Aceleré y giré en la esquina siguiente. No pareció sorprendido cuando regresé y detuve el carro frente a él. Le pedí identificación y sonrió irónico antes de meter la mano en el bolsillo. No dejó de mirarme. Después de veinte años en el oficio, un vistazo de reajo al carné es suficiente: Oniel, treinta y dos años, municipio La Lisa. Estás muy lejos de casa, Oniel. Llamé a la estación para comprobar sus antecedentes penales. No lo miraba, estábamos a más de un metro, aún, pero ya sabía que su olor era caro. Me hizo sentir sudado y pegajoso. Llegó la respuesta de la estación: limpio. Debía dejarlo ir. La calle estaba oscura y desierta, pero se escuchaban voces dentro de las casas, había luces encendidas. Prendí un cigarro y le ofrecí. Lo rechazó sin hablar y sin mirarme. Pregunté si podíamos conversar en algún sitio discreto. Nunca hacía aquello estando de uniforme. Una regla que no había violado hasta aquella noche. Ni con negros ni con policías, contestó. Menos de un año más tarde, me brindaba aquella sonrisa feliz... desde Londres. Entre toda aquella gente desesperada por escapar del frío, Wallace y él podían detenerse y mirar a la cámara.

Llevaba un sobretodo gris; lo iluminaba el único rayo de sol que había logrado atravesar la neblina londinense aquella mañana. Wallace iba de negro; serio, como si enseñar los dientes solo fuera perdonable en los chicos del trópico que apenas empiezan a acostumbrarse a Europa. Yo los contemplaba dentro del horno que era la patrulla a aquella hora, bajo un sol asesino, en pleno febrero; asándome en nuestra mala imitación de invierno. Aproveché que el bayamés había bajado a hostigar a la vieja del maní, para sacar la foto del sobre una vez más, y buscar alguna grieta en la felicidad de Oniel. Podía haber olvidado su olor. Seis meses con dos semanas y cinco días sumergido en el tufo a mala noche de las putas, el vómito de los borrachos y mi propio sudor agrio, tras un día de cocinarme las nalgas en la patrulla, bastaban para arrancar cualquier olor decente de la nariz. Eso creí hasta que abrí la puerta del carro y me sentí noqueado, pero era solo el aroma del Christian Dior. El olor de Oniel era otra cosa; el Dior era el perfume que llevaba aquella noche, seis meses atrás. En realidad no pudo terminar de decir ni con negros ni con policías. No lo golpeé; el doble de la rabia que me atragantaba en aquel momento no me habría dejado golpear aquella cara. Le apliqué una llave. Estábamos en el suelo, sentía una piedra encajada en el omóplato y su cabeza contra el pecho. Jadeábamos. Pude haberlo estrangulado. No era rival para mí. Le sacaba al menos diez centímetros. Tenía músculo, pero no entrenamiento

de combate. De todas formas terminé con el labio hinchado y una ceja partida. Al día siguiente, tuve que explicarle a mi compañero nuevo que había debido intervenir en un juego de dominó que terminó mal. Por qué no los trajiste a la estación, había que multarlos por desorden público, darles una dosis de terapia nocturna en el calabozo. Sonaba verde el compañero nuevo. No era un recién llegado. Había venido de Bayamo cuatro años antes, pero cuando llevas más de veinte acá, cualquiera que haya llegado de las otras provincias menos de diez años antes te suena verde. El bayamés era un tipo pequeño, con todo el complejo de inferioridad de los tipos pequeños. Me cansaban los tipos como el bayamés, incluso cuando no hacían más que su trabajo. No era su culpa que aquella mujer no tuviera licencia para vender maní. Pero la gente había empezado a detenerse para contemplar la escena, y las caras no eran de diversión. El estúpido no lo notaba. Me habría tranquilizado que le hubiesen gritado abusador o algo, habrían liberado su dosis de frustraciones y encabronamiento. A veces, es bueno dejar que la gente grite un poco, solo un poco. Pero lo miraban en silencio, y el calor que empecé a sentir ya no era el que me cocinaba dentro de la patrulla. Había solo un viejo que no lo miraba, me miraba a mí. Le faltaban ambas piernas. Estaba en una silla de ruedas sucia, junto a un montón de libros y revistas de uso. Sabía que no íbamos a preguntarle si tenía licencia para venderlos. Ni el

bayamés se atrevería a pedirle licencia a un tipo sin piernas. Parecía desafiarme con la mirada. O calcularme. Pero su cara no me quitaba el sueño; era solo uno, o más bien la mitad de uno. Los demás estaban completos, y aumentaban. Estábamos armados, y eso lejos de tranquilizarme me ponía nervioso; una vez apretado el gatillo, no hay marcha atrás. Siempre es mejor una pelea a mano limpia. Oniel y yo nos separamos en silencio, sin ayuda. Examinó su ropa blanca, ahora mugrienta. Recordé que estaba lejos de casa y ofrecí llevarlo. A esa hora, no pasaría ninguna guagua. No me miró. Lo vi alejarse sin advertirle del peligro que corría. Tal vez porque el peligro no era mucho mayor que de costumbre. Aún. Los dos primeros cuerpos habían aparecido en puntos distantes de la ciudad: padres de familia, ciudadanos de buena conducta social. Los habían encontrado en lugares poco apropiados para padres de familia y ciudadanos de buena conducta social: potajeras, rincones oscuros donde algunos tipos iban a comerse a otros tipos. El primero lo había encontrado un travesti; el segundo, una niña que buscaba su gato. Me pregunté por cuánto tiempo aquella niña tendría que ver el trozo de lengua colgando y los ojos vidriosos en el rostro morado, en sueños. Cuántas veces despertaría gritando. Lo único bueno de encontrar un cadáver a los nueve años, es que no resultas sospechosa. El travesti, sí. Estuvo en custodia hasta que la niña encontró el segundo cuerpo en

Marianao, en un matorral. El mismo modus operandi. Había que considerar la teoría del asesino en serie. El bayamés dijo que, aunque no hubiese sido el travesti, era cosa de maricones. Jugábamos dominó en el albergue y perdíamos por mi culpa. Que hubiesen aparecido los cuerpos en esos lugares no significaba que los tipos fueran maricones, dije sin creerlo. El bayamés aprovechó para hacer un chiste: Mary is a girl y Tom también. Todos rieron. Yo también. Luego el tema no dio para mucho más. Los dos cadáveres se perdieron dentro del montón que había acumulado en mi cabeza durante más de veinte años, hasta que los nombres y los rostros empezaban a confundirse. La gente moría, algunos de forma accidental; otros, con ayuda. Muchos casos quedaban sin resolver y aprendíamos a vivir con eso. Las familias también aprendían. Con el tiempo dejaban de preguntar si había algún indicio del asesino de un hermano, del violador de una hija. Teníamos una especie de convivencia pacífica con los crímenes. La convivencia quedó rota con la aparición de un extranjero muerto en la playa del Chivo, entre las matas, cerca de la carretera. Un extranjero estrangulado en una playa de maricones era un pan con problemas en el desayuno, sin tiempo para masticarlo. Podría decir que había más perseguidoras, policías y perros que conchas en la playa. Lo único que no había era un sospechoso. En otras palabras, había que sospechar de todo el mundo. También había poco tiempo para

descansar. Una semana después de encontrar el cuerpo, manteníamos la playa cerrada. El bayamés se plantaba en la arena con las manos a la espalda. Las gafas le daban el aspecto del policía duro de las películas. En Bayamo, era maestro de escuela, había llegado a ser director, era un individuo capaz, la gente le tenía respeto. No lo decía con nostalgia, sino con rabia, en un estado de alerta perpetuo. Tanta tenacidad merecía un premio y lo tuvo. Vimos venir a un muchacho descalzo, en jeans, con la camisa sobre el hombro: Oniel. De lejos parecía un muchacho. El bayamés le pidió identificación. No era alto, pero le sacaba al menos cinco centímetros al bayamés y eso era un punto en su contra. El otro, que no trabajaba ni estudiaba. No dio señales de reconocermelo, pero no sentí alivio hasta que el bayamés le esposó las manos a la espalda y lo empujó hasta la patrulla. No tenía coartada para la noche del crimen. El perpetrador regresa siempre a la escena, decía el bayamés. No sé si fue aquel aire de satisfacción. Creo que en el fondo tenía miedo: había sido demasiado fácil, demasiado rápido; las cosas no suceden así en la vida real. Trataba de disfrutar su cuarto de hora. Sin las gafas, hubiese podido parecerme vulnerable. Pero solo le veía los brazos cruzados sobre el pecho inflado. Le dije al capitán que la noche del crimen había detenido al ciudadano por sospecha de prostitución. Acababa de recordarlo. Una mala noticia para el capitán y casi una traición para el bayamés. No habíamos tenido tiempo

de ser amigos; a partir de ahí me miró con recelo. Tomaba una cerveza mientras él disfrutaba una piña colada sin alcohol, en un bar clandestino. Discreto, dijo Oniel. Ilegal. Entonces, me explicó que allí la palabra ilegal era poco oportuna. Estábamos en un edificio inhabitable, que la gente había decidido habitar a la fuerza. Y de paso, sobrevivir. Podíamos haber buscado un cuarto más amplio, con aire acondicionado, toallas que lucieran nuevas. Más caro, también. Estaba claro que pagaría yo: privilegio de la antigüedad. Por dos dólares la noche, aquel cuartucho, en el mismo edificio ruinoso, terminó pareciéndome un palacio. Oniel prefería la luz apagada para no ver las grietas en las paredes descascaradas. O para no verse en la cama con un negro, viejo, palestino y policía. Después trataba de resucitar cada momento en mi cabeza para saber si había estado bien. No había tenido tiempo de afeitarme y tenía algunos vellos blancos en la cara; me olí bajo los brazos. Escuché mi voz dentro de mi cabeza preguntando si le había gustado, y me sentí patético. No tendríamos de qué hablar cuando él despertara. Me bañé, con intención de largarme cuanto antes, mojado si era preciso, pero terminé esperando que despertara. No hay buena acción sin castigo: lo primero que hizo fue mostrarme una foto de su lord inglés. Blanco, por supuesto, joven..., hermoso. Tenía el aspecto de un actor de cine. Pero no era un actor de cine ni un lord, sino un abogado prestigioso. Yo siempre lo llamé el

lord. Era difícil que volviésemos a vernos; tal vez, nos cruzaríamos de casualidad en la calle. Él fingiría no conocerme; yo, no haberlo visto. Le deseé suerte. Tres días después regresé al bar, sin pretexto, y él me miró desde la misma mesa que habíamos ocupado días antes, sin sorpresa. Me acostumbré, supongo, a la fonda de mala muerte que llamábamos bar, e incluso al cuchitril que llamábamos el cuarto. Podía escucharlo hablar del lord inglés; creo que no hablaba para mí, necesitaba oírse hablar de la vida que tendría en Inglaterra, como si solo así lograra creérselo. Allá, regresaría a la danza. Estaba a tiempo. Tenía ya treinta y dos años, pero se había mantenido en forma. Y bailaba para mí, para demostrarme que se había mantenido en forma. Tuviste un día entretenido. Era su forma de preguntarme por el trabajo. Una parte de mí prefería dejarlo en la ignorancia. La otra parte terminaba por contarle, a pesar de estar incumpliendo una orden. Debíamos mantener absoluta discreción. La muerte del extranjero había quedado sin resolver, la esposa había regresado a su país. También había optado por la discreción. Mientras, había aparecido otro cadáver. Oniel reía. Solo atraparíamos al asesino cuando se cansara de jugar con nosotros y cometiera un error.

Nunca pregunté qué hacía cuando no nos veíamos. No formaría parte de mi vida mucho tiempo. Se iría a Londres, apenas el lord se divorciara de su esposa.

Mientras, éramos amigos. Como amigo, le aconsejé cuidarse. En el fondo, confiaba poco en que lográramos atrapar al asesino. Aún podían aparecer algunos muertos antes. Dijo que no necesitaba cuidarse. Anda tras tipos como tú; yo no voy a esos sitios, no me gusta la oscuridad; la oscuridad es para las cosas feas. La ventana estaba cerrada, pero tenía suficientes huecos para dejar pasar rayos finos de luz que iluminaban la cara de Oniel. Pero no pensé en los huecos de la ventana o las paredes descascaradas. A esas alturas, el cuarto era como algo nuestro; había incluso cosas que me gustaban, como una foto de Whitney Houston y otra de Michael Jackson, una lamparita de papel. Oniel tenía en aquel momento la belleza que da la temeridad de la juventud. Lo miré largo rato en silencio para grabar aquel momento en mi mente. Iba a recordarlo así después, con aquella alegría. Iba a inventarme que alguna vez yo lo había hecho feliz. Me invitó al cine en una ocasión. Estábamos en el bar, él frente a su piña colada sin alcohol y yo empujando mi cerveza, cuando lo soltó como una bomba. Vamos al cine. Le daba igual cualquier película, pero ninguno de los títulos que mencionó logró animarme. Entonces dijo que podíamos ir a ver un juego de pelota. No logré imaginarlo sentado en un estadio. Sonaba como un sacrificio que estaba dispuesto a hacer por mí. Me enterneció, o por un instante sentí que debía enternecerme, pero preferí terminar la cerveza sin contestar. No era la primera vez que nos quedábamos

callados, pero fue la primera vez que el silencio llegó a resultar incómodo. Al cabo de unos cinco minutos me levanté. Era una invitación, o un ultimátum. Subimos juntos al cuarto. No fue nuestra mejor noche juntos, ni la peor. Fue simplemente la última. Dejé de ir al bar durante una semana, pero estaba pendiente de cada llamada que entraba a la unidad, aunque le había dicho que no me llamara nunca. Cuando regresé al bar era demasiado tarde. Había desaparecido. Todo el edificio había desaparecido. Mi historia con Oniel estaba bajo escombros. Suspiré de alivio al saber que nadie había fallecido en el derrumbe; los habían enviado a albergues, quizás para siempre. Recordaba su dirección, gajes del oficio; no había pensado nunca en visitarlo. Ahora estaba ante una de las tantas puertas descascaradas en un callejón oscuro. Me abrió una mujer pequeña y estrujada. Reaccionó como quien lleva años esperando una mala noticia. Apareció el padre. Gordo, enorme, con la cara de un toro. Supe, antes de que tuvieran tiempo de decirlo, que no habían visto a Oniel en mucho tiempo. Casi me alegró no encontrarlo en aquel barrio. No eran las diez de la noche, pero la oscuridad no me dejaba verme las palmas de las manos. Estaba a seis cuerdas de la calzada y parecían leguas. Sentí pasos apurados detrás y me llevé la mano a la cintura por instinto. Andaba desarmado, de civil. De imbécil. Giré dispuesto a pelear a mano limpia. La madre. Silenciosa como un fantasma. Me entregó un papelito y desapareció. Era la

dirección de Oniel, la misma de nuestro cuartucho de mala muerte en el edificio. El muy maricón me cobraba por usar su propio cuarto. Dedicué quince días a cagarme en su madre, con el perdón de la pobre señora. Hasta que reportaron la aparición de otro cadáver. Un negro joven. Nadie dijo si era un negro rapado, delgado, musculoso. Lindo. Demasiado lindo para sentarnos a conversar en algún sitio, sin que todos tuvieran que mirarlo y comentar en voz baja; para que pudiéramos ser solo un par de tipos tomándose unos tragos, hablando de mujeres, tal vez. Debí sentir alivio al abrir el sobre, un mes más tarde. Nadie me escribía nunca, cada par de ojos dentro del albergue me perforaba. Solo había una foto de Oniel junto al lord. Entonces pensé que quizás Oniel formó parte de mi vida solo para salvarla. Incluso después, mientras conservaba la esperanza de encontrarlo, podía mirar aquellos lugarcitos oscuros y seguir de largo, como si la voz que gritaba dentro de mi cabeza no me llamara a mí. Como si no me temblaran las piernas ante algunos muchachos en la calle. Ahora, frente a la foto de Oniel con el lord en Londres, supe al fin que nadie me esperaba, que no tenía nada que esperar, y que regresaría a mis rincones oscuros. Me aplastó la certeza de ser candidato a difunto. No me importaba gran cosa, ni siquiera el hecho de que no hubiese nadie para llorarme. Me jodía que encontraran mi cuerpo en una potajera. Cuál habría sido el último pensamiento de aquellos tipos, mientras se quedaban

sin aire y llenaban los pantalones de orine y mierda. En algún momento, sabrían que iban a encontrarlos allí. Pensé en el bayamés. Lo imaginé mirando mi cadáver, pero las gafas no me dejaban ver la expresión de su cara. Confié en que alguien dijera de mí que era un buen policía; estaba investigando por mi cuenta y el asesino me sorprendió. Ese podría ser mi epitafio: muerto en cumplimiento del deber. Nunca creí la historia del lord. Oniel se lo inventaba como yo me imaginaba atrapando al asesino, recibiendo un ascenso; tal vez, que incluso me otorgaran una casa, aunque no sabía de nadie a quien le hubiesen otorgado una casa por resolver un caso.

La posibilidad de que le hubiese sucedido algo me había doblado más de una vez sobre la taza del baño. Que fuera feliz en Londres me reventaba. Podía soportar la idea de que se prostituyera para tener sus jeans Giorgio Armani, sus camisas Versace, su perfume Christian Dior, pero no que le enviara dinero un lord inglés. Un hombre joven, hermoso y elegante. Los asesinatos habían continuado de forma intermitente. A veces, pasaban semanas sin que apareciera un cadáver, y pensábamos que era el fin. El bayamés recordó una película en la que el asesino moría en un accidente, sin que llegaran a atraparlo. Lo dijo como si aquello fuese la mayor fatalidad que pudiera ocurrir. Entonces, apareció otro cuerpo y percibí su alivio silencioso. Lo

veía plantado frente a la vendedora de maní y sabía que no intentaba sacarle dinero. Habría sido más simple. La vieja se habría sentido aliviada. Yo habría hecho la vista gorda. La gente habría seguido su camino en vez de aglomerarse allí y mirarnos con odio animal. Un final casi feliz. Suspiré al verme obligado a tomar cartas en el asunto y bajé de la patrulla para dejarle caer la mano en el hombro. La única vez que le hice sentir el peso de mis seis pies con diez pulgadas, mis noventa y cinco kilos. Tuvo que alzar la vista para mirarme. Solo tuve que decirle vamos. La cara del librero era una mueca de gratitud. Quería darme la mano. No puedes hacerle un desaire a un tipo sin piernas que te ofrece una mano mugrienta. Dijo alguna frase de agradecimiento, como si le hubiese hecho un gran favor, quizás tenía una historia de amor con la manisera. Quizás lo dijo, pero no llegué a escucharlo. Se me fueron los ojos hacia una revista. No pedí permiso para cogerla. Ahí estaba, en la portada, el lord inglés. El bayamés esperaba en la perseguidora. Se había quitado las gafas; tenía ojos oscuros, ordinarios y tristes. Miró la revista y preguntó si era de las que traían una novela de amor. Lo miré. El tipo me mataba; hojeé la revista en silencio y él permaneció atento a las páginas, con la esperanza de ver una novela. Había más fotos del lord: trajeado, impecable. Hasta el humo del tabaco que fumaba parecía dibujado. Lo veías hacer barras y te daban ganas de beberte las gotas de sudor que la cámara había congelado en su

barbilla. Marc Vander no sé qué mierda, dijo el bayamés. En realidad, dijo el nombre completo del tipo, pero no logré entenderlo. O no quise. Debe ser una revista de los noventa, explicó, era el modelo más cotizado de esa década, holandés, aparecía en todas las revistas, no sé qué fue de él. Comprobé, la revista era del noventa y cuatro. En este trabajo hay que estar actualizado de todo, dijo el bayamés. Entonces cambió de tono, no hay novelitas, verdad. Dije que no sin mirarlo. Suspiró y se colocó de nuevo sus gafas oscuras. Aquella vez, cuando dijiste que habías detenido al sospechoso justo la noche en que mataron al turista, el capitán te creyó, confió en ti, pero yo verifiqué; es verdad que lo detuviste y chequeaste los antecedentes penales; dos días antes. Aquello podía suceder en algún momento. Solo me asombró que tardara tanto. Si había demorado hasta ahora, podía esperar un poco más. Mi única prueba de que Oniel había abandonado el país eran sus fotos con el lord. Recordé el rayo de sol en su cachete, en un día gris, como aquel rayito de sol que entraba por el hueco de la ventana del cuartucho. También podía estar en Holanda, pero necesitaba aferrarme a la idea de que había hecho un montaje con las fotos. Para qué. Recibimos una llamada por radio: habían atrapado al asesino. Nos miramos el bayamés y yo. Lo vi desinflarse y por primera vez, sentí lástima.

Volví a mirar la foto, sin preocuparme de que el bayamés la viera. En aquel momento, solo le importaba saber quién había atrapado al asesino, cómo. Sentí un escalofrío trepar por mi espalda y pisé el acelerador. También necesitaba ver la cara del sospechoso, que me mirara. Aquella vez, me despertó una especie de alarma en mi cabeza incluso antes de sentirlo entre las nalgas, como si todo el tiempo hubiese estado esperando aquello. No esperé a sentir dolor. Tampoco era el dolor lo que temía. Uno sabe que no es el dolor lo que teme, sino cruzar la línea. Mirarme al espejo y verme como Oniel. No llegas a sentirte maricón hasta que te dejas coger el culo, hasta que empiezas a disfrutarlo. Habría sido más fácil que me devolviera el golpe, que justo en aquel momento no hubiese lucido tan frágil, indefenso, cuando yo sabía que podía al menos encajarme un codazo. Pero justo entonces decidió actuar como el maricón que era y solo pude despreciarlo. Se me pasaría y a él también. Era una coreografía que habíamos bailado antes y había llegado a aprenderme los pasos: regresaría al bar una semana más tarde y lo hallaría en la misma mesa. Me sentaría en silencio junto a él a pedir mi cerveza y a hacer algún comentario intrascendente después de un silencio largo y asfixiante. Contestaría en el mismo tono casual, sin mirarme; por par de minutos seríamos como esas parejas que al cabo de los años no encuentran qué decirse, ni la forma de deshacerse uno del otro. Llegaría la cerveza y tomaría el primer

sorbo para darme ánimos, y solo entonces le tomaría la mano en la penumbra. Lo más cerca que podía estar de pedirle perdón. Debí hacerlo en aquel mismo instante, mientras lo veía sentado en el suelo, con el labio hinchado. Si hubiese sabido que estaba mirándolo por última vez.

La foto fue lo primero que me hizo sentir verdaderamente inferior a Wallace. No solo era real; había sido capaz de dejar a su esposa; tal vez, era capaz de dejar que Oniel lo gozara. Ahora, el lord inglés se había desvanecido. Quedaba solo aquella revista vieja. Oniel continuaba tan atrapado como yo en la Isla. Tan jodido como yo. Pensé en los tipos muertos; se habían aferrado tanto a la oscuridad, se habían sentido tan seguros, tan libres. Los momentitos de felicidad les habían costado demasiado caro. Incluso aquellos rincones oscuros, con olor a condones usados, tenían precio. Logré abrirme paso para ver al sospechoso. Aún era solo un sospechoso, aunque lo hubiesen atrapado con pertenencias de la última víctima. Había sangre en su ropa. Con aquel pedazo de cuerpo mezquino, el bayamés se había abierto paso antes. No me convence, dijo, demasiado flaco. No era más pequeño ni más flaco que el bayamés, pero resultaba difícil imaginarlo cargándose a tipos más grandes, bien comidos, a no ser que practicara artes marciales. El bayamés había recuperado el color, aún tenía oportunidad. Yo deseé con toda el alma que el

culpable fuera aquel infeliz, necesitaba que fuera aquel infeliz. Le entregué las llaves de la patrulla al bayamés. Recuerda que tienes una conversación pendiente con el capitán. Después, tendría tiempo de entregar la chapa y la pistola. No podía estar seguro de que Oniel estuviera en la Isla. Tampoco sabía dónde empezar a buscarlo. Pero tenía tiempo. Tiempo era todo lo que tenía a partir de aquel instante.

LA INVOCACIÓN

Roberto Quiñones-Haces

El agua comenzó a llegar una vez por semana y el chorro era como el de la orina de un viejo con problemas prostáticos. Comenzamos a acopiarla desde el domicilio de Fredesvinda — inexplicablemente el líquido seguía llegando allí todos los días, según las malas lenguas porque su esposo era un alto dirigente de la provincia— a recelar unos de otros porque es bien conocido que nada divide tanto como la miseria.

El malestar de los vecinos fue en aumento y cuando el cobrador pasaba con su talonario recibía insultos cada vez más agresivos. Se corrió la voz de que el agua iba a llegar por la noche y salimos a pernoctar fuera de las casas, rodeados de tanques plásticos y de aluminio, cubos, palanganas y mangueras.

Las autoridades anunciaron que estábamos ante la peor sequía del siglo y que el agua se suministraría cada diez días. Ya ni siquiera podíamos ir a la casa de

Fredesvinda. Los camiones cisterna llegaban al barrio de forma sorpresiva. Aparecían y de inmediato se formaba la cola. Al principio cada cual respetaba el orden de llegada, pero cuando el agua dejó de suministrarse por el acueducto cada los diez días prometidos y las pipas comenzaron a hacer un viaje por barrio, la cola se transformó en tumulto y fuente de discordias.

Entonces surgió el corruptor de avanzada, un vecino que se apostaba una o dos cuadras antes del lugar donde debía estacionarse el camión cisterna. Cuando el chofer llegaba, le ofrecía cincuenta pesos por el privilegio de llenar algunos cubos fuera del gentío. Pronto los más pudientes ofrecieron hasta doscientos pesos por acopiar un poco del líquido en sus depósitos. Tales prácticas provocaron cientos de quejas por escrito, pero las autoridades ya no estaban para papelitos. En medio del caos, el esposo de Fredesvinda propuso una reunión para decidir que el agua fuera entregada según los méritos de cada vecino y poco faltó para que lo colgaran de la mata de mamoncillos de la cuadra.

Las pocas pipas que deambulaban por la ciudad eran custodiadas por agentes del orden público y aun así algunas fueron asaltadas a plena luz del día. La falta de higiene y la fetidez hacían estragos entre la población y cientos de personas amanecían muertos con un trazo de espanto en sus rostros.

Entonces los gurúes de ritos extraños, los rosacruces, los santos de los cultos sincréticos, los sacerdotes de la Iglesia Católica y numerosos pastores protestantes, unidos a varios monjes budistas y sintoístas que nadie supo nunca de dónde salieron, así como a tres musulmanes escapados de la Base Naval de Guantánamo que habían permanecido ocultos en la Loma del Chivo, acudieron ante las autoridades y pidieron permiso para invocar a sus deidades en la plaza cívica.

A pesar de la perentoriedad que exigía la situación, las autoridades convocaron a una asamblea para determinar si permitían lo que algunos calificaban como un asalto al ateísmo oficial. Luego de tres días de análisis decidieron consultar al nivel central y obtener la autorización.

El nivel central aceptó y las autoridades citaron a los representantes religiosos y los invitaron a firmar un documento donde se hacía constar que no perseguían ningún objetivo político. Cumplido el trámite, accedieron a la celebración.

Los líderes religiosos llegaron hasta la plaza y clamaron a sus dioses mediante oraciones perentorias. Unos hincaron tijeras en la tierra, otros sacrificaron animales y tocaron tambores, rodeados del baile de mujeres de espléndidas cinturas y provocativos contoneos. La

música, el sordo rumor de las plegarias y el aroma del incienso se elevaron sobre la plaza y a una orden de los celebrantes se inició un ayuno colectivo que duró una semana. Al séptimo día, extenuados, todos se tendieron sobre la plaza con los ojos dirigidos al cielo. En un postrer esfuerzo, uno de aquellos santos varones lanzó un pedido ininteligible a las alturas.

Quizás por la vehemencia de la súplica o porque la divinidad interpelada se condoliera de nuestra situación, comenzó a caer una fina llovizna. Aletargados, con los brazos extendidos al cielo, los menos débiles agradecían el milagro. Incontables hombres y mujeres salieron de sus casas, abrazaron a sus vecinos y se arrodillaron para agradecer esa llovizna que les devolvía la esperanza.

Luego, con una furia inusitada, la llovizna se volvió aguacero torrencial y comenzaron a formarse riachuelos en los canteros y badenes. Ocho días después del suceso, continuaba lloviendo torrencialmente y la tierra dio muestras de haber agotado sus posibilidades de drenaje. El nivel de las aguas comenzó a crecer peligrosamente y la humedad nos penetraba la piel.

Ante la magnitud del diluvio, los santos varones, refugiados en el tercer piso del Banco de Crédito y Comercio, comenzaron a acusarse mutuamente como autores de la tragedia. Unos alegaban que la invocación

final había sido una provocación satánica, otros exigían identificar la procedencia del rezo y al atrevido que lanzó el grito a las alturas, antes anónimo, santificado y benefactor, ahora demoníaco. Pronto los santos varones pasaron a las agresiones físicas.

Entonces los tres musulmanes, que habían permanecido ocultos detrás de unos estantes llenos de libros de cuentas, se lanzaron sobre un tronco gigantesco que iba rumbo a las oficinas de ETECSA, pues intuyeron que en cuanto los vieran les endilgarían la responsabilidad por lo ocurrido. Apenas saltaron, un alarido conmovió la estancia y provocó la reunificación de los santos varones, quienes, advertidos de la huida de los musulmanes, se lanzaron a la corriente para perseguirlos, entre ellos yo, que al comprobar el fracaso de la persecución decidí regresar a mi casa.

Casi todas las viviendas estaban inundadas, incluso las de mi zona de residencia, una de las más altas de la ciudad. Un ruido sordo se desprendió de las montañas y recordé inundaciones pasadas. Tomé unos prismáticos y la radio grabadora, hasta entonces a buen recaudo encima del refrigerador, y nadé hacia la mata de mamoncillos. Sentado en una de las ramas más altas vi pasar automóviles, pedazos de casas y animales arrastrados por la furia de las aguas. A veces, de entre la corriente turbulenta emergían algunas personas que

extendían hacia mí sus ojos aterrados, en busca de algún asidero donde prolongar sus vidas.

Sentí un temblor y vi cómo las aguas socavaron los cimientos de mi casa y la engulleron velozmente. Fredesvinda y su esposo emergieron de un remolino cercano a la mata de mamoncillos. Abrazados e inertes, fueron a detenerse al lado del árbol por unos instantes para volver a ser arrastrados por la corriente. Tras ellos emergieron un monje budista, dos frailes franciscanos y los tres musulmanes, seguidos por varios tomos de las obras escogidas de Lenin, el Libro de Control de vecinos del CDR y una foto de Osama Ben Laden.

Casi de noche escuché en la radio que nuestra desgracia era una consecuencia directa del cambio climático, que la ONU iba a enviar ayuda pero no sé si tendré la suerte de sobrevivir. De un momento a otro la mata de mamoncillos será arrastrada por la fuerza de las aguas. He grabado mi testimonio y espero que alguien detecte la grabadora dentro de este paquete de nailon que he amarrado de la rama más alta. Sólo deseo que se conozca la verdadera causa de nuestra desgracia para que en lo adelante, quienes sobrevivan, sepan dirigirse a los dioses.

VIÑETAS

Rafael J. Rodríguez

EL SOÑADOR

Sentado en su excusado, Pancho lee un recorte de prensa: “El túnel ferroviario más elevado del mundo para trenes de alta velocidad fue inaugurado en la China”. Pancho cierra los ojos y un súbito tranvía lleno de luces raudas atraviesa su mente y le ilumina el rostro. Entonces abre los ojos y sonrío, se limpia las nalgas con el recorte y ajustándose el cinto sale al senderito fangoso de su finca cubana, lo mira calladito, suspira, y echa a andar.

EL MINUSVÁLIDO

Entre sus amigotes, luciéndose como un gallito fino, Alejandro Machado afirma categórico: “Si de veras me quieren ver feliz, llévenme a algún lugar lleno de minusválidos o de gente deforme. Me dan así como una ganas de vivir, me siento tan dotado, tan suertudo,

tan chulo...”. El orador pasa la vista por el coro hasta entonces risueño; pero la risa se esfumó de los rostros y un triste extrañamiento se apoderada del aire. Sin querer, Machado acaba de desnudar su alma: la tiene torcida y minusválida.

DE LA MALDAD I

Advertido, el joven sale disparado a socorrer a Lucy, su querida vecina octogenaria derribada en la cama por un ataque de presión arterial. Ella apenas se puede sostener, pero él la asiste, la anima, la consuela, y consciente del riesgo al que se expone, la monta en su motor y a duras penas la lleva al hospital, bastante lejos de la finca en que viven. A las dos horas, después del tratamiento, la presión disminuye y él la trae de regreso a la quinta. No se apartó un instante de su lado, preocupado, solícito... El joven se siente satisfecho, quizás salvó una vida. El marido y el cuñado de Lucy, medio bebidos, lo reciben con grandes aspavientos y se deshacen en palabras de elogio. “No es nada”, dice él. “Es mi deber. Ustedes saben que yo les quiero bien...” Y regresa enseguida a sus labores. Pero algo no anda bien. La puerta del depósito ha sido violentada: faltan dos sacos de maíz, par de latas de soya, un rollo de cordel... En la distancia, escucha todavía la algazara de la resucitada y sus parientes, celebrando la suerte de

un vecino tan bueno. El joven mira al cielo de su finca cubana, se sienta sobre el suelo, y se bebe las lágrimas.

DE LA MALDAD II

Me lo contó Carlos Manuel Pérez, un periodista amigo y talentoso que salvó dignamente, durante muchos años, la paupérrima página cultural de un periódico de provincias. Él estaba en San Pablo de Jiguaní, mi pueblo natal, trabajando en algún reportaje, pero necesitaba una confirmación urgente, o un permiso, no recuerdo muy bien, y le urgía llamar por teléfono. Entonces recuerda a una amiga, Ivón Castañeda, en ese entonces especialista de la Galería de Arte de la localidad. Y hacia allá corre. Ella lo recibe con abrazos, besos, y grandísimas muestras de contento. Carlos le explica: “Oye Ivón, sácame de un apuro. Necesito usar tu teléfono”. ¡Ay, mijo! —exclama ella—. ¡Qué pena contigo! Y cubriéndose la boca con la mano, le confiesa en sordina: “Aquí el jefe metió los teléfonos en cajas de madera, y les puso candados! Pero pasa, pasa. Vamos a conversar en mi oficina”. Y lo arrastra hacia allá sin muchos miramientos. Carlos se sienta y comienza a sudar bajo el interminable monólogo de Ivón. Sin poder evitarlo, echa miradas suplicantes hacia el cajón donde purga su pena el fantástico invento de Meucci, y de pronto, ah, maravilla, se percata que el diminuto

candadito que debe resguardarlo está abierto. Ivón también se da cuenta. Se miran. Él inicia un ademán pero lo interrumpe cuando ella, sin dejar de hablar, sin transición, sin pausa, extiende la mano frente a él y cierra con tranquilo ademán el candadito. Estaba tan perplejo —me contó— que todavía aguantó cinco minutos más de aquella confusa verborrea. Se despidió como pudo; no sin antes recibir grandes muestras de afecto por parte de Ivón. “Oye, si vuelves por acá, ven a verme, y nos ponemos al día”, le dijo. “Recuerda que aquí tienes amigos”, y lo palmeó en la espalda con cariño. Carlitos, pobrecito, la miró con terror, y salió a escape.

EL TALENTOSO

Leyendo el *Libro de los abrazos*, de Galeano, me emocio hasta el llanto con algunas viñetas. Pienso, de corazón, y salvando respetuosas distancias, que puedo escribir un libro así de lindo, así de bueno. Me faltan, a los sumo, algunas boberías: Ser perseguido por una dictadura, exiliarme y una vez derrotada, volver; la costa catalana cubierta por la nieve; la visión primorosa del río del olvido; la Bahía de Valparaíso en un atardecer; Isla Negra y la sombra de la casa del Poeta; Los Andes; Quito; ¡la noche en Río de Janeiro!; mojarme en casi todos los océanos de mundo; y París, Nueva York, Canadá... En fin... ¡Minucias, como ven, solo minucias!

LOS ISLEÑOS

Cuba es un archipiélago —dice la profesora, y pasea su vista indagadora por el grupo, pero nadie riposta. Cuba es un archipiélago —repite, y luego afirma con un dolido énfasis: “Mas, para mí, y para la mayoría de ustedes, es solamente Isla”. En mi grupo, lleno de inteligentes, casi todos entienden, y se ríen. A mí no me da gracia. La visión serpenteante de una cinta de tierra que se interna en el mar y llega a Cayo Coco, uno de los lugares más hermosos del mundo, según revistas y periódicos, me oprime el corazón. No, no me da gracia, y levanto la mano y se lo digo. La profesora traga en seco. “A mí tampoco”, dice. “Anoche, cuando me di cuenta, lloré”. Y baja la cabeza con una honda tristeza.

EL PENSADOR

Si tuviera fe, iba a rezar por Cuba. Si tuviera tanto amor para ella, como suelo decir, llorara cada día. Si tuviera suficiente valor para hacer algo, sé que iría sin remedio a la cárcel. Como no tengo ninguno de los tres, solo puedo esperar. A veces, me consuelo con esa retórica barata, otras veces, ¡ni hostial!

EL ECONOMISTA

Ya he escuchado mil veces en boca de funcionarios, líderes de todos los niveles, jefazos baratos y cuanto medio de difusión y propaganda me viene a la cabeza, que el mantenimiento de nuestra libertad es una cosa cara: Pero, después de tantos muertos, no acabo de creerme que nos sigan cobrando con la vida.

ALTA POLÍTICA

Desde el púlpito, el orador se luce: “El verbo ha creado al mundo, y lo sostiene en pie. Es poderoso, fundacional, sagrado...”. Luego cierra los ojos y declama: “Juro que en mi gobierno el verbo será libre, la idea será ley... Aquellos que no puedan cumplirlo, serán polvo y ceniza...”. Entonces se calla de repente y escupe varias veces un chorro de arenisca. Atónito, se agarra a la tribuna pero las manos, y el resto de su cuerpo, se escurren en segundos en una grana fina. La muchedumbre, sonreída, contempla unos minutos el montoncito inerte, y empieza a dispersarse.

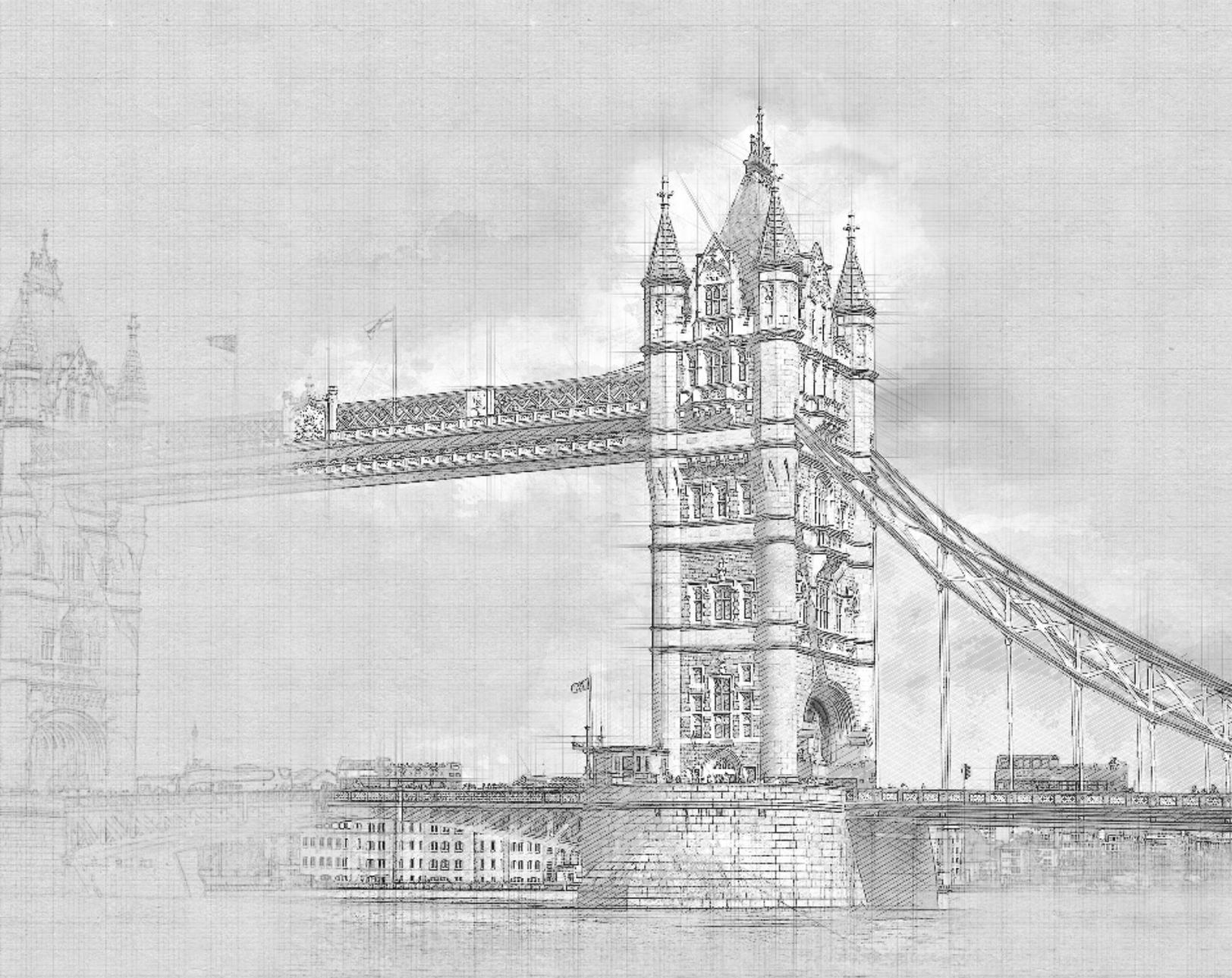
LA CULTURA OFICIAL

El funcionario, haciéndose el difícil, niega al intelectual su pequeño pedido:

—¡No puedo ayudarlo, no... Usted, que es alguien preparado, me debe comprender: ¡Al sésamo lo que es del sésamo!

MALDITOS SÍMBOLOS

Por las calles de la capital, cimbrando bajo un potente reggaetón y decorado con banderitas yanquis, una en cada ventana, avanza un carro ruso, un moskovich. Lo ganó en una zafra azucarera y gracias a la emulación socialista, el abuelo del que ahora va al volante: un imbécil de cejas maquilladas con actitud de comerse a La Habana. Yo, que veo cómo se entremezclan los símbolos, cierro los ojos un instante y una oleada de asco me sube desde el pecho.



POESÍA

ELIZABETH REINOSA

YO TAMBIÉN HAGO UNA HISTORIA

con palabras,
con dioses
que gritan y protestan.
Me canso
del silencio
me canso de no poder decir
que mi morral es un nido
que en su interior maduran
unos huevos espléndidos.
Soy proclive
al tacto
a la espina
pero puedo inventar un bosque,
una espesura tan real
como estas
construcciones de mi lengua
Yo presiono los resortes
yo cambio un bonsái por una palma
y una palma por un verbo.
Yo me endulzo
cuando dicen
fruta
miel de abejas

pero es más divertido acidularse
más jubiloso
romper un muro y una fuente.
Es mejor si me desplazo
aunque tenga un rizoma
de ansiedades.
Es mejor que construya mi historia
con palabras y saliva
y no con los escombros
de un castillo.
Todo es mejor
según la perspectiva
pero ahora yo prefiero
estar
callada.

PUERTAS

El hombre también abre otras puertas,
anchuras para ver la calle,
los perros,
la gente cubriéndose del sol
con noticias nacionales,
caminando con esa manera extraña
de olvidar que existen.
No pueden ver
al hombre que construye los espacios de la luz:
sutiles invitaciones a los seres
que trascienden el plano superior de la Isla.
Alguien que sabe de las dimensiones exactas,
del lugar preciso para invadir la intimidad
de los que huyen con el pan y el silencio
bajo el brazo,
los tristes que pasan por alegres en las plazas.
Hacia adentro
las miradas chocan con los muros,
la ciudad termina en esa infinita solidez
que el hombre
ha pintado de verde.

CRUZAR LA ISLA

confundirse con los bosques
cercenados por el fuego,
volver el rostro porque la ceniza
golpea, el pasado golpea
porque la Isla...
Saltar a la ciudad y a su extraña condición de jungla.
Sentirse cautivado por la noche,
los cuartos, las esquinas.
Conservar la moneda y el destino incierto,
cartas con muertes en rojo y en mayúsculas.
Cruzar la tierra,
sentir que el paraíso existe
de la misma manera que el deseo.
Todo era claro y firme
Han sembrado posturas
para el silencio.
No quieren saber de mi arritmia,
signo de sangre desbocada,
de hipocondría,
visión minimalista del mundo.

Detrás del cristal
aprieto los dedos
que intentan ocultar el sol o ponerse de cruz
sobre los labios.
Todo era claro y firme
en los inicios,
pero ese tiempo puede durar toda una vida.
Todo era callar
y festejar el estiércol,
sujetar a la bestia,
mientras otros clavaban en su pecho
la derrota.

RUBIEL. A. LABARTA

MITOLOGÍAS DEL ABANDONO

No te entristezcas si confieso
que esto no es una cueva en Al-Manzurah,
con dos caimanes vigilando la entrada.
Con dos caimanes que se emborrachan
y cantan y le lanzan pedradas
a la luna amarilla.
Yo viví en una cueva semejante al infierno
y a veces hacía hogueras
con mierda de murciélago,
y respiraba el humo
–muy parecido al humo de un cigarro–
y abría el cielo,
lento lo iba rasgando
con el filo ruinoso del cuchillo,
para ver las estrellas.
Afuera, en el desierto,
los niños que murieron
de sed o de cansancio
hacen rondas y bailan,
y recitan poemas que recuerdan mi infancia.
Todos callan
a la hora de soportar los golpes.
Ven. Mírame la espalda.

¡Haz silencio!
¡Persígnate en silencio!
Al otro lado de la entrada
que cuidan los caimanes,
la gente habla de abecedarios,
saca cuentas,
piensa que va a haber pan para mañana,
que dos y dos
van a ser siempre cuatro,
que esas pocas moléculas de agua
nunca formaron parte del orine de un perro.
Del otro lado de esta puerta cerrada,
puede que haya dos manos
sobre un plato vacío.
No te entristezcas si confieso
que este no es el infierno de Virgilio,
ni hay círculos de arena trazados en el suelo,
ni criminales que se arrepienten
y rezan hincados de rodillas
sobre clavos calientes.
Haydrich nunca me fusiló
contra un muro en Mont Herzl

por decirle a mis hijos:
«tengo veintitrés años
y un papel que cumplir.
He hecho rodar los dados
y he perdido.»
Yo lo he visto en las revelaciones.
Me he atrincherado
con estos dos caimanes en la entrada.
No te entristezcas. Está oscuro.
Si lloras nadie podrá saberlo.
No habrá perdón,
ni una sopa caliente en las mañanas
que amanezcas con fiebre.
Solo una cavidad interminable,
el hueco en una roca,
con dos caimanes vigilando la entrada.
Piensa antes de volver,
que esta no es una cueva en Al-Manzurah,
y hace calor, y hay polvo, y huele a muertos
...y las momias preguntan
si se nos ha hecho tarde.

EXÉGESIS

Yo estaba loco de remate —me dijeron.

Feliz y loco.

Y tenía el tiempo,

todo el tiempo del mundo para estarlo.

Te falta —me dijeron—

una hipoteca,

comprar un coche a plazos,

tener hijos y suegra,

divorciarte.

Te falta —me dijeron—

un trabajo aburrido,

un cáncer,

un espejo.

Pero yo estaba loco,

soñaba con muchachas hermosas

que jugaban a no seguir creciendo

y se daban las manos

y se cagaban

frente a la puerta de un vecino.

Te falta ser cobarde —me dijeron.

Rezar algún domingo

hincado de rodillas,

ponerle los cuernos a tu esposa,

resignarte, caminar con el rabo

metido entre las piernas,

pedir limosnas y dar gracias.

Pero yo estaba loco como un perro
y ladraba de noche,
y perseguía los gatos
y conocía mis pulgas por su nombre.
Dijeron: te falta ver la tele,
y vender un riñón
para pagar las deudas,
y tener vicios, claro,
el póquer o las putas.
Yo en cambio, me paseaba
desnudo por la calle
sin que me hirieran el frío o la vergüenza,
conversaba dormido
sin cuidarme la lengua
y creía en los mugrientos amores
que había desenterrado
algunas noches
en las que no llegaba el sueño.
—Te faltan —me dijeron—

unas ganas tremendas de morirme,
los bolsillos vacíos,
seiscientos piojos,
y un hambre atroz,
un hambre de cien días.
Yo, como buen loco que parezco,
me bebo sus cervezas del domingo,
y preño a sus mujeres,
y hago nidos de ratas
en las cocinas ocres de mi infancia.
—Te faltan —dicen—
tener de noche pesadillas
en las que te persiguen o te observan
siempre y en todas partes.
Yo escapo de la cárcel,
y me olvido,
y cometo algún crimen
y les ladro
dentro de sus cabezas azoradas.

INFORME DE LA MINORÍA

El que sabe la rebelión que le acontece.
El que sabe que la miseria le roe la planta de los pies.
El que sabe que va a ser traicionado y por eso ha aprendido el finísimo ardid de la traición.
El que sabe que saquearán su casa, que vendrán a quitarle de la que fue su casa incluso hasta el recuerdo.
El que sabe que pudo ser crucificado en el lugar de Cristo.
El que sabe que se hará viejo y a pesar de los años seguirá recordando los ojos infortunados de los muertos.
El que sabe que al mirarse al espejo ya ha visto íntimamente el rostro de su peor enemigo.

El que sabe convertirse cautelosamente a la anuencia de todo.
El que sabe contentarse con el inútil arte de los días.
El que sabe poner en la balanza la ira de Dios, y el miedo.
El que sabe andarse con cuidado porque transporta en el bolsillo los relojes de arena, la hierática enumeración de las horas que alguna vez le precedieron.
El que sabe empezar a existir donde termina la piedad.
El que sabe que estamos solos. Que nos quedamos solos. Siempre estuvimos solos.
El que sabe penetrar la agónica sustancia de las cosas.
El hombre despreciado por la Gracia de Dios.

RAMÓN FERNÁNDEZ LARREA

REDOBLE POR LA MUERTE DE MI PADRE

esa lágrima sucia
que rodaba tan triste
por su triste mejilla
¿era dolor del filo de esta vida?
¿era esa luz la última luz como toda la luz?
ese dolor de agua
que bajó por su cara
cuando aspiraba todo el aire
como si se tragara al mundo
como si quisiera besar de nuevo a mi madre
besar los ojos de mi madre
su boca ya perdida por las rocas del tiempo
¿fue un susto su gran susto su modo de negarse
a abandonar el color del planeta
para integrarse a él a sus carroñas y regalarnos otra vez
dolores precipicios llantos a diestra y siniestra
silencios aprendidos miradas de qué va
complicidades en la sombra?
ese brillo en los ojos
cuando morían octubre y un poco también él
un mucho él definitivamente
en aquel hospital de un país devastado
¿era el discurso que siempre esperamos
de que quería quedarse
y fundar otra vez

interminablemente
una familia
dos
diecisiete familias
para querernos todos
bajo la costra azul de la felicidad?
el reptil de la muerte le rondaba
vigilaba sus gestos el cielo que veía
a duras penas ya sin fuerzas
donde estaba repasándolo todo
mi cara el chevrolet de 1956
los lentes tan profundos de mi hermano
la risa de las hembras que vino a dar color
a nuestras secas vidas
el sol que nunca se ponía
y había un olor a padre en todas sus sombras
después vino el final
el hombre necesita estertor y tristeza
ese brillo en los ojos
cuando octubre terminaba de arder
¿era tal vez un susto suyo?
la poesía le destruyó la boca con su belleza
luego la muerte
recogió sus pedazos.

EL ARTE DE OLVIDAR

*Sólo eso importa:
hasta el final, vivo y ardiente.*
Boris Pasternak

llegará un día en que todo sea oscuro
como el vientre de un perro en la sombra
un día sin nombre que te sacudirá
como si fuera el primero que vives
un día que ya no tenga nombre
ni sea el primero ni tampoco el último
y que nunca comience con la primera luz
sino en el momento justo
en que decidas dejarlo entrar a tu cuerpo
un día para respirarlo
un día que entre por tus dedos
un día como un rayo que atraviesa
la madera profunda y casi seca
un día que se esconda en tu lengua
un día clavado en tu pecho
para que recuerdes que el dolor de vivir
no cesa no escapa nunca disminuye

y que mientras más sangre se acumule
mientras más memoria tengas de las cosas
menos luz quedará
y allá en la oscuridad
saltan todas las cosas que pasaron
de una
en una
todas por las que has llorado después
y allá están
y sin embargo no
y sólo quedas tú
mojado
roto
solo
como un muerto vacío
que no da sombra a nada.

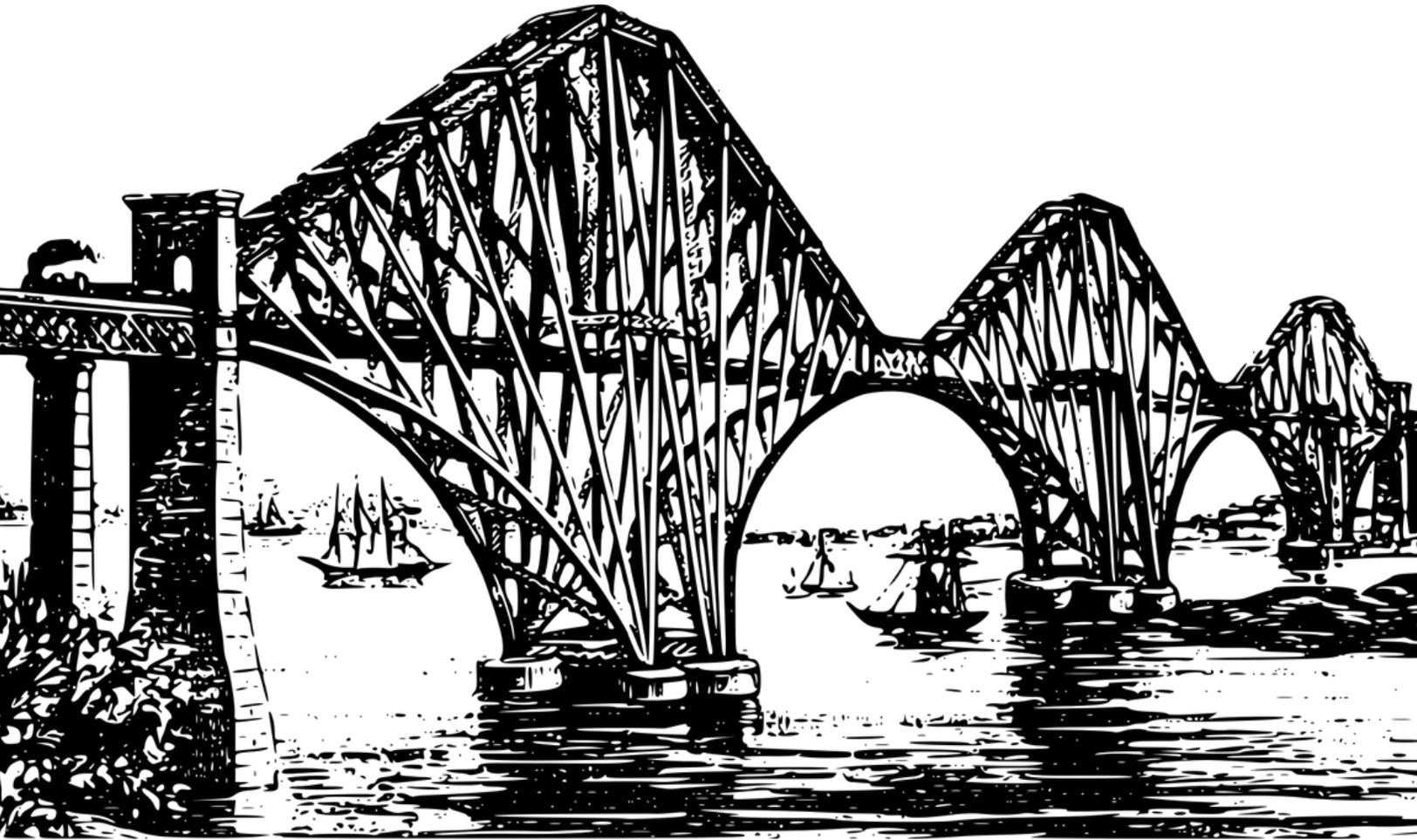
CUADERNOS DE UN SOLITARIO

El viento enciende el alma.

Juan Ruíz Peña

la mañana de un lunes decidió recordar
una caricia la única caricia
la que nunca ha olvidado
y que le sacudía a cualquier hora
era la que abarcaba en su envoltura
el temblor infinito que mantenía su fuego
escribió simplemente una palabra
una palabra que siempre pensó
era la única palabra que importaba
escribió vida y comenzó a llorar
hasta que el martes escribiera su nombre
debajo del nombre de una muchacha
que era tan bella como despertar junto al mar
el miércoles le sorprendió la noche
sin saber qué mirar
sin una luz que le guiara
por el abismo del recuerdo
de manera que escribió al azar
varias palabras que le acompañaron siempre
palabras como tigre como linterna como labios
abedul esperanza tentación o pelícano
pero no supo cuál le abrigaba mejor
jueves y viernes miró el mar

el horizonte lo mantuvo en un sueño
que le ardía en las palmas de las manos
y en la arena escribió solamente
estoy solo
el sábado la vio entre las olas y escribió
que creía haber vuelto a soñarla
porque el mar y la soledad cuando se juntan
provocan un dolor insoportable
dos cosas inacabables y traicioneras
ambas azules y afiladas
el domingo por fin escribió
con mano serena con la mano
que acarició a aquella muchacha
que todo era tan fácil como morir
demasiado sencillo respirar
pero también era muy fácil estar solo
con una daga hundida hasta la empuñadura
y que vivir y amar eran artes olvidados
pedras como de un alma que se hunde
y que soñaba ser un grano más de arena
una gota salada en aquel mar inmenso
donde el rostro de ella aparecía
cuando la luna lloraba sobre los humanos.



ENSAYO

DE VARELA A MARTÍ: DESENVOLVIMIENTO HISTÓRICO DE LA IDEA

José Gabriel Barrenechea

I

La Idea surge como resultado de la lucha por acceder al libre comercio y a la libre explotación de los recursos de la Isla por la clase sacarócrata habanera. Esta clase ha surgido, en definitiva, bajo el impulso de un factor externo: Carlos III y su comprensión en 1763 de la necesidad de fortalecer el punto neurálgico de su Imperio, La Habana, para lo cual promoverá y empoderará a las élites de esa ciudad. Su evolución es sin embargo espectacular: Solo 30 años después ya es una clase consciente de sí misma y de sus necesidades, pero además, con un espíritu emprendedor comparable al de las élites de ciertos estados del vecino norteño, e incluso con una visión del mundo en muchos aspectos mucho más amplia que la de aquellas.

Como buena clase económica y comercial no aspira a más que a la libertad económica, y por lo mismo nunca

se plantea la posibilidad de alcanzar la libertad política. En buena medida, es necesario señalarlo aquí, también porque *de facto* es ella el poder económico detrás del trono absolutista español. Al menos hasta la muerte de Fernando VII y el consiguiente ascenso de los liberales moderados en España, que muy bien habrían de demostrar entonces el haberle guardado las cuentas a sus homólogos habaneros, por los años en que con su dinero sostuvieron al *Rey Felón*.

La Idea, por su parte, nace unos cuantos años antes de la llegada de Miguel Tacón a La Habana. Cuando todavía los sacarócratas de esa ciudad detentan el poder imperial (más exactamente cuando están dejando de detentarlo), a la manera en que lo habían ejercido los banqueros genoveses y alemanes de inicios del siglo XVI, tras el trono de Carlos I de España, y V de Alemania. Surge por lo tanto en una Isla, la de entre 1815 y 1820, en que sus más preclaros intelectuales caen en la cuenta de la privilegiada situación que la clase directora isleña tiene en los tejidos de poder mundial. Una clase a la que de una u otra manera están ellos muy ligados.

Un mundo muy singular este de entre 1815 y 1820, en que tras el desastre de Trafalgar ni España ni Francia cuentan como poderes navales, en que todavía los EE.UU. no han terminado de recuperarse de la desastrosa Guerra de 1812 ni mucho menos lanzado su Doctrina Monroe

en claro desafío al poder inglés, y en que este último prefiere a una Iberoamérica independiente, ya que de esta manera, al no tener por entonces competidores posibles ni en lo naval ni en lo económico, puede simplemente aprovechar las inmensas posibilidades de todo un continente sin necesidad de verse obligado a echar mano de una siempre costosa ocupación militar, de resultados por otra parte nunca previsibles (las experiencias en el Mar del Plata de 1806 y 1807 habrían de resultar determinantes en la adopción de esta línea de política exterior británica).

Un mundo por completo excepcional en el período que media entre 1689 y 1918, en que durante una pequeña ventana temporal se hace factible obtener la independencia política en las Américas Hispánicas. En fin, un mundo que le garantiza una realista posibilidad de realización a la idea de independizar a la Isla de Cuba.

El experimento “democrático” de entre 1820 y 1823 en La Habana marcará, por su parte, la primera gran crisis de la Idea. Lo primero que descubren los seguidores de Varela, tras este partir a las Cortes el 28 de abril de 1821, es que la sociedad cubana no está preparada para la independencia tanto por la escasa cultura política de sus habitantes como por lo heterogéneo de los elementos que la componen: El que la sociedad cubana no está solo constituida por blancos, sino también por

negros, el que la proporción de ellos aumenta y el que en definitiva algo habrá que hacer con ellos, sorprende a unos varelianos que hasta caer en cuenta de ello parecen haber habitado en el reino de las abstracciones librescas más que en el de la realidad política. En cuanto a la otra gran desigualdad social cubana, la existente entre el campo y la ciudad, habrá que esperar hasta los tiempos de Anselmo Suárez Romero para que los herederos de Varela comiencen a comprender la distancia abismal que media entre el “señorito” ilustrado de ciudad y el campesino, el “guajiro”.

Lo segundo que descubren los varelianos, incluso antes que el mismo Varela, es que el mundo a partir de la tercera década del siglo XIX ya no se presta para esa independencia que vimos factible soñar solo un lustro antes:

Con su Doctrina Monroe, unos norteamericanos plenamente recuperados y en ascenso se atreven a desafiar al poder inglés. Es cierto que este último todavía se empeña en amparar independencias americanas en regiones alejadas de su ex colonia, y por lo mismo inalcanzables para ella en lo inmediato, pero con la definitiva anexión a esta de la Florida Oriental, en 1821, no es este ya el caso de Cuba, que ha quedado así casi a la vista de las costas de los EE.UU. Sobre Cuba, por tanto, se ha situado a partir de la tercera década del siglo XIX

uno de los frentes de conflicto entre Gran Bretaña y los EE.UU. (no el principal, sin embargo, que continúa sobre la frontera sur del Canadá), lo que le acarrearía trascendentales consecuencias para su futuro.

La Santa Alianza, por su parte, mediante los 100 Mil Hijos de San Luís, pero sobre todo por el rápido resurgimiento del poderío naval francés, da muestras de no ser solo una entelequia y sí un peligro real para las Américas. Se hace factible ahora enviar grandes contingentes militares desde Europa, a la reconquista de los territorios ex coloniales españoles, no las minúsculas expediciones que alcanzó a enviar Fernando VII durante las Guerras de Independencia de América del Sur y Central. Solo lo impiden en realidad los cañones de la Royal Navy, no las declaraciones de un presidente norteamericano que para cumplir en lo inmediato con lo de “América para los americanos” no cuenta con ninguna fuerza real más allá de sus propias fronteras y costas. Pero como ya hemos visto en el párrafo de arriba se da el caso, por su peligrosa cercanía a los EE.UU., de que los británicos prefieren en lo futuro que la Isla de Cuba permanezca en manos españolas, capaces de enfrentar todavía a los norteamericanos, y no en las de las escasas fuerzas de sus habitantes, que no bastarían para ello. Por tanto, si gracias al poderío naval británico la amenaza de la Santa Alianza de ayudar a España a recuperar sus ex colonias

poco significa en otras regiones de Iberoamérica, no es ese el caso de Cuba.

En consecuencia, a la amenaza de la Santa Alianza en apoyo de España deberían enfrentarse sin lugar a dudas quienes consiguieran proclamar a Cuba independiente, aun quienes intentaran conseguirlo. Un desafío que la poco poblada Isla no podría enfrentar.

Por último, el problemático resultado de las independencias latinoamericanas, toda una advertencia de los desafíos internos a que habrá de enfrentarse un país de herencia española que intente independizarse, termina por enfriar las aspiraciones de los varelianos, y a su vez detiene las gestiones de quienes, ante las dificultades del contexto internacional arriba descritas, han pensado que la solución se encuentra en buscar el apoyo de los ejércitos de La Gran Colombia al sur, o de Méjico, al oeste. Las amargas experiencias que a los varelianos en general les deja la constatación de lo que ocurre en Méjico, Centro y Sur América, y en especial a los que en sus gestiones en busca de apoyos para expulsar a España de la Isla han marchado a Ciudad Méjico, Bogotá, Caracas... resumen los inconvenientes, los enredados nudos en que ha terminado atascada la Idea independentista para 1824, fecha en que Varela comienza a publicar El Habanero en Nueva York:

Por un lado, la ingente tarea que significa crearse una Patria de unos elementos tan heterogéneos y abismalmente desiguales como los que deja atrás la dominación española; por el otro, los peligros que para los habitantes de la Isla y su prosperidad futura implica el irse a buscar apoyos externos, incluso en las recién independizadas repúblicas “hermanas”, que a pesar de la consanguineidad o no dudan en usar a Cuba como moneda de cambio en sus relaciones con España, o en todo caso aspiran en secreto a incluirla como un área subordinada más en sus territorios.

II

Ante tal conjunto de negativas constataciones la Idea no podrá más que quedar en suspenso por una buena parte del resto del siglo XIX. La Idea, para salir de su crisis, deberá antes encontrar soluciones realistas a estos dos problemas: Cómo mantener a la Isla Independiente en ese mundo noratlántico del *diecinueve* en el que tan insertada está, y cómo conseguir la sociedad nacional, integrada y viable políticamente: La Nación Cubana en propiedad. Ante estas preguntas solo José Martí presentará un proyecto viable, es necesario reconocer que inspirado en gran medida en la Idea que nace en la Guerra Grande. Un proyecto que al final se realizará solo en parte, y que mal que bien nos conducirá al final

de la soberanía española y al posterior Protectorado Norteamericano (o República Mediatizada).

En cuanto a la Idea, evoluciona en consecuencia con los tiempos para convertirse en una nueva variante de sí misma. La habíamos dejado en su encrucijada del *Taconazo*, en que el naciente estado liberal español llegó hasta a privarnos de la representación parlamentaria en 1837, y a imponer en Cuba el régimen muy liberal de las *libertades omnímodas*... pero por desgracia solo de su Excelencia, el Capitán General.

Así, al quedar en una situación bastante avasallada dentro del estado español, y a su vez resultar imposible en 1840 que la Isla de Cuba viva como una entidad independiente, tanto por su consabida situación central en el tablero mundial como por las ideas imperantes en la política internacional de la época (por ese entonces a ningún estadista o político en su sano juicio le pasaba por la cabeza reclamar el derecho a la autodeterminación de su pueblo: la fuerza, o la capacidad de resistir a ella, eran los únicos criterios válidos para la independencia política); al tiempo que por el enorme número de esclavos, y en general negros segregados de la sociedad blanca a quienes amenazantes ven habitar en sus márgenes, los sacarócratas y los intereses implicados en la Trata consiguen imponer su Idea: La de la anexión a los EE.UU.

No tanto en su versión yanqui como en la *Dixie*, ya que la principal inquietud de esta ala anexionista es la de conseguir conservar el negocio esclavista que bajo la soberanía española parecía peligrar, en vistas del manifiesto interés que Madrid mostraba en congraciarse con Londres y su política de persecución internacional al negocio negrero.

La Ideíta anexionista será, sin lugar a dudas, la solución “nacional” más socorrida por largos años, sobre todo en regiones como La Habana y Camagüey. Por lo mismo no será solo la solución de los sacarócratas, ni estará solo inspirada por los espurios intereses del tráfico humano. Muchos sinceros demócratas, que quizás en otro momento histórico más favorable y también con un poco menos de prejuicios racistas a cuestas habrían terminado representantes de la Idea, se unen a la Ideíta anexionista por ver aquí la solución a los problemas sociales de la Isla, sobre todo al de la integración entre blancos y negros (que presumen desaparecerá con la inundación de blancos americanos); y el de la manifiesta incapacidad de casi todas las clases y grupos cubanos para la vida democrática (que en este caso solucionará la inundación de los valores americanos).

Es en propiedad la otra cara del anexionismo cubano a los EE.UU., su versión *Yankee*. La más justificable, por cierto.

A esta ideíta, en sus dos vertientes, le saldrá al paso un formidable campeón, sin lugar a dudas nuestro mejor polemista de todos los tiempos: José Antonio Saco. Un representante de la Idea de 1815-1820, que aunque incapaz de resolver los problemas que se le presentan a aquella por la circunstancia en que le tocó vivir (Saco nace en 1797 y muere en 1879), se niega a aceptar los valores culturales de una civilización que sabe no es la suya, y a la cual él y Varela han llegado a conocer lo suficientemente bien como para descubrir muchos de los deslucidos en su proceso democrático. En este sentido cabe aclarar aquí que las *Cartas a Elpidio*, más que un texto de inspiración devota es una arma en la política de distanciamiento cultural que estos dos titanes nuestros siguen a partir de 1830 más o menos (ya en 1828 Saco había publicado interesantes crónicas de la sociedad americana, en las que marca distancia con ella, al sacar a colación desde los prejuicios anti-judíos, hasta lo insulso y pedestre de las costumbres).

La Ideíta, luego de los contundentes *sacazos* y del fracaso definitivo de los intentos anexionistas de enero de 1859, cuando fallan las sendas votaciones en el Senado y la Cámara norteamericanos que constituyen el intento más justificable de anexarnos a los EE.UU., vuelve a regañadientes al redil español. Aunque a través del rabillo del ojo se mantiene a la expectativa de todo lo que acontece en el vecino norteño. Sin embargo esta

Ideíta reformista, que vuelve a confiar los destinos de la Isla a España, es ya muy distinta de la de los tiempos de Fernando VII y Arango y Parreño. Si en 1815, tras derrotar los sacarócratas a la todopoderosa Real Armada en la puja por los bosques cubanos, era constatación del poderío de la élite habanera dentro del Imperio, ahora, en 1860, es todo lo contrario. Entonces era conciencia de que no se podía estar mejor, ahora es conformidad por tal de no estar aun peor (las ideítas siempre son en el fondo una forma de conformismo en el presente, sin esa grandeza que es la que en definitiva arma el futuro de las naciones).

Pero la Ideíta todavía puede sorprender, no obstante, sobre todo si es de la mano de esos para nada sensatos habitantes de la que Juan Pérez de la Riva llama la Cuba B, en contraposición a la Cuba del *hinterland* habanero: En 1868 la Ideíta pega un brinco, gesticula, *mete el pie* y se las da de Ideota. Mas no nos engañemos, es más de lo mismo que en esta Isla se venía viviendo desde el ya referido 1859.

Nunca se ha alcanzado a definir el grado de conocimiento que los conspiradores cubanos tenían de los ajetreos de sus primos españoles anti-isabelinos. Pero de que lo había, lo había, y esto resulta evidente a pesar de que casi las únicas fuentes documentales con que contamos al presente son las declaraciones

posteriores de los alzados de octubre-noviembre de 1868. Quienes sin lugar a dudas cambiaron ante la posteridad el carácter de las motivaciones que los movieron en aquellos días, ante los inesperados caminos que la historia había terminado por tomar a partir de aquel memorable 10 de octubre.

Por ejemplo, ese significativo auto-nombramiento de Céspedes como Capitán General, que siempre lo hemos achacado en última instancia a la visión y los intereses autoritarios del Padre de una Patria que, por cierto, ya tenía uno en Varela, ¿no habrá tenido otra motivación más política? ¿La de acaso presentarse como una alternativa, la verdadera anti-isabelina, a Francisco Lersundi, un manifiesto incondicional de la reina recién destronada que por entonces se desempeñaba cual Capitán General de la Isla de Cuba?

En todo caso la atención fija en Washington de esos Padres de la Patria de la segunda hornada no deja lugar a dudas: En el 68 la Ideíta enclenque e irresoluta de entonces, un tercio reformista, un tercio anexionista y otro tercio perpleja, es la que se va a la manigua. Aquellos hombres, incluso los que tenían conciencia de la realidad nacional e internacional de la Isla, lo que buscaban oscuramente con aquel alzamiento era o una mejor situación dentro del Imperio Español (quizás hasta soñaban con la central de sus abuelos),

o la anexión a los EE.UU. Lo primero con más fuerza en Oriente; lo segundo en el Camagüey.

Lo que termina por ocurrir, sin embargo, es que esa irrealidad que siempre es la guerra pronto supera a la demasiado racionalista Ideíta. Es así que en medio de ella la Ideota, que entonces hace su primera aparición, toma la antorcha, la convierte en tea incendiaria y la emprende con los cañaverales, potreros y cafetales del este de la Isla. Es en propiedad Eduardo Machado su comadrón, no Céspedes, con un gesto que visto desde el presente nos puede parecer todo lo digno de encomio que queramos, pero que en su momento no pasaba de un disparate mayúsculo.

Se da de esta manera el caso de que uno de los cubanos más inteligentes, cultos y mejor informados es quien de repente se opone a aceptar las vías de escape de una Revolución acosada por la respuesta española. Una respuesta que, por cierto, de manera evidente nunca fue la esperada, al menos por el bando oriental. Eduardo Machado se niega a apoyar al bando camagüeyano en su salida anexionista, que ha involucrado consigo al desesperado oriental, y este acto, junto a la indiferente respuesta del recién electo Ulysses Grant, dejará la puerta abierta para que la Ideota dé sus primeros pasos, comience a gatear y hasta le salgan unos muy filosos primeros dientecitos. Cualidad dentaria que entre 1871

y 1879 no tardará en comprobar el ejército colonial español en la Isla de Cuba.

La tea encendida de Eduardo Machado pronto pasa a las manos de los caudillos regionales, y sobre todo a los caudillos regionales negros, mulatos y guajiros, que desde sus reducidos espacios vitales dan entonces en el sueño de una independencia que no es más que inconsecuencia con la realidad de la Isla. Son los caudillos regionales, haciendo la única guerra que podía hacerse en Cuba, dada la enorme desproporción entre los combatientes, quienes primero viven independientes en la Isla, y de la experiencia de esa guerra de desgaste eterna se arma el ideal de Patria de la Ideota: Una Nación Cruzada en guerra interminable desde lo profundo de la manigua, contra España primero, pero pronto contra todo ese mundo exterior que no permite que la Isla viva solo en base a sus tendencias internas. Una Nación de Cruzada concebida en lo social como un cuartel, como un campamento, en que los caudillos ordenan y los ciudadanos ocupan disciplinadamente su puesto y cumplen con lo mandado.

(La Ideota hereda de la dominación española la idea del Presidio, de la Fortaleza Sitiada, a través de aquellos elementos nacionales con un ámbito existencial limitado a su región, y que por los azares de la Guerra entran en la política. Ese campo más allá de lo vivenciable

de manera tangible en que resultan imprescindibles a la larga o a la corta las ideas. Las más probadas de las cuales, sobre todo para el hombre común de la época respectiva, parecen siempre encontrarse en el pasado).

No obstante esa guerra que comienza la Ideíta y termina a regañadientes la Ideota dejará una serie de saldos positivos para la Idea:

Primero: Se sientan las bases para la integración de blancos y negros en una sola nación (ya después de la Guerra Grande las propuestas blanqueadoras pierden credibilidad pública), y en la convivencia de los campamentos mambises, en ese mayoritario y más productivo espacio de tiempo en que no se combate, pero en que se desgastaba inexorablemente a España, se comienzan a crear los imaginarios participativos e igualitarios que muy pronto, en el periodo de entreguerras, se habrían de propagar entre la mayoría de la población que no había tomado las armas en aquella primera guerra.

Segundo: A nivel popular la idea de la independencia, hasta entonces sueño de ilusos, gana el corazón de los cubanos de todas las clases y razas. Solo falta por ganar su razón. Lo cual realizará José Martí, en el periodo que él mismo llama de Tregua Fecunda. Ante todo entre el muy importante sector emigrado, tan necesario para el

sostenimiento del tipo de guerra que cabe hacerse en Cuba, y para la inyección en el cuerpo nacional de los hábitos, costumbres y conocimientos de los pueblos industriales, cultos y modernos.



Para un observador poco sutil la propuesta independentista martiana parece consistir en vencer a España en una guerra relámpago.

Martí ciertamente cuenta con que Madrid demorará en movilizar a sus fuerzas, que cuando lo haga estas no llegarían en todo caso a la desmesurada magnitud de lo enviado a la Isla durante la Guerra Grande, y además, que esa misma rapidez cubana también impedirá que lo que él llama el “elemento tempestuoso y rampante” de la política americana, “de que hay que temerlo todo, y por el Norte y por el Sur quiere extender el ala del águila”, tenga tiempo de movilizarse antes del logro de la independencia. Debemos agregar aquí que bajo la segunda presidencia de un Grover Cleveland (1893-1897) negado de plano a meter sus narices en lo que considera el berenjenal cubano, quedaba claro que los tiempos de reacción de los adversarios de la independencia cubana en el vecino del norte se alargarían considerablemente, quizás hasta la siguiente

asunción presidencial (como de hecho ocurrió). El detalle estaba en que para el vigésimo cuarto Presidente de la Unión, hombre por demás de mentalidad aislacionista, Cuba caminaba ineluctablemente hacia una devastadora guerra de razas, de la que lo mejor era que se ocupara España misma.

Pero aunque un aspecto principal de ella, no es el *blietzrieg* el núcleo de la propuesta martiana. Martí sobre todo cuenta con la reacción de la opinión pública americana y europea en apoyo a la independencia de Cuba, y también con el apoyo de ciertos gobiernos, sobre todo latinoamericanos, a los que él confía hará entender la conveniencia de la misma para sus propios asuntos.

Buena parte de la actividad política de Martí desde más o menos 1880, con su apogeo entre 1889-1891, ha ido precisamente en la dirección de asegurar para Cuba la más conveniente reacción de la opinión pública de Las Américas. De hecho puede afirmarse que su prolífica actividad periodística de la década de los 1880 ha estado encaminada a ganarse, con ese fin, a las audiencias cultas Iberoamericanas y a sus clases políticas dirigentes. En ese sentido su *Nuestroamericanismo*, enunciado en el ensayo del mismo nombre de 1891, debe de ser entendido como una reacción a la actitud de muchos gobiernos latinoamericanos en la

Conferencia Panamericana de Nueva York de 1889. En la cual no pocos de dichos gobiernos habían dado de una u otra forma su apoyo al intento que, tras bambalinas, Washington hiciera por entonces de comprarle la Isla de Cuba a España.

Con el discurso *Nuestroamericanista* Martí quiere hacer comprender a los gobiernos y a la opinión pública de Latinoamérica que en ese mundo en que les ha tocado vivir, en que como en 1884-1885, en Berlín, las grandes y medianas potencias noratlánticas se reúnen para repartirse un continente como si de una torta de cumpleaños se tratara, solo un sistema de seguridad colectiva, una unidad de propósito en enfrentar al “tigre de afuera”, puede permitir que las naciones al sur del Río Grande mantengan su independencia. Es necesario aclarar que aunque individualizado para un mejor contraste con el “tigre de adentro”, con “tigre de afuera” Martí no se refiere solo a los EE.UU., y quizás ni en primer lugar a estos. Tengamos en cuenta que todavía en 1894 las costas de esa nación se encuentran por completo a merced de las marinas inglesa, alemana y francesa, y en el caso de la pacífica y en 1890, hasta de la chilena. No son los EE.UU. contemporáneos de la publicación de *Nuestra América* otra cosa que un gato bien alimentado, pero uno que vive en la vecindad inmediata y que es fácil adivinar terminará por convertirse en un tigre

dientes de sable; mas solo con el avance del nuevo siglo.

De manera significativa Martí pretende convencer a los gobiernos y a la opinión pública de Latinoamérica de que pongan a prueba esa tesis martiana, y su fuerza propia, al reunirse en el apoyo a la independencia de Cuba: Un frente único latinoamericano en defensa de la independencia de Cuba sería el comienzo ideal de ese sistema de seguridad colectiva, a la vez que una ayuda determinante a la causa independentista.

En cuanto a la política seguida por él en procura del apoyo gubernamental específico, tenemos el caso paradigmático de Méjico. Martí pretende hacer entender a Porfirio Díaz lo conveniente que le resultaría a su país que Cuba, la Llave del Golfo por el que se comunica con el mundo de la época, dejara de estar en las cada vez más débiles manos españolas, incapaces de enfrentar de modo efectivo en lo material o lo ideológico a unos EE.UU. en expansión acelerada, y que en su lugar se convirtiera en un estado independiente y democrático. Su última carta conocida, la destinada a Manuel Mercado, un antiguo amigo, pero de una generación anterior (más que un amigo, un protector), que ahora se desempeña como Viceministro del Interior en la sangrienta dictadura porfirista, tiene precisamente este propósito: Convencer a Porfirio Díaz de que la única

manera sensata de no tener un enemigo instalado en la Isla consiste en ayudar a sus hijos a establecer una democracia independiente en ella.

No perdamos de vista que para Martí una Cuba independiente que adoptara formas democráticas de gobierno de hecho se blindaba ante cualquier apetencia que pudiera nacer en el vecino norteamericano; a la vez que lo obligaba a empeñarse en su defensa en caso de una agresión recolonizadora europea. Lo cierto es que los EE.UU., todavía una potencia marítima de segunda línea a nivel global, basaban su pretensión al liderazgo hemisférico al presentarse como los supremos campeones defensores de la democracia y la libertad americanas, en contraposición a las formas monárquicas europeas y las apetencias recolonizadoras del autocrático “Viejo Mundo” sobre el “Nuevo”. Es por ello que en la referida carta Martí escribe que por su naturaleza de nación democrática, fundada sobre las principales libertades humanas, los EE.UU. “no pueden contraer... el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana”.

Para Martí la única forma efectiva de enfrentar a un vecino tan poderoso como los EE.UU., a la vista casi de nuestras costas, pasaba por la demostración de los cubanos de su capacidad para vivir según las formas

políticas republicano-democráticas, además de por el ejercicio de una hábil diplomacia que fuera capaz de hacer conocer esa capacidad nuestra al “elemento de humanidad y justicia, que necesariamente viene del ejercicio de la razón, y sujeta...” al “elemento tempestuoso y rampante...” “...en sus apetitos y demasías”. Porque como muy bien entiende Martí, al menos para la conservación de nuestra independencia, de poco valía vivir según aquellas formas si no éramos capaces de convencer a la opinión pública norteamericana, nuestro mejor aliado, o nuestro peor enemigo, en dependencia de las circunstancias, de que lo hacíamos así.

En definitiva, para Martí el único modo efectivo de contener a los EE.UU. pasaba por ganarse al “elemento de humanidad y justicia” mediante “la demostración continua por los cubanos de su capacidad de crear, de organizar, de combinarse, de entender la libertad y defenderla, de entrar en la lengua y hábitos del Norte con más facilidad y rapidez que los del Norte en las civilizaciones ajenas”, como dejara escrito en la carta-instrucciones que le hiciera llegar a Gerardo Castellanos, el 9 de agosto de 1892. Un documento del que curiosamente han desaparecido los fragmentos más problemáticos para cierta tradición interpretativa de Martí, ligada a la Ideota caudillista, y a la cual podríamos identificar como aquella tradición que

está detrás también de la desaparición de las páginas correspondientes al 6 de mayo de 1895 de su Diario de Campaña (el fragmento aquí citado lo hemos tomado del ensayo *Ideario de la Revolución* (de 1895), de don Emilio Roig de Leuchsenring, alguien fuera de toda duda en cuanto a su posición anti-anexionista o anti-plattista).

Por su parte, en *El Manifiesto de Montecristi*, Martí ensaya cuál deberá ser la política a seguir por la Revolución, y la futura República, hacia las superpotencias europeas. Exactamente en aquella oración que parece ser la única que han leído los representantes de la tradición mencionada en el párrafo de arriba (aunque sin entenderla ni a derechas ni a izquierdas), nos dice: “La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo.” Y es que con el aquello de restablecer los equilibrios en un mundo que está por abrir un canal interoceánico a través de lo que después sería Panamá, cuya posesión por los EE.UU. desequilibraría a su favor los balances de poder estratégico mundial, es evidente que además de dirigirse a las naciones latinoamericanas Martí parece más que nada querer convencer a ciertas

superpotencias europeas, Gran Bretaña y Alemania en especial, de la conveniencia de una “Antillas Fuertes” e independientes a las puertas del canal transoceánico que entonces estaba por abrirse, y a medio camino entre este y los EE.UU.

Martí, consciente de que a esas alturas Gran Bretaña o Alemania no se iban a arriesgar a provocar un conflicto con los EE.UU., al intentar hacerse con la soberanía de una Isla situada muy adentro del área de influencia norteamericana, les propone una solución salomónica: Que en lugar de pretender instalar en Cuba una siempre problemática fortaleza propia, amparen en ella el surgimiento de un estado independiente, no sometido a los dictados de Washington. Un aliado seguro, dotado de fantásticos puertos y con una reconocida capacidad de tragarse a ejércitos enteros de ocupación, a quien por sus propias necesidades de supervivencia le interesaría tanto o más que a ellos mantener contenidos a los EE.UU.

Martí es en definitiva consciente de lo intrincado de las conexiones de la Isla dentro de las redes de la economía y de las jerarquías del poder político global; de su lugar en la encrucijada de los intereses de los grandes imperios y de una Latinoamérica que a su vez necesita contener a dichos intereses, al menos en lo tocante a los suyos propios. Pero a él este hecho no lo hace

renunciar a la Idea para adscribirse a alguna forma de la Ideíta (digamos, la autonomista), o en todo caso a la estulta Ideota. Por el contrario, para Martí tan compleja circunstancia facilita el logro de la independencia, y su conservación posterior, si se comprende que para alcanzarla no basta con irse a la manigua y asumir una actitud intransigente hacia el *añuera*: la eterna guerra caudillista de desgaste contra él.

Martí sabe muy bien que la independencia de Cuba no se gana tanto en los campos de batalla como en los lances diplomáticos, o en las batallas mediáticas por ganarse el favor de la opinión pública. Entiende que se puede muy bien explotar a favor de Cuba los intereses enfrentados, de potencias, regiones y pueblos, que chocan sobre el territorio de la Isla. Solo basta saber equilibrarlos unos con otros, e ingeniárselas luego para mantener en el tiempo ese equilibrio, para que las innúmeras fuerzas de atracción, o de repulsión, que gravitan sobre la Isla, se compensen sobre ella unas a las otras, de modo que sobre su espacio físico los isleños alcancemos el más alto grado de independencia política real.

Además, comprende que al interior de la Revolución esta actividad diplomática, imprescindible para evitar que la guerra recaiga en la eterna de desgaste, sirve a su vez para equilibrar el poder de los militares; de aquellos a quienes nosotros hemos llamado aquí

caudillos regionalistas. En su propuesta los hombres del gobierno civil, los diplomáticos, los hombres de letras, en definitiva los “hijos cultos” del país, de “inteligencia madura y suspicaz”, encuentran un campo de acción, una responsabilidad que los iguala, y hasta los hace más necesarios que los “hombres viriles” de la guerra.

Lo legalista por lo tanto deja de ser traba, para convertirse en arma comparable al machete.

Y es que para Martí la guerra es, en todo caso, un recurso secundario. Incluso cabe decir que una especie de protesta armada, en que es cierto, con la sorpresa inicial se desea obtener el mayor control posible sobre la Isla, pero más que nada para provocar de este modo el apoyo internacional a una causa tan eficaz. Sobre todo el apoyo de los gobiernos latinoamericanos y de la opinión pública norteamericana, de modo que a España le resulte muy costoso, más que nada en términos de imagen internacional, el movilizar por completo su maquinaria de guerra. Para así (y aquí solo cabe especular) crear las condiciones a la derrota de un ejército colonial nunca tan formidable como el enfrentado en la Guerra Grande, o provocar una revolución política en España que trajera un nuevo gobierno dispuesto a transar con Cuba su independencia. No debe dejarse de lado que Martí alberga esperanzas en la naturaleza anti-monárquica de las fuerzas terrestres españolas, las

cuales explicita en esta idea del *Manifiesto de Montecristi*: “¿Qué enemigos españoles tendrá verdaderamente la revolución? ¿Será el ejército, republicano en mucha parte, que ha aprendido a respetar nuestro valor, como nosotros respetamos el suyo, y más sienten impulsos a veces de unírseos que de combatirnos?”

No obstante, si para Martí la guerra no resulta lo determinante en sí para el logro de la independencia, sí lo es para la definitiva conformación nacional cubana, y para el establecimiento en las masas del país de la cultura política que nos permita vivir bajo un régimen democrático. La Cuba “con todos y para el bien de todos” se crea ya en la Guerra, no después de alcanzar la independencia. En el sacrificio común y en la convivencia horizontal de los campamentos republicanos (no debe obviarse nunca el importantísimo papel, como trasvasadores de valores y conocimientos, que para Martí desempeñarían los emigrados en esa convivencia horizontal). Como escribe en el *Manifiesto*...: “en la conquista de la libertad se adquieren mejor que en el abyecto abatimiento las virtudes necesarias para mantenerla.”

A diferencia de los caudillos regionalistas, o de autonomistas, integristas y anexionistas, él no cree que la incultura política del cubano (y en general de cualquier pueblo) sea tan persistente, tan endémica,

que en determinadas circunstancias no pueda superársela. Comprende, a contrapelo de los caudillos, que no han sido el encuadramiento militar, la disciplina y las jerarquías castrenses, o aun el predicamento mitológico-caudillista que entre las masas más desfavorecidas ha dejado esta, las causas últimas de la integración nacional que se nota de manera evidente tras la Guerra Grande, y cuyo espíritu ha inundado a todos los sectores no combatientes durante la Tregua, según él mismo, Fecunda. Para Martí ha sido la vida igualitaria, horizontal en los campamentos mambises, el detonante de este fenómeno que se ha extendido a la paz: Es en "...la guerra emancipadora y el trabajo donde unidos se gradúan" (*Manifiesto...*) los cubanos que han olvidado el odio en que pudo dividirlos la esclavitud.

Es en base a esta comprensión que Martí sostiene que la sociedad más eficaz en el camino de la integración es la más igualitaria y participativa, no la militaresca, de cruzada contra *el afuera*. Por ello, al valorar el resultado de la Guerra Grande, y los avances de la Tregua, comprende que no es tan utópico soñar con una República Cubana independiente, democrática y virtuosa. El Ideal al que todos sus trabajos, y todas sus reflexiones, se dirigen.

Pero hay más: Para Martí la organización política horizontal de la guerra, republicano-democrática, es la justa, aquella en cuya procura solo se justifica el lanzar al pueblo cubano a los horrores de un conflicto bélico. Pero también, como hemos visto más arriba, la más conveniente para la conservación de la independencia de Cuba a las puertas de los EE.UU. Ya que es esa la única forma política que garantiza, mientras los EE.UU. mismos no la abandonen de manera manifiesta, la independencia de la Isla.

Esta es en sí la propuesta martiana. La que conducirá a la Nación Cubana a la Guerra de Independencia, pero que no conseguirá concretarse al término de esta.

SUEÑO, LENGUAJE EN ESTADO POÉTICO

Jorge Labañino Legrá

*¡Oh, hombre! ¡Escucha!
¿Qué dice la profunda medianoche?
"Yo duermo, duermo—
en el profundo sueño estoy despierto:—
Canto de Zaratustra. F. Nietzsche*

He llegado a la última página de *Aurelia*. Justo ahora, después de cerrar el libro, la realidad me parece tosca y poco interesante. Es una insoportable sensación que empieza y me domina, pero felizmente pasa como la mala pesadilla. Las visiones y sueños de Gerard de Nerval surten ese efecto: me acogen con tanta pujanza que termino por menospreciar la vigilia, y creer realmente que el sueño es una segunda vida. Sabemos que el barroquista español Calderón de la Barca había dejado, mucho antes que el francés, una noción semejante a esta (La vida es sueño). Lo que raptó mi atención es el interés de ambos escritores por ubicar al sueño en igualdad de

poderes con la vida, al menos un deseo por adjudicarle las mismas propiedades. Aun así, lo apuntado por Nerval, más que afirmación de rigor científica, tiene catadura de expresión literaria, es decir, un atajo en la interpretación del hecho capaz de producir un impacto interesante: el efecto de lo bello, parecido a aquel que se produjo cuando el poeta taoísta (Chuang Tse, 300 - 350 a.C.) despertó contando un sueño en el que era mariposa, y luego declaró no estar seguro de si era un hombre soñándose mariposa o una mariposa soñándose hombre.

El sueño es según Borges otro gran misterio además de la muerte; mientras está ocurriendo nos contemplamos recorriendo lugares conocidos o desconocidos, hablando con amigos y anónimos, protagonizando sucesos posibles o imposibles, experimentando sucesos como si fueran una realidad que no necesita verificación. Tiene la capacidad de provocar datos muy vividos, es cierto, pero otra cosa muy distinta es querer desplegarlo como un pergamino descifrado, entregarse a la fe de interpretarlo con exactitud, un esfuerzo que ya cumple varios milenios de ejecución porfiada. La operación hermenéutica apenas ha cambiado nada: se recogen los detalles de lo soñado con la convicción de que su marcada semejanza con la vida está declarando la existencia de significados que aún se encuentran sumergidos, una comunicación que quizás nuestro ser

más profundo intenta revelarnos en un código huidizo. Sin embargo, el hecho de que esta postura se jacte de años de argumentos –esparcidos por mitos, libros de psicoanálisis y otras ciencias de la mente– no le acaba de conceder validez alguna que no sea la irreductible capacidad para estimular la especulación sin límite.

Que se conozca, la más antigua tradición que relata un ejercicio interpretativo del sueño proviene del misterioso Egipto faraónico. La Biblia conserva el relato de un hebreo llamado José, que llegó a gobernar en Egipto gracias a su capacidad para arrancar el sentido profético a los relatos oníricos que les eran confiados. Su reputación lo hizo arribar desde los calabozos del imperio hasta la presencia del Faraón para escuchar la fábula nocturna del monarca. Siete vacas “hermosas y lustrosas” y siete espigas “lozanas y buenas” eran devoradas por siete “vacas de mal aspecto y macilentas” y siete “espigas flacas y asolanadas” (Génesis 41). José recibe de Dios la interpretación para el sueño: las vacas y las espigas eran una representación de lo mismo, siete años de prosperidad y abundancia para el imperio y siete años de crisis y hambruna.

Por otra parte se dice que cuando Alejandro Magno tenía sitiada la ciudad de Tiro, y soñó con la imagen de un sátiro bailando sobre su escudo, atormentado acudió a Artémines el intérprete. El famoso descifrador

solucionó el enigma separando la palabra sátiro en dos: sa-tiro que en griego significaba tuyo-Tiro. Aquel augurio de éxito en una empresa que había comenzado a serle embarazosa debió rebosar la confianza del rey griego, que terminó invadiendo trabajosamente a Tiro y reduciéndola a ruinas después de seis meses de sitio. La diferencia en el método descodificador utilizado por el heleno Artémines y José el hebreo resaltan por ser distintos: uno, procedente de la cultura que inventó el arte y la razón, aplica una hermenéutica que intenta ser rigurosamente racional en su procedimiento (separación de la palabra sátiro, relación de sus partes con signos lingüísticos...). El otro, en cambio, asume la interpretación a partir de lo irracional como procedimiento, se ubica en un ámbito donde lo azaroso e inmotivado predominan (el ámbito de la intuición). Si nos fijamos mejor, esta última mirada exegética está más cerca del impulso inventivo del artista que la de un hombre ocupado en los artificios metodológicos de la ciencia.

El siglo XX abrió sus brazos a Sigmund Freud, quien ya había terminado un texto perturbador titulado *La interpretación de los sueños*. Con esta obra el científico garantizó su altar en el centro de la atención pública, aunque ya disfrutaba de buena reputación como psicoanalista clínico. En este texto el científico devela sus arduas indagaciones sobre el inconsciente,

en particular expone conclusiones en torno a la exploración de los sueños. Su hipótesis metodológica asume en primera instancia al sueño como un sistema lingüístico que se puede descifrar como una escritura o como un jeroglífico. Aunque la tesis es tentadora y genera mucha pulpa, en cierto momento de la obra el científico no puede dejar de plantear sus dudas:

“Se puede decir que la figuración en el sueño no está hecha para ser comprendida...”.

Lo que provoca este fracaso en el empecinado analista (aun así continuó intentando articular una exégesis del sueño), según la perspectiva que intento esbozar, es que no existe tal finalidad en el sueño que apunte hacia un significado concreto; todo intento en este sentido equivale a una lectura donde existe más de faena creativa que de interpretación en el sentido riguroso que se pretende.

Sigmund Freud ya había colocado en la base de todos los registros del comportamiento humano un fuerte determinante corporal. Lo que pudo parecer un fundamentalismo somático, en aquella época, para explicar al hombre y sus producciones culturales, se me antoja hoy vital en el austriaco, pues presiento que en el sueño existen pulsaciones emergentes de los abismos de nuestro ser biológico, con la capacidad de introducir

movimientos, variaciones, matices, o virajes radicales en la representación que ostenta ajustes que la aproximan a la realidad. La variedad de objetos y figuras culturales construidos e instituidos en la vigilia humana (digamos: puentes, océanos, casas, hoteles, amigos, sentimientos, deseos, planes, gestos, relaciones sociales, paisajes y todo aquello con lo que hemos tenido experiencia en nuestra condición de despiertos) aparecen en el sueño tocados con matices que unas veces son leves y otras intensos, como si un artista en el interior del cuerpo después de embriagarse de la experiencia real se hubiese retirado a crear su ficción, acentuando en lo posible efectos de realidad. ¿Será el sueño una forma de expresión artística de una parte bastante incontrolada de nuestra creatividad?

Los objetos y figuras culturales fluyen en el sueño configurándose y expresándose en la posibilidad de matices y transformaciones incontrolables que a veces profundizan en la fantasía. Sergio Pitol cuenta uno de sus curiosos sueños en *El arte de la fuga*: al terminar de escribir un libro en un cuarto de Hotel, sale a dar un paseo y al regresar se encuentra con su obra convertida en un huevo de avestruz. ¿Cómo llegó el libro a convertirse en huevo? Aquí es donde Freud comenzaría a hablar de temores ocultos en el escritor simbolizados en el huevo del ave, cuyo sentido mayor sería que el autor experimenta angustia por la posibilidad de que

su obra sea interpretada erróneamente, o que haga visible aquello que trata de mantener solapado y así hasta el infinito de las asociaciones. Por mi parte, creo más obvio pensar el sueño como capricho de la improvisación. Quien realiza la hazaña de mutar un libro en huevo es precisamente una de las ramas de aquello que Freud llamó pulsaciones corporales, un impulso artístico que fluye incontrolable de nuestras misteriosas profundidades biológicas y psíquicas.

Alexis Jardines ha aventurado la hipótesis de dos mentalidades en el ser humano: la mentalidad corporal y la mentalidad del yo. Cada una opuesta a la otra por tener sus propias reglas de recepción y representación, pero relacionadas. Después de desgranar con descomunal lucidez en su ensayo *El cuerpo y lo otro* la teoría del subconsciente freudiano, el filósofo cubano Alexis Jardines postula la mentalidad corporal como aquello que el psicoanalista llamó el inconsciente. La emergencia de la mentalidad corporal en el hecho onírico produce esas pulsaciones que desestabilizan la composición de representaciones tomadas directamente de la experiencia en la vigilia, en fin, que produce un artificio en el estado de sueño, semejante a las ficciones estéticas o artísticas que disfrutamos en galerías plásticas, obras literarias o el cine. Eduardo Galeano, relatando el sueño de su esposa, cuenta que estaban en un aeropuerto lleno de gente, todos

cargando la almohada con la que habían dormido el día anterior. En una estera debían colocarlas de uno en uno, un equipo en otro extremo las analizaba detenidamente, la tensión de los propietarios no era de esperar. Galeano culmina que después de esta casi pesadilla la esposa despertó feliz pues no la habían atrapado con ningún sueño comprometedor.

Lo que intento asegurar es que el sueño solo puede tener el mismo sentido que una lograda realización artística. Esa búsqueda obsesiva y siempre fallida de algún mensaje misterioso detrás de su manifestación capaz de explicar los resortes de nuestra existencia, se corresponde punto por punto al mismo esfuerzo interpretativo que se aplica sobre una obra de arte o literaria, donde la mayoría de las veces no se arriba al auténtico propósito del autor. Si hay algo de razón en esto, todo el esfuerzo secular por develar un riguroso sentido en el hecho onírico padece una infección especulativa persistente, que ha dado los mismos resultados interesantes y seductores que hemos disfrutado en la crítica literaria sobre las obras de Shakespeare. Si Gerard Genette entiende el lenguaje poético como lenguaje en estado de sueño, digámoslo entonces nosotros así: El sueño es lenguaje en estado poético.

EL ARTE DE LA GUERRA COMO LA GUERRA DEL ARTE

Adrián Morales

Colócalos en una situación de posible exterminio, y lucharán para vivir. Ponles en peligro de muerte y sobrevivirán. Cuando las tropas afrontan peligros, entonces son capaces de luchar para obtener la victoria.

Sun Tzu

En Occidente somos, encarnamos, el último hombre nietzscheano, inmersos en placeres cotidianos y estúpidos, mutando de antiguos ciudadanos (morales) con algunos valores en consumidores obedientes. Mientras, los radicales musulmanes están dispuestos a arriesgarlo todo, comprometidos en una lucha irracional, para ellos redención, que significa nuestra autodestrucción total. Una estrategia de obstinación y desgaste que se alimenta y fortalece en la medida que no somos capaces (alquímica /espiritualmente) de transformarla... y se niega.

William Butler Yeats, en “La Segunda Venida”, parece describir nuestra situación actual como perfectamente difícil: “Los mejores carecen de toda convicción y entusiasmo, mientras que los peores están llenos de apasionada intensidad”.

Esta es una excelente descripción de la actual división entre, por una parte, los liberales anémicos, flácidos, apáticos y estériles, y por otro lado los fundamentalistas incendiarios y apasionados (sean islámicos, zurdos comunistas o cualquier integrismo al uso). “Lo mejor” ya no es capaz de participar plenamente, mientras que “lo peor” entabla un irreversible y envilecido racismo, económico, sexista fanático y/o religioso. Instalándose en el “grado cero” de esta maratoniaca conflagración actual. La fascinación de la muerte. Un desgaste aparentemente infértil, donde quien se cansa pierde.

Pensar en respuesta a los asesinatos de París, o de Barcelona ahora mismo, significa dejar caer el telón de la autosatisfacción y el optimismo triunfalista de una suficiencia del tipo liberalismo permisivo (engañosamente tolerante) para pasar a aceptar que, en el seno de la “Sociedad del Espectáculo” (Guy Debord), el conflicto entre “liberalismo” y “fundamentalismo” es en última instancia falso, un círculo vicioso (“entertainment”, maniobra distractiva de los problemas fundamentales) de dos polos que se autogeneran y presuponen

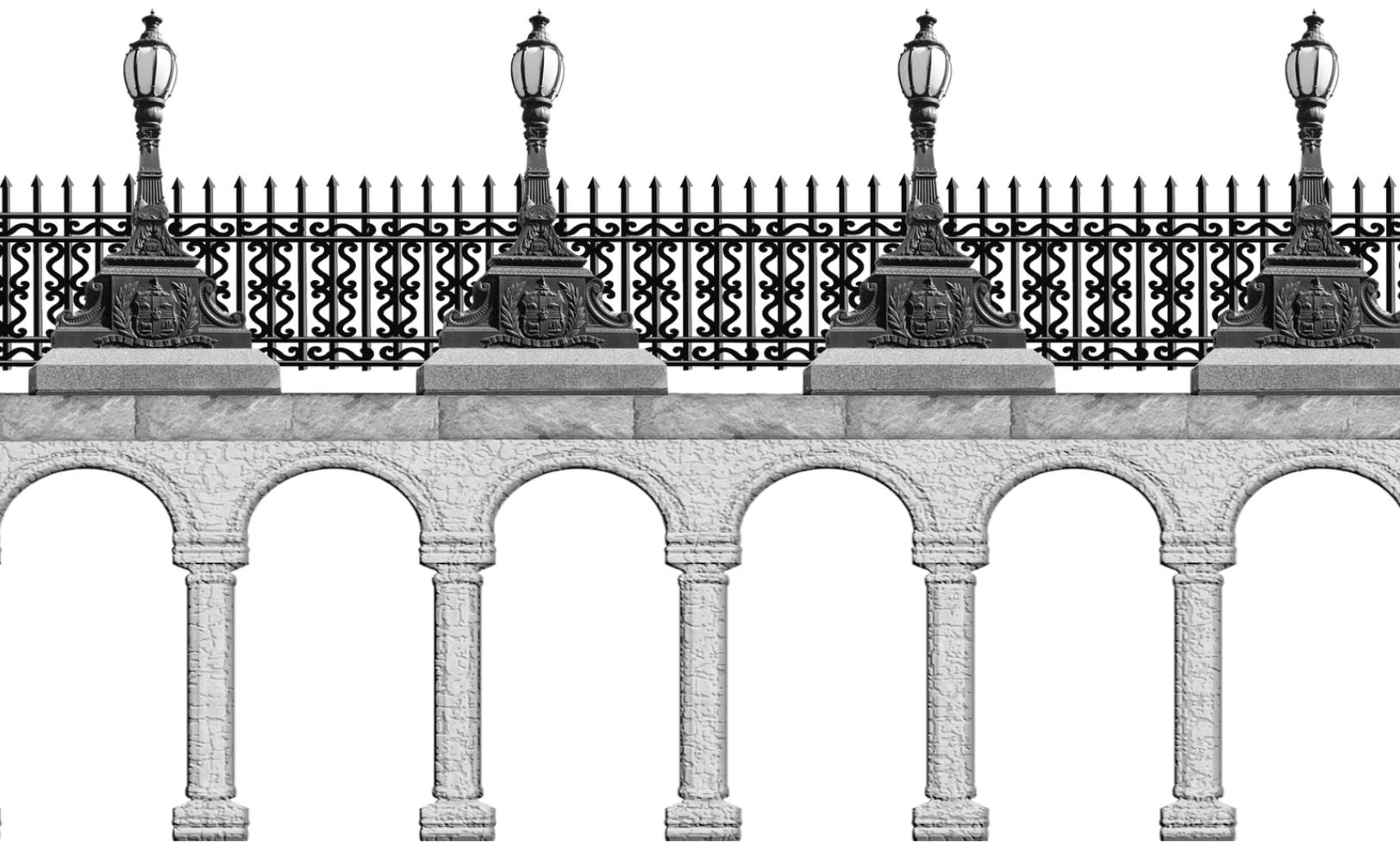
mutuamente. Lo que Max Horkheimer advirtió sobre el fascismo y el capitalismo de vuelta en 1930: “Los que no quieren hablar de manera crítica sobre el capitalismo y la crisis del modelo paradimático de la Ilustración, también deberían guardar silencio sobre el fascismo”. Aplicable también al fundamentalismo de hoy: “Los que no quieren hablar críticamente sobre la democracia liberal, el socialismo real, el humanismo positivista, el fatuo desarrollismo postindustrial tóxico, la libertad aparente y lo que entendemos como contemporánea “modernidad civilizatoria” occidental —sea en “Cuba”, EE.UU., “Nigeria” o Francia, por incipientes, en ciernes o (su)desarrollada que sea—, también deben guardar silencio sobre el fundamentalismo religioso... Que compromete y abre una brecha directa a la maduración de nuestras consciencias, sin ambigüedades ni torpes relativismos.

Mientras más nos hundimos en la culpabilización y el necesario chivo expiatorio general, más se refuerzan el conflicto y la diferencia. Multiplicando la presión por oposición, (supuestos) perenne(s) eje del bien enfrentado al eje del mal, sin que sea posible ningún acercamiento en esa Inercia Polar (Virilio) invariablemente extremófila. Una situación antropológicamente imposible. Mientras más toleras al Islam, más presión soportas sobre ti. La fragilidad de un sistema como principio se denuncia en la beligerancia

que evidencia su incapacidad de sobreponerse a la diferencia. En la medida que se cierra a la escucha, a la atención y a la vocación de un crecimiento conjuntivo responsable. Del mismo modo que su fortaleza estriba en la (in)visibilidad capaz de autorrepararse e integrar permanente el extravío, la catástrofe, o sencillamente la mera avería. Difícil vocación fuera de la narcosis cuya pauta en busca de la estúpida ¿felicidad? admite un poco de veneno para soportar el día a día, que luego alcanza una dosis letal y definitiva que le permite seguir sin perder el relativo “confort” y darse de bruces con otra medida, el extinto espejo interior roto de la(s) cultura(s) (Lezama), la inadmisibile realidad que precisamente creamos para luego deplorar, en esa constante danza sagrada entre Eros y Tanatos. Aún peor la inaceptable y patética violencia, que por todos los medios necesitan las sociedades escópicas, de borrar y olvidar, en el mismo instante en que se produce, en tiempo real, para asistir pornográficamente y al mismo tiempo al clímax y exhaustión de una imposible posteridad. Como dijera Baudrillard: El propósito es desprender el/ los acontecimiento(s) de la ola de intoxicación moral y política (positivista), en que (n/l)os sumergen, hasta restituirle su poder transformador, simbólico, filosófico, educativo y mutante, pues en lo que respecta a su verdad extrema permanece para siempre inaprensible, incomprensible.

Cada acto extremo es revelador, una factoría de producción de verdad relacionada con el filtro cognitivo y nuestra capacidad de consciencia. Una oportunidad de sanación como especie.

AdriáNomada
(Perturbador)



LA POLÉMICA

A MANERA DE ACLARACIÓN: NOTA EDITORIAL

Inauguramos esta sección de La Polémica con el debate generado a partir de la publicación en la página digital Cubaencuentro, con fecha 04/05/2017, del texto *La Editorial Capiro y el 'control obrero'*, de José Gabriel Barrenechea. En dicho debate participaron varios intelectuales de Santa Clara, ciudad del centro de Cuba donde el entramado literario, y creativo, no es precisamente menor. Una polémica seguramente enriquecedora que, más allá de roces o alusiones personales, coloca a la literatura cubana, y en consecuencia a sus protagonistas, frente a un espejo.

Por otra parte, debemos apuntar que en el caso específico de esta sección inaugural, en este número, el equipo editorial de Puente de Letras ha decidido abstenerse de cualquier mínima corrección o precisión gramatical a los textos originales. Dado que en varios de estos textos se alude directamente a imprecisiones, o erratas, y ello forma parte de la polémica en sí misma, nos ha parecido, excepcionalmente, lo más justo y profesional. Así, de aquí en lo adelante, el debate se abre al lector en toda su crudeza primigenia. Esperamos resulte esclarecedor.

LA EDITORIAL CAPIRO Y EL 'CONTROL OBRERO'

José Gabriel Barrenechea

Si en una industria, una granja o un establecimiento de servicios la efectividad del control obrero para promover la productividad es discutible (en todo caso el aumento de la productividad no es el fin último de los esfuerzos del hombre), en el caso de una editorial es inviable y contraria al logro de todos los fines legítimos concebibles en una institución semejante. En un taller, en una vaquería, o en un café, es evidente que en condiciones normales los trabajadores impedirán la creación de camarillas al promover el ingreso a la plantilla de cuanto joven demuestre habilidades productivas superiores al promedio. Ya que el aprovechamiento de esas habilidades los ayudará a impulsar el fin deseado por todo el colectivo: el aumento de la producción y de los beneficios personales que de ello se desprenden.

En una editorial controlada por los escritores ocurrirá exactamente lo contrario. Con más claridad si la editorial

en cuestión no tiene que ocuparse de sus cuentas al ser por entero subvencionada por algún mecenas (persona, institución o Estado), cuyo interés final no sea ni la calidad, ni la recepción de las obras publicadas por aquella, sino que solo ejerce su mecenazgo en interés del beneficio que en imagen pública puede traerle el mantener un grupo de escritores a su sombra, o como recurso capcioso para justificar u ocultar ante ojos ajenos el cierre de los espacios de diálogo que deben imperar en toda sociedad sana.

La editorial Capiro es una buena muestra de todo lo dicho: fundada en 1989, en las postrimerías de la gran década de la literatura santaclareña, cual no cabía esperarse de otra manera fue puesta desde un inicio en manos de un compañero, Ricardo Riverón, cuyo único aval literario era haber obtenido uno de esos premios que tantas carreras apalancaron en los grises años posteriores al Congreso de Educación y Cultura de abril de 1971: El 26 de Julio.

Este señor, que en un inicio mal que bien debió asumirse como lo que en definitiva era, un funcionario al servicio del mundo literario que la ciudad había heredado de los Maravillosos Años Ochenta, no tardó sin embargo en descubrirse sin frenos ni contrapesos para mediados de los noventa.

Para entonces muchos de los poetas del grupo de los ochentas, entre ellos Frank Abel Dopico, su principal exponente, y sobre todo los dos narradores con un alcance que excedía en todos los sentidos mucho más allá de los límites de la carretera circunvalante de Santa Clara, Agustín de Rojas y Félix Luís Viera, habían emigrado; en el caso del primero a esas brumas más lúcidas, pero desgraciadamente comunicables, de las que ya no volvería nunca más. En cuanto a los poetas que se habían quedado, o se retrajeron de la creación al dedicarse a una vida bohemia con la que pretendían por sobre todo dárseles de émulos tropicales de Dylan Thomas, o simplemente se marchitaron definitivamente en unos tiempos en que la mera sobrevivencia requería casi toda nuestra atención hacia el siempre empobrecedor reino de lo cotidiano.

Gracias a ello, y a esa natural atracción que los mediocres ejercen los unos sobre los otros, que no tardó en crearle alrededor suyo una camarilla de escritores espurios, de algunos que de casualidad habían soplado la conocida flauta y ganado allende algún premio importante, o de otros que en su momento habían sido realmente escritores con un futuro en nuestras letras, pero a quienes o la terrible vida de los noventa, o la vida simple y llanamente, había terminado por pasarles la cuenta, impuso Riverón el Riveronato. Una forma aguada

del Feijosato [1], que a su vez no era más que una idealización de lo popular y en especial de lo guajiro.

De más está decir que a las autoridades políticas de la provincia, y del país, semejante régimen literario no pudo resultarles más apetecible: En la corte luminosa de Riverón incluso los más contestatarios no tardaban en cogerle el gusto a lo de pasar por escritor sin a la vez tener que padecer las cargas, ni asumir los siempre peligrosos deberes de todo intelectual sin apellidos. Fundamentalmente los relacionados con el preocuparse por mantener bien afeitada la lengua. Y es que si se dejaban de lado los temas incómodos, si se jugaba si acaso con la cadena, pero nunca con el mono, incluso si echaba una mano en la magna obra de construir ese mundo de ilusiones maravillosas que cada día presentaba el Noticiero de Televisión o el de la CMHW, la emisora de radio provincial, podía disfrutarse con apacibilidad y reconocimiento oficial del estatus de escritor “popular”.

Estatus al cual gracias a la aprobación de la Resolución 35 en 1996 se le abrirían ciertas facilidades monetarias, nada despreciables, sin contar las otras muchas que en especie la dirección política de la provincia se ocuparía de asegurar a lo que ellos a partir de entonces llamaron, en su rimbombancia inmanente, su “vanguardia literaria”: casas, viajes, computadoras, jabbitas con

comida, gestiones facilitadas para la atención médica propia o de algún familiar cercano, automóviles con chofer incluido cedidos para esas gestiones, espacios fijos de lectura de narrativa o poesía, no importa si en la sala de sordos de algún hospital... Solo había que ser fiel al espíritu de Feijoo, que el Riveronato elevó a la categoría de canon.

Las malas tendencias que el joven periodista y narrador Yandrey Lay menciona en su artículo de Vanguardia del sábado 8 de abril maduraron por aquellos tiempos. En el interés del régimen por mantener bien controlados los espacios de diálogo, sin dudas, pero también en interés de una camarilla de logreros y escritores espurios que les hicieron el juego.

Así, gracias al Riveronato, la dirección política pudo mantener la labor de represión intelectual a un nivel casi invisible, y a la vez obtener importantes resultados en el reencarrilamiento del mundo de las letras villaclareñas "por el camino correcto". O sea, por el que conducía a extirpar la capacidad crítica de la intelectualidad villaclareña, mediante la retracción de la actividad creativa al campo de la recuperación y en todo caso recreación de lo "popular". Bien lejos de todo lo que se inmiscuyera en esa amplísima y vital área solo reservada a las voliciones y evoluciones estomacales de los

"intelectuales" capacitados para tratar tan trascendentes asuntos: los dirigentes políticos y de masas.

Tan eficiente se demostró el Riveronato como herramienta en el control de los espacios de pensamiento y diálogo, que tras 1996 la dirección política de la provincia no temió en dejar a Capiro por completo en manos de su director, y tras el retiro de este en 2006, en las de la camarilla que había sabido dejar atrás; con unas habilidades dizque artísticas dignas de mejor propósito. La dirección política tenía la suficiente confianza en la mediocridad de esa camarilla, pero sobre todo en los equilibrios de intereses que dentro de ella se creaban en la persecución, mantenimiento y consolidación del estatus escritural, o en la obtención de los beneficios materiales relacionados (prebendas). En esos grupos de intereses, tan preocupados por obtener su cuota en el plan editorial, la dirección política podría encontrar con facilidad los aliados, y aun hasta los que proveyeran las razones "intelectuales" y en apariencias apolíticas para excluir obras incómodas de extraños o conocidos, sin necesidad de echar mano de la represión política evidente: Y es que un libro menos en el plan editorial para el año por venir era siempre uno más a distribuir entre la camarilla.

De más está decir que, en cuanto a los mismos miembros de la camarilla, no se atreverían a presentar obras

incomodas que pudieran poner en peligro las cuotas que lo consuetudinario les asignaba, y que cada año se consensuaban en un muy educativo ejercicio de cómo grupos de intereses no coincidentes pueden llegar a sólidos acuerdos básicos; o que los pocos escritores de calidad que habían conseguido mantenerse publicando en aquel mefítico ambiente prefirieran reducirse cada vez más a sus castillos interiores, para no exponerse a los rejuegos en su contra de las élites político-culturales de la provincia y sus aliados naturales, los miembros de la camarilla amamantada durante el Riveronato.

Factores externos, pero sobre todo internos al mundo de las letras de la provincia, han comenzado a erosionar ese control por la camarilla a partir más o menos de 2012.

El principal factor externo son los necesarios recortes económicos al subvencionado mundo de la cultura por el Estado cubano: Es imposible justificar que las instituciones culturales de una provincia gasten en promocionar a los libros y autores de Capiro cantidades de dinero que superan en varias veces el producto de las ventas anuales de dicha editorial. Mas cuando la inmensa mayoría de esas actividades promocionales, pagadas, se dan sin la asistencia de nadie más que algún que otro miembro solidario de la camarilla [2]; o cuando por alguno de los libros publicados se han llegado a

entregar 8.000 pesos en derechos de autor, sin que al final se logre vender más que los que le corresponden al autor[3].

Situaciones inexplicables en una ciudad como Santa Clara, en que, contrario a lo sostenido por Yandrey en su artículo, sí existe un público lector que alimenta a las familias de un número proporcionalmente alto de librerías de viejo. De hecho no otra explicación tiene el que aquí sea imposible encontrar un día después de lanzados *El Decimerón* de Yamil Díaz, *El libro más triste del mundo*, de Otilio Carvajal, o aquel admirable de Mildré Hernández, sobre una vaca en tiempos de Perestroika, o que en cada esquina de la ciudad te encuentres por estos días a ciudadanos ávidos por dar con *Libertad y enajenación*, una colección de ensayos políticos de no tan fácil lectura, que de manera inexplicable nunca puso un pie en las librerías [4].

El factor más importante es, sin embargo, el relevo de una nueva generación, asociada a la otra tradición editorial santaclareña.

Creada por cuenta propia hacia 1995, por quien también sería determinante en el surgimiento de casi todas las demás editoriales de la AHS, Juan René Gonzáles Coyra, Sed de Belleza mantuvo siempre esa amplitud de miras que su fundador le insufló a puro pulmón y mucho

talento. Contribuyó a ello sus menores recursos, que se prestaban menos para atraer a los logreros habituales, y a la vez la menor atención que las autoridades políticas y la camarilla le dedicaron siempre, al considerarla como algo jerárquicamente muy inferior y en definitiva de “muchachos”.

Sed de Belleza, gracias a ello, no tardó en publicar desde *Nadja* de Bretón, o *Los cantos de Maldoror*, del uruguayo-francés Isidore Ducasse, hasta las formidables traducciones de poetas románticos ingleses de Edelmis Anoceto. Al mismo tiempo que en Capiro el control de la camarilla llevaba a que algunos, por publicar anualmente, presentaran este año en formato testimonio las mismas historias de su barrio que para el próximo publicarían en el de cuento y en el de más allá en el de novela (¿faltará todavía la versión ensayo?).

¿Podrá la nueva dirección de Capiro, procedente de esta tradición, lograr revertir definitivamente el daño causado al mundo de las letras villaclareñas por el Riveronato?

Algunas muestras esperanzadoras ya ha dado en este sentido, al diversificar el catálogo de esta editorial a un nivel impensable hace cuatro años. Por ahí tenemos ya la colección de ensayos de Roberto Gonzáles Echeverría que gestionó en persona Jorge Luís, pero

que injustamente fue puesta en manos de Isaily Pérez, quien se lució con su pésima edición de la misma [5], o ese magno proyecto, solo concebible por esta dirección, de entregar al público lector villaclareño la hasta ahora nunca vuelta a publicar, tras su primera edición en 1857, *Memoria Histórica de la Villa de Santa Clara y su Jurisdicción*, de Manuel Dionisio González, con prólogo del historiador Félix Julio Alfonso y traza bibliográfica del intelectual y cura católico Juan Manuel Fernández Triana. Y todo ello a contrapelo de la camarilla, a la cual tales diversificaciones solo pueden saberle a pérdidas.

Buena suerte.

Notas del autor

[1] Samuel Feijoo, un guajirito que no encontró otra manera de exorcizar los complejos de su condición rural que al sublimar sus limitaciones, y que en tiempos de Revolución, ya Camaján viejo, supo sacar muy buen provecho de sus orígenes “humildes”. Un “artista del pueblo” que le fue tan ridículamente útil a la política cultural del régimen que, cuando todavía se podía, lo botaron por ello de la Universidad Central de Las Villas: Porque a Samuel no lo botaron por heterodoxo, ni por pertenecer a Somos Más, sino por ser veinte veces más castrista que Castro.

[2] Que recuerde, en cuanto a un personaje de ringorrango el caso más vergonzoso y risible de tal situación le aconteció a Iroel “Risitas” Sánchez en la Feria santaclareña de 2013: En la mesa de presentación, junto a él, Omar Valiño y Jorge Ángel Hernández Pérez (HP, Logrero Mayor), en el público, Idiel García, responsable de la sala, la muchachita de la librería encargada de venderle el libro al público (in)asistente, un colombiano a quien me pareció entender lo llevaron engañado con lo de que se trataba de un comandante de las FARC, y quien esto escribe. Perdón... también una gata barcina adoptada por las trabajadoras de la institución. Ella tampoco se animó a comprar nada.

[3] Capiro publica como promedio 500 ejemplares. No obstante este exiguo número, que se distribuye a todo el país, no es infrecuente que usted descubra que la tirada de libros de hace 15 años permanece casi intacta en las librerías de la provincia. Libros por los cuales de entonces acá se han pagado medio centenar de actividades promocionales, por cierto. Por ahí anda todavía *El callejón de las ratas*, o los plomos del compañerito Hebert Toranzo, avileño tan premiado por los concursos de acá como escasamente vendido.

[4] Los tergiversadores de siempre ya andan regando que recogieron la edición completa. ¡Repugnantes calumnias! La verdad es que la tirada de 3000 ejemplares no salió a tiempo, que en menos de un mes podrá adquirirse, y que al autor le tienen preparado un amplio programa de presentaciones y charlas.

[5] Y con todo le dieron el Premio de la Crítica... cuestión de política, se entiende.

SOBRE UN TEXTO DE BARRENECHEA

Yamil Díaz Gómez

Hermano Riverón:

Una de las razones por las que deploro nuestra prensa de todos los días es ese maniqueísmo de telenovela que lleva a intentar hacernos creer que en un país como los Estados Unidos nunca, ni por casualidad, ocurre nada bueno, al tiempo que se silencia cualquier barbaridad cometida por quienes estén en la lista de amigos de nuestra Patria.

Por eso mismo me parece condenada al fracaso la tontería de quienes —para hacer dentro de Cuba carrera como periodistas de la oposición— aplican la misma fórmula a la inversa.

La diatriba que José Gabriel Barrenechea lanza contra la Editorial Capiro y contra ti es una muestra de esa lógica según la cual todo proyecto surgido desde una institución estatal es inevitablemente malintencionado, aquel intelectual que participe en él es un vendido al

sistema y cualquiera que reciba un salario de este Gobierno es, cuando menos, un oficialista.

De todos modos, si esa es la opinión de Barrenechea, defendiendo su derecho a exponerla sin que por ello le hagan un acto de repudio. Tal vez el hecho mismo de que nunca (que yo sepa) lo han reprimido por sus artículos, le haya despertado un sentimiento de frustración que lo obliga a emprenderla de vez en cuando con personas que jamás lo han ofendido. Ahora te tocó a ti, antes a otros, quién sabe a quién mañana.

Tras la lectura de su texto «La Editorial Capiro y el “control obrero”», pienso que los ataques gratuitos, las generalizaciones injustificadas y la facilidad reduccionista con que pretende ningunear a figuras que lo superan ampliamente en currículum intelectual, como tú (para no mencionar a Feijoo, que ya sería galácticamente abusivo), indican que este autor, a quien siempre he intentado leer con respeto, corre de lleno por los caminos de la superficialidad y la injusticia.

Lo primero que asombra es su tranquilidad para hablar de un tema sin pasar por el pequeño requisito de documentarse.

Por ello comunico, A QUIEN PUDIERA INTERESAR, algunos hechos fácilmente verificables:

1. La Editorial Capiro no se fundó, como él afirma, en 1989 sino en 1990.
2. En esa fecha Frank Abel Dopico no había emigrado a ninguna parte. Y no solo estuvo entre los primeros autores sino también entre los primeros editores con que contó la editorial.
3. Cuando se fundó Capiro, Félix Luis Viera vivía y trabajaba en Santa Clara, pues salió rumbo a México en 1995. Ocupaba entonces el cargo de director de la revista *Signos*, donde le había tocado ser el sucesor de Feijoo, a quien Barrenechea tanto denosta.
3. Al fundarse Capiro, Agustín de Rojas no se había ido hacia “esas brumas más lúcidas, pero desgraciadamente incomunicables, de las que ya no volvería nunca más” de que habla el articulista, sino que ocupaba el puesto de director del Centro Provincial del Libro, era el “funcionario” inmediatamente superior al “funcionario” Riverón.
4. Las autoridades de Villa Clara (que sí han repartido algunas casas entre escritores y artistas, como también entre médicos, científicos y deportistas) no han entregado computadora ni carro a ningún escritor. Tal vez Barrenechea se confunde con algunas de estas asignaciones hechas desde La Habana, especialmente en el sector de la prensa.
5. No tiene mucho sentido la insidia de que era “imposible encontrar un día después de lanzado

El Decimerón” por obra de algún misterio o “situaciones inexplicables”. Primero, ese título tuvo dos presentaciones en la última feria villaclareña, de modo que no procede la frase “un día después de la presentación” porque no fue solo una. Segundo, la única razón de que no llegara a librerías fue que durante la feria de Santa Clara el público compró todos los ejemplares que hasta entonces habían llegado. Sobre ese punto Barrenechea no puede estar mejor informado que yo, que soy el autor del libro, o el propio Riverón, quien fue (y no casualmente) su editor.

6. Riverón no se retiró de Capiro en 2006 sino en 2004.
7. No es cierto que la tirada promedio de Capiro sea de quinientos ejemplares, pues esa cifra hace varios años ni siquiera se corresponde con la tirada mínima.

Resulta inevitable que un articulista tan mal informado nos deje dudas y preguntas como las que siguen:

1. ¿Ignora que el excelente libro de González Echevarría no fue el primero de Capiro en ganar el Premio de la Crítica? Le recuerdo que, bajo el mandato de Riverón, alcanzaron este reconocimiento los títulos *Aquí*, de Roberto Fernández Retamar; *Últimos pasajeros en la nave de Dios*, de Carlos Galindo Lena; *El lobo y el centauro*, de Jesús David Curbelo, y *Parques*,

- de Curbelo también. ¿Habrán sido por su calidad literaria o solo por una “cuestión de política”?
2. Barrenechea quiere que la literatura se subordine al mercado: que sea tan rentable como una industria, una granja o una vaquería. A lo mejor añora los tiempos en que el autor cubano pagaba, si podía, la impresión de sus propios libros. No se le ve conforme con la Resolución 35 del 96, tan obviamente justa, que tanto ha contribuido a que muchos escritores dentro de Cuba llevemos una vida más digna. ¿A quién defiende entonces? ¿Quiere para nosotros la misma suerte de algunos colegas que alguna vez publicaron en Capiro o fueron empleados de nuestro Centro del Libro y hoy viven en países “rentables”, sin la esperanza de ser reconocidos por su obra y ni siquiera de trabajar en algo relacionado con la vocación que dio sentido a sus vidas?
 3. Al parecer, para Barrenechea, todo aquel escritor que no dedique su obra a cambiar el sistema social vigente en Cuba tiene “la lengua afeitada”. ¿Será que existe un solo tema y un solo objetivo a la hora de crear literatura? ¿Cómo nos recuerda al pavonato! Si Luis Pavón asumió la tara de limitar el arte a ser “un arma de la Revolución”, para Barrenechea el único sentido de nuestro trabajo sería reducir el arte a “un arma de la contrarrevolución”.
 4. A Riverón lo rodeó durante su “riveronato” lo que Barrenechea considera una camarilla “de escritores espurios, de algunos que de casualidad habían soplado la conocida flauta y ganado allende algún premio importante” a los que nunca pone nombre. Me pregunto: “¿Quiénes son estos escritores?”. En cualquier caso, ya que él no lo aclara, no podrán ser aquellos a quienes elogia en su trabajo: ni Dopico (que editó para Capiro el libro de Riverón *La luna en un cartel* y publicó bajo este sello dos títulos durante el riveronato), ni Viera (que integraba el consejo asesor de Capiro, compartía la oficina con Riverón y publicó bajo el sello de Capiro tres títulos bajo el riveronato), ni Agustín de Rojas (que era el jefe de Riverón y publicó en el sello de Capiro dos títulos bajo el riveronato), ni René Coyra (quien, cuando fundó Sed de Belleza, pidió asesoría técnica a Riverón, a quien incluso propuso luego para el Premio Nacional de Edición, y que publicó un título con Capiro durante el riveronato), ni Edelmis Anoceto (durante años subordinado de Riverón y quien editó siete títulos en Capiro durante el riveronato). Ya que nos pone tan difícil determinar los miembros de la “espuria y mediocre camarilla” riverónica, vuélvase al catálogo editorial de Capiro del período comprendido entre 1990 y 2004 y veamos si está o no representada nuestra vanguardia (sin comillas) literaria provincial y parte

de la nacional. Y si no está, pregúntese a Barrenechea quiénes son los verdaderos escritores villaclareños de vanguardia, ¿tal vez quienes desarrollaron una feria del libro paralela, seguramente con más público y mejores libros y autores que la feria oficial? (...Perdonen si debí decir “oficialista”).

No sé si existe en el mundo alguna editorial “controlada por los escritores”; me imagino que sí la habrá, entre las pequeñas. Pero en Capiro, desde Riverón, numerosos creadores literarios hemos asumido las funciones de editores, correctores, evaluadores, miembros del consejo y a veces presentadores de las novedades editoriales. Recuerdo las votaciones del consejo asesor para hacer planes del año como un ejercicio (imperfecto como todos) de genuina democracia.

Conozco a Riverón mucho mejor que este periodista tan desinformado. El Riverón que yo conozco no pudo estudiar una carrera universitaria porque le aplicaron la consigna —a mi entender injusta, discriminatoria y contraproducente— de “la universidad para los revolucionarios”; y eso que no había fundado una revista de sabor anexionista como *Cuadernos de Pensamiento Plural!* El Riverón que yo conozco se pasó quince años trabajando en un central azucarero como consecuencia de aquella canallada. El Riverón que yo conozco fue jefe de redacción del incómodo suplemento cultural

Huella. El Riverón que conozco llegó a la dirección de Capiro y se mantuvo en ella por su rigor, disciplina y liderazgo dentro del mundo intelectual, no por el aval político de quien nunca ha militado en el PCC ni tenía ninguna trayectoria como funcionario. Fui testigo de cómo Riverón no evaluó ningún original mientras dirigió Capiro, de cómo luchó por que los evaluadores no fueran paternalistas con los textos malos; de cómo advirtió a tiempo que la “masificación de la cultura” (Risso mediante) permitiría pasar como escritores a muchos que no lo son. Recuerdo que durante el riveronato se censuró un solo libro y que esta decisión fue rectificada durante el propio mandato de Riverón. Recuerdo que las posturas verticales y honestas de Riverón generaron el surgimiento de una gris camarilla: la de sus enemigos. Recuerdo las veces que, desde instancias políticas, se recomendó a Riverón la publicación de obras sin valor literario, y la manera enérgica en que lo evitó. Recuerdo su brava defensa de *Un libro sucio*, de Nos-y-otros, cuando lo censuraron desde otras alturas.

Pero hay algo en lo que coincido con Barrenechea: es innegable la creciente y “natural atracción que los mediocres ejercen los unos sobre los otros”.

RESPUESTA A LA ELUSIVA CARTA DE YAMIL

José Gabriel Barrenechea

Empezaré por aclarar que esta carta de respuesta a mi trabajo, aunque según su autor solo dedicada a cumplimentar a Riverón, circula ampliamente desde el 7 de mayo por los correos de la provincia e incluso más allá, mucho más allá. Sin embargo, a pesar de que esta evidente réplica pública tuvo esa amplísima difusión, no me fue enviada sino cuando, a resultas de mis quejas a algunos amigos comunes, el propio Yamil me la hizo llegar recién este 10 de mayo.

Por cierto, el argumento de Yamil para no enviarme el artículo, en razón de que yo no había hecho lo mismo con Riverón, carece de sentido: Yo hice público el artículo, con lo que le deje abierta la posibilidad de replicarlo.

Comienzo por felicitar la actitud del gremio literario, no solo santaclareño, que como un resorte ha saltado en

defensa de Riverón. Es una lástima, sin embargo, que no suela hacer lo mismo cuando alguno de sus miembros ha sufrido de una forma u otra la represión del régimen castrista (llamemos a las cosas por su nombre): No recuerdo algo semejante ni cuando se encarceló a Ángel Santiestaban ni cuando aquí en Villa Clara el acoso constante de la Seguridad del Estado se enfocó en Ernesto Peña, Pérez de Castro u Otilio Carvajal.

En mi réplica seguiré el mismo orden que la carta de Yamil:

No suelo hacer méritos de mis choques con el régimen, pero le aclaro a Yamil que a diferencia suya yo no puedo trabajar en este país. He sido expulsado de mi plaza de profesor en dos IPVCE's (Che Guevara de esta ciudad, en el 2006, y Lenin de La Habana, en 2008); he sido detenido en más de una ocasión, y si trabajé en la Empresa del Libro se debe a la actitud valiente de un buen amigo, a quien tengo por tal a pesar de su guevarianismo crónico. Fue este ex oficial del MININT, por entonces director del Libro acá, quien cuando tras darme trabajo recibió la visita del seguroso asignado a cultura y ser informado de mis posiciones adversas al régimen, le preguntó si yo había puesto alguna bomba:

—No, solo escribir y hablar cáscara de piña —respondió el agente.

—Pues entonces se queda —concluyó mi amigo.

Si de algo no puede acusárseme es de maniqueo, ya que es de todos conocidos mi costumbre de sentarme a conversar con cualquiera, sin que me importen sus ideas políticas, religiosas o filosóficas, o mucho menos su orientación sexual. Por otra parte mis trabajos para diferentes medios digitales o de la Iglesia demuestran a las claras lo descaminado de tales acusaciones.

Tampoco soy un anexionista, a menos que quien me lee acostumbre volver de cabeza lo escrito.

En cuanto a si ataco o no a “figuras que me superan ampliamente en currículo intelectual”, pues tal vez, pero resulta que yo a diferencia de Yamil he sido educado en una tradición de pensamiento que no respeta autoridades. En la cual todos tienen el derecho a emitir su criterio, incluso de lo sostenido por algún ringorrangueado “especialista”. Yo moro en la Cuba Moderna con la que cada día sueño, no en la cubita (¿o cubeta?) medieval, en la que al decir del señor Retamar, en un ya olvidado ensayo suyo de 1967, *Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba*, la conducción de los asuntos políticos del país no le corresponde más que a los “intelectuales” capacitados para ello: Fidel, Raúl, el Che... y para de contar.

Pasemos a sus dos series de puntos:

1: Reconozco mi error, pero nada cambia mi argumentación ese retraso de un año: Capiro se fundó a fines de la década de los ochentas, La Gran Década de la Literatura en Villa Clara. Como estoy seguro también Yamil admitirá.

2,3 y ¿3?: No sé si Yamil leyó mal, o quiso simplemente leer mal:

“Este señor, que en un inicio mal que bien debió asumirse como lo que en definitiva era, un funcionario al servicio del mundo literario que la ciudad había heredado de los Maravillosos Años Ochentas, no tardó sin embargo en descubrirse si frenos ni contrapesos para mediados de los noventas.”

“Para entonces muchos de los poetas del grupo de los ochentas, entre ellos Frank Abel Dopico, su principal exponente, y sobre todo los dos narradores con un alcance que excedía en todos los sentidos mucho más allá de los límites de la carretera circunvalante de Santa Clara, Agustín de Rojas y Félix Luís Viera, habían emigrado; en el caso del primero a esas brumas más lúcidas, pero desgraciadamente incomunicables, de las que ya no volvería nunca más.”

O sea, que es evidente que yo planteo en mi artículo que el Riveronato se estableció después de la partida de Frank Abel Dopico, de que a Agustín no solo lo hubieran liberado de sus funciones por encima de Riverón, o de que Felix Luís Viera ya no dirigiera Signos ni viviera en Cuba.

No antes. Y es algo que queda muy claro en mi artículo para cualquiera que tenga algunas habilidades de lectura y un coeficiente intelectual promedio.

4: No sé de dónde saca Yamil que yo hablé de que se le habían entregado carros a los escritores:

"... jabitas con comida, gestiones facilitadas para la atención médica propia o de algún familiar cercano, automóviles con chofer incluido cedidos para esas gestiones"

Es evidente que me refiero aquí a autos de dirigentes políticos y de masas que, con su chofer incluido, se ponían a disposición del beneficiado de este servicio. Algo quizás muy irrelevante para un lector extranjero, pero no tanto para un cubano que como yo, o como casi todos, debemos cargar con nuestros viejos a cada rato para ser atendidos en los hospitales de un país en que el transporte público hace mucho es inexistente.

En cuanto a las computadoras sería muy instructivo seguirle la pista, si es que a estas alturas se puede, a las de la Empresa Provincial del Libro. Quizás así se podrían encontrar las que en la primera década de este siglo tomaron caminos hasta ahora ignotos (no fueron entregadas, simplemente "cogieron camino").

De todas maneras entiendo que al ocuparse solo de carros y computadoras Yamil admite implícitamente lo de los "viajes, jabitas con comida, gestiones facilitadas para la atención médica propia o de algún familiar cercano y espacios fijos de lectura de narrativa o poesía, no importa si en la sala de sordos de algún hospital..."

5: Al referirme a obras que por algún "misterio o situaciones inexplicables" resultaban "imposibles de encontrar", es evidente en mi texto que no me refiero a *El Decimerón*, obra que en lo personal tengo en mucho, sino a *Libertad y Enajenación*, que el mismo Yamil presentó en la pasada Feria:

"o que en cada esquina de la ciudad te encuentres por estos días a ciudadanos ávidos por dar con *Libertad y Enajenación*, una colección de ensayos políticos de no tan fácil lectura, que de manera inexplicable nunca puso un pie en las librerías."

Tampoco puedo entender que alguien medianamente instruido cometa semejante dislate.

¡Ah!, y por cierto: ¿El libro qué?

6: Admito mi confusión en cuanto a la fecha en que Riverón abandonó Capiro, que para nada influye en mi argumentación.

Quizás la razón de mi error esté en que entre 2004 y 2006 la editorial se mantuvo sin director por un largo periodo.

7: En cuanto a esto solo le recuerdo a Yamil que basta con irse a las páginas finales de los libros de los últimos tres años, y buscar la nota de publicación correspondiente, para darse cuenta de que, salvo los del Plan especial por el 90 cumpleaños del Comandante, y alguno que otro de interés nacional, 500 ejemplares ha sido la tirada regular de Capiro.

Segunda serie de puntos:

1: El tema de los Premios de la Crítica en Cuba daría para un libro, que no para unas pocas líneas. Como también en el caso de los libros premiados con el Premio de la Ciudad de Santa Clara, que incluso dentro del gremio mismo han sido bastante cuestionados en el último lustro.

En todo caso que Capiro en 14 años de funcionamiento bajo la conducción de Riverón haya obtenido tan pocos Premios de la Crítica, sobre todo si se tiene en cuenta de que se entregan 10 anualmente, funciona como un argumento en contra del desempeño por entonces de Capiro y no a su favor. Tampoco queda muy bien parado el gremio si nos damos cuenta de que de entre los merecedores del premio mencionados por Yamil solo Carlos Galindo Lena era un autor de la provincia. Alguien que por demás pertenecía a una promoción muy anterior, al ser el más importante representante villaclareño de la generación poética de los cincuentas.

En el caso del premio al libro de Roberto González Echevarría, que es al cual me refiero en mi artículo, son evidentes las razones políticas detrás de su premio: Mostrar la apertura de las nuevas autoridades culturales del raulato. Ya desde que la misma Zuleica Romay impuso a Isaily Pérez a cargo de la edición se sabía que ese año uno de los premiados sería *Lecturas y Relecturas*. Que al final, por ejemplo, no coincidiera la paginación con el índice no importó (a partir de la página 251 hay al menos dos páginas corridas).

2: Según Yamil yo deseo que la literatura se subordine al mercado. Yo sin embargo no sostengo tal cosa, y dudo que él pueda mantener semejante afirmación basado en mis escritos. En mi trabajo de marras solo planteo

que cuando una editorial es sostenida por un estado totalitario, no importa que el control se le pase a los escritores mismos: Los lectores rara vez encontraremos en su catálogo algo que nos interese. Los lectores, el público presente o futuro, que es para quien se escribe.

La literatura no debe subordinarse al mercado, es cierto, pero porque es parte de algo muy diferente y mucho más amplio: Del gran diálogo humano. De hecho es su forma más purificada y a la vez la más permanente.

Ahora, el 98 % de lo publicado por Capiro: ¿Con quién dialoga? ¿Qué aporta al diálogo? ¿Con las polillas acaso? El único resultado concreto de ello es la satisfacción de unos cuantos al sentirse lo que no son, y por sobre todo la ganancia en imagen de un régimen que puede de ese modo vanagloriarse de publicar a no sé a cuántos en un año determinado, mientras a su vez consigue evitar que se diga o escriba lo que debe ser escrito, discutido y consensuado. Y aun peor, que esos que han accedido a sentirse lo que no son gracias a ese régimen se conviertan a su vez en sus más férreos defensores.

Es cierto que Capiro y el Riveronato no cerraron en concreto ningún espacio de diálogo anterior. Pero la sola existencia de una editorial "solo para poetas", como en cierto momento propuso Riverón, sirve, sino para justificar el que en una provincia como Villa Clara no

contemos más que con un tabloide semanario de ocho páginas escasas, y este un órgano oficial del PCC, a que al menos tal carencia pase desapercibida.

¿No habría sido mejor que toda esa producción literaria de la que ya no queda ningún recuerdo se hiciera en un órgano de prensa, o en varios, y que más que a solo poesía o narrativa los lectores villaclareños tuvieran donde acceder a comentarios, noticias o datos en los cuales encontrar lo necesario para definir su conducta, o adoptar una posición ante la realidad del país, el avance de la ciencia o el estado de la literatura contemporánea?

El derecho a ser publicado por una editorial, que es lo que parece proponer Yamil, nunca podrá ser un derecho humano. Una sociedad puede permitirse semejantes lujos en dependencia de su desarrollo y cuando en general esa actividad escritural, directa, o indirectamente, contribuye al crecimiento de los individuos que la componen y a la solución de los problemas de todo tipo que se le presentan. No como medio terapéutico.

Por otra parte, del que algunos que escribían para Capiro en la circunstancia cubana no lo hayan logrado en países "rentables" no se desprende de ninguna manera la conclusión a que intenta llevarnos Yamil en su razonamiento: "Todos los que escribimos en

Capiro merecemos la vida digna que nos permite la resolución 35". Un argumento como el usado por Yamil también puede ser usado para descalificar a Capiro: El que tan pocos ex escritores de esta editorial que hayan emigrado han conseguido continuar su labor literaria en otros ambiente puede ser interpretado como un serio cuestionamiento a la calidad del material del que proceden los inmigrantes, o en todo caso a la escasa plasticidad cultural de los escritores de Capiro.

En cuanto a esa resolución 35 le pregunto a Yamil: ¿no es ilógico que una editorial te pague porque participes en actividades en que se supone vas a promover las ventas de tu obra en cuestión? Más bien es una actividad en que por contrato te debería imponer la editorial, un deber del escritor hacia quien te publica.

Siempre se debe preguntar uno por qué te pagan por lo que no te corresponde en cualquier situación lógica. Casi siempre tiene que ver con alguna turbia intención de tu empleador.

3: Tener la lengua bien afeitada no implica querer cambiar el sistema social vigente cubano, es cierto. Conozco y respeto a unos cuantos que no desean ese cambio, pero que sin embargo no solo saltan cuando se les pone en peligro los privilegios y canonjías, sino cuando creen que no es propio de un intelectual

verdadero mirar a otra parte, por más alejada que de su área de creación esté la injusticia. El arte no es ni un arma de la revolución ni de la contrarrevolución, pero si del mejoramiento humano, y cuando como en Cuba se calla ante la limitación del ejercicio de la plena soberanía popular en la Ley Electoral vigente no creo que se pueda afirmar que se trabaja por ese fin.

En cuanto a acusar de seguidores al revés de Pavón a quienes te exigen que como figura pública asumas una actitud clara ante los problemas de tu país, sin andarte por las ramas, no es más que un mal recurso capcioso, indigno de un autor de la jerarquía de Yamil Díaz.

4: El Riveronato es ese fenómeno sociológico en que alrededor de una editorial de provincias, subvencionada y controlada por el estado totalitario, se nuclea un grupo de personas que aceptan las condiciones (limitaciones) de publicación de la misma, y que con el paso del tiempo llegan a interiorizar tan bien esas condiciones al punto que ellas mismas se convierten en parte integrante de la complicada estructura de ese estado totalitario, consiguiendo así que se les permita administrar la editorial en cuestión.

El cual estado totalitario, por tanto (y esto es importante), no puede reducirse a Fidel o Raúl Castro o a la policía política.

En ese sentido Yamil mismo ha sido parte de él. Como todos y cada uno de los que se nuclean o se han nucleado alrededor de Capiro en algún que otro momento.

Ahora, debo reconocer que entre esas personas, en el caso específico santacolareño, existen muchos verdaderos escritores e intelectuales, que en otra situación, o con otros arrestos de sus partes, podrían servir mejor a su país y asegurarse un futuro en la historia de la letras del mismo: Yamil mismo, con sus crónicas urbanas, su reescritura en clave cubana de clásicos de la literatura universal, sus interesantes posiciones en los debates martianos; Edelmis, con su poesía y sobre todo con sus traducciones, que han creado un novedoso precedente en la actividad intelectual en Santa Clara; Otilio, con su desparpajada imaginación y su ansia de superación editorial; Coyra, construyendo editoriales él sí sin apoyos oficiales, mucho menos del señor Alipio Alonso...

En cuanto a Riverón mismo no tengo nada personal contra él. Su única desgracia en este asunto es haber aceptado llevar adelante un proceso sociológico que necesitaba un nombre para ser comprensible. Quizás si yo viviera en Holguín habría tenido que echar mano de otro muy distinto. Él era ya entonces un hombre adulto cuando aceptó dirigir Capiro, y asumió plenamente

a conciencia esa labor. Que pensara entonces que el “avance indetenible de los pueblos en su glorioso camino al comunismo” lo privaría algún día de tener que rendir cuentas ante la historia de sus devaneos necesarios con el régimen, en un cargo semejante, no lo libera de culpas.

Citar un libro humorístico al que él defendió, pero no con uñas y dientes, más que un argumento a favor suyo va en su contra: ¿En 14 años solo puede mencionarse *Un libro sucio*? En cuanto al historial de persecuido de Riverón yo mismo he escuchado su historia dos veces, en el 2010 y en el 2013, y ninguna de las dos versiones, plagadas de anacronismos o de detalles incoherentes con la época, coincidían en lo esencial. Es por ello que en este asunto me remito a su entrada en la Wikipedia, que evidentemente se publicó con su consentimiento. En ella se dice así sobre su abandono de su carrera universitaria: “Cursó estudios hasta graduarse de bachiller e inició los de ingeniería agronómica por la Universidad Central de Las Villas, los cuales abandonó para seguir los dictados de su vocación literaria, que debió emprender de manera autodidacta”. De todas formas con llegar a la Universidad y averiguar, basta.

Aclaro que no me animó al escribir mi trabajo ningún despecho, ni mucho menos resentimiento hacia Capiro: Nunca he intentado escribir en esa editorial, y tampoco

he enviado ningún trabajo a los concursos de la ciudad, salvo un cuento a uno de la UNEAC hace un año, en que mi objetivo era por sobre todo epatar un poco a los jurados, y más que nada a su presidente provincial.

Estoy absolutamente consciente de que lo que creo, puedo y deseo escribir nunca será publicado en Cuba, mucho menos en una editorial como Capiro. Para mí escribir es intentar dejar una muesca, influir en lo que creen mis contemporáneos, no un ejercicio rebuscado que sirva para asegurarme un estatus de figurón escritural. Comunicar lo que pienso, para que entre todos podamos llegar a conclusiones de nuestros asuntos.

Y sí, quizás los verdaderos autores de por acá seamos como dice sarcásticamente Yamil "quienes desarrollaron una feria del libro paralela, seguramente con más público y mejores libros y autores que la feria oficial", la historia en todo caso lo dirá.

ME PAGAS DESPUÉS

Otilio Carvajal

Querido amigo Gabriel:

Imagino que me has enviado tu composición para que con mi «ansia de superación editorial» te ayude a despejarla, es decir: a potabilizarla. Generalmente no acepto ese tipo de encargo sin que me lo paguen con dinero o favores, pero solamente para que no te expongas más al chocarreo, te voy a ayudar.

Me parece bien que hayas *espabilado* al gremio. Andamos escasos de gente que se tire a la piscina –para la próxima fíjate que tenga agua– como tú lo has hecho.

Como es natural los escritores más «viejos» estamos muy concentrados en nuestro oficio de adultez creativa, que es una sensación especial que tal vez conozcas un día, lo que nos limita a –como cuando éramos adolescentes literarios– zambullirnos en querellas estériles. Es regla vital que ese tipo de pleitos lo propongan y propaguen los autores más jóvenes; es decir: los niños literarios.

Según mi percepción, los niños literarios de Villa Clara –con tu honrosa excepción– están más dispuestos a crecer creando obras, que tolvánicas. No te quito méritos: cada cual navega hacia la dársena con las herramientas que tiene, con los talentos que tiene, con los valores que tiene. En tu caso, los útiles del corsario se te dan bien para asaltar puertos o buques, pero (ojo) los arrecifes son otra cosa. Te has acomodado a la idea del forajido, y ello te convierte en un sujeto temerario, capaz de despetroncarse contra los arrecifes por tal de que su nombre se valore. Mi temor, querido amigo, es que después del despetronque los arrecifes sigan tan o más sólidos que antes y tú no seas más que un montón de tablitas sobre las olas... sin nombre, solo tablitas.

Ser una tablita sobre las olas tampoco está mal para ti. Si hace viento norte, puede que llegues a otro puerto y consigas, por fin, enviarme algo de plata o un cigarrillo eléctrico.

Si antes de comenzar esta ofensiva hubieras acudido a mi «desparpajada imaginación» –con algo de dinero, claro, ya te dije que no lo hago gratis– te hubiese podido ayudar más en tu propósito de conseguir un buen pleito, y a la vez, resguardarte de los arrecifes. Hay suficiente frijol con bichos en el ámbito de la cultura que propiciarían un triunfo claro a cualquier provocador sin que sea preciso que tenga rancio abolengo.

Mi primer auxilio hubiese sido en ayudarte a escribir tu injuria en un español decente; porque el lenguaje, amigo mío, es el vehículo para comunicar lo que piensas. No es correcto que escribas las cosas tal y como están en tu cabeza, sino a través de un sistema de escritura, que impida la desconfianza del lector.

A un polemista le es imprescindible que el leyente se enganche con facilidad al «tema que origina el conflicto», pero también, que ese leedor perciba que detrás de las palabras existe un individuo que sabe andar con ellas. Para ganar una polémica –si no para qué se echa– urge que ese lector se ponga de tu parte, te comprenda, sepa la urgencia de la bronca, el porqué de la bronca... obsequiarle todos los ángulos, tu altruismo al echarla, la hidalgúa con la que combates. Los lectores solemos ser muy románticos y aunque seas el malvado, el opositor, el canalla, te seguiremos si nos cuentas la bronca con gracia y sobre todo si le concedes un mínimo de crédito a tu adversario. En este caso se han puesto en tu contra, gracias al texto marañoso y realmente protervo conque te lanzaste, hasta los enemigos más encarnizados de Riverón.

Para conseguir lo que te propongo necesitas algunas lecturas actualizadas sobre el tema. Ven por casa que tengo varios megas de pleitos, broncas o desaguizados. Te hará bien unas dosis para que afles la herramienta

bronquística. Fajarse a través del texto escrito es un arte fino, difícil, que resulta absolutamente excitante, por lo que dominar su técnica es de estricta obligación.

Los intelectuales cubanos poseemos una larguísima tradición sobre el tema; existen miles de ejemplos, parangones, símbolos bronquísticos, libros de querellas que para muchos son de culto. Varios de ellos vienen desde la colonia, pero también los hay más recientes. Material sobra, por lo que como aprendiz de editor te recomiendo que leves ancla, recurras con humildad a esas materias y luego, cuando te sientas fuertecito, retomes lo que empezaste. Porque, querido amigo, resulta necesario que la persona o grupo polemizado sienta que estás en su misma división: si escribes como un minimosca, te tratarán como a un minimosca.

Si lees con serenidad lo que escribió Yamil en su carta a Riverón, podrás percartarte de que no se empleó a fondo, que solamente te tiró un par de *jabs* para mantenerte a distancia. Yamil es un 75 kilogramos, que mezcla dos características fulminantes: es un fajador como Armandito Martínez y tiene la pegada de José Gómez. Con tus dos primeros asaltos perdidos, yo que tú me cuidaba del kao literario. Cuando a alguien le propinan un kao, por regla, tiene que desaparecer del cuadrilátero durante un tiempo. Y tú no quieres desaparecer, lo que quieres es aparecer...

Mi segunda ayuda hubiese sido (si no te llegaba a convencer de que cambiaras de diana –o de Riverón, por lo menos), aconsejarte –como editor con «ansia de superación»– que no te metieras en la boca más de lo que te podías tragar. Por muy goloso que seas, amigo, cada boca tiene su medida. Exageraste con las dimensiones del bocado y por momentos –se ve clarito– te dan ahoguillos. Para sosegarte agarras un vaso en el que nos metes a dos o tres colegas y a mí, con el caramelo de que somos lo mejorcito entre los muermos. A mí –nacido 13 de agosto– me encanta que me soben, que me halaguen, que me tiren besitos, pero estoy a kilómetros de *quedarme colgado en calle* idolatría. Sé lo que valgo y lo que vale cuanto escribo. No necesito bengalas. Te agradezco el trato cariñoso y la deferencia, que me ubiques en mejor peldaño que el que me confiere la Institución. Corto y guardo en una carpeta lo que dices hoy por si mañana hacen público el video donde lloro a moco tendido por la muerte de Fidel y la emprendes contra mí (como me has dicho y escribes estás «educado en una tradición de pensamiento que no respeta autoridades»).

Bueno, en fin, te hubiese recomendado no poner en tu boca a todo Riverón (que debe saber a rayo), contratar a un par de detectives y particularizar sobre alguna chapucería, que como todos, haya cometido. Atacarlo con Capiro fue un gravísimo error, porque Capiro es

una de sus mejores obras; contra Capiro no van ni los «enemigos del pueblo», ni los enemigos de Riverón, ni los enemigos de Capiro. Te confieso que muchísimos enemigos del pueblo, de Riverón y de Capiro, se la han pasado locos por publicar en Capiro y que Riverón les edite el libro. Algunos lo han conseguido en más de una ocasión, porque entre las virtudes de Capiro (y de Riverón) siempre estuvo (y está) la de subordinar las pasiones personales a la obra literaria.

Capiro fue en esos mismos noventa que señalas como el Riveronato el espacio de encuentro y expresión para los que huíamos de las costas oficiales. Resulta imposible olvidar aquel balcón de la Biblioteca Martí donde hasta el 2004 nos poníamos a conspirar contra la banalidad, el oportunismo y la corrupción que siempre ha querido bailar en la fiesta editorial cubana.

Aunque para ti todos los que hemos trabajado o compartido suerte con Capiro no somos más que unos logreros, sería saludable que revisaras la plantilla de Capiro entre el 96 y el 2017 para que veas lo descaminado que vas. Un yerro como ese no lo resuelve ni un editor de la talla de Esteban Llorach. Y menos todavía el ataque frontal y pintoresquista que intentas contra Jorge Ángel Hernández Pérez; escritor al que no conociste para nada durante esa década porque de haberlo conocido te hubieras enamorado

perdidamente de él. Era muy bonito, bailaba rock y fue el iconoclasta más grande de este país cuando apenas dos o tres lo éramos de verdad. Ahora, sigue siendo más o menos bonito, igual de iconoclasta y (a pesar de que los reduccionistas le quieran achacar el epítome de oficialista) sigue siendo una piedra en el zapato para los acomodados y oportunistas que tratan de agarrar los espacios culturales como cotos privados de caza. Ache, amigo Gabriel, puede ser muchísimas cosas buenas y malas, pero un logrero jamás. Toda la autoridad que ha ganado en nuestra fracción social –que no es poca– se la debe a su conducta durante los años que usas para acusarlo, y también a una calidad suya que pocas veces se menciona: trabaja como una bestia.

Por tu edad literaria no fuiste testigo de nada de eso como lo fui yo cuando los noventas, y tampoco cuando ya jefecito en la Uneac, organizó debates desde *El Cuervo* que ponían de cabeza a muchos dirigentes de la cultura local.

Esa es la verdad. Y no la digo porque seamos amigos (jamás he cenado en su casa ni él en la mía, hemos celebrado o intercambiado felicitaciones por cumpleaños, nos hemos acompañado en el hospital), sino porque yo sí estoy educado en el respeto a la autoridad que emana de la trayectoria vital de los hombres, las plantas y los animales.

Es una perversión que le pongas el cartelito de logrero mayor. Sus libros solamente los pudo escribir él porque lo auténtico de su literatura es que cada línea tiene el ritmo y el desenfado con que se conduce (oral y moralmente) en la vida. Te juro que cuando leí esa nota al pie, me dije: en cualquier momento propone el premio nobel de la paz *post mortem* para Adolph Hitler. Es un error gravísimo, en términos de bronca literaria, dejarte llevar por las hablillas que se propagan (muchas veces por el *rebis malo* de Otilio Carvajal) en los cafés.

Para todos los escritores (donde quiera que vivan o como quiera que piensen) Capiro fue (para algunos es) una editorial donde soñaron publicar sus libros. No lo sabes bien porque te mantienes en la infancia literaria, pero cuando pases a la adolescencia, y de ella a la adultez, y consigas publicar en varias editoriales del mundo, sabrás el saborcito rico que le queda a uno cuando consigue hacerlo en Capiro. Desde que surgió es muy competitiva por la calidad y variedad literaria, pero también por su falta de compromiso con otra cualquier cosa que no fuera la buena literatura. Ese estigma le viene desde los años de Riverón, y aunque por momentos algún halador de brazas quiso convertirla en Mesa de Negociaciones para Asuntos Personales, los propios escritores supimos corregir el rumbo.

Capiro, arcángel mensajero, es otra cosa, por ello los amigos que viven en otros países publican en ella. Desde que surgió ha sido la editorial cubana más incluyente, y permitió que desconocidos como Ileana Álvarez, José Luis Serrano, Antonio Rodríguez Salvador (¿de qué tamaño quieres el etcétera después que coloque mi nombre?) publicáramos los libros con que nos dimos a conocer en esta isla; todos ellos políticamente incorrectos, polémicos, cargados de denuncias que sugerían un cambio social ante la realidad cubana de los noventa.

¿Crees tú –de verdad– que un texto filosófico puede convocar a más movilidad de pensamiento que un poema? Te caes de cabeza en esas triquiñuelas de la miopía sociológica, en el metatexto, en el paratexto, en el subtexto. Despierta y *pe a techon tu mí*, necesitas para la porfía cosas jodidas, deformes, corruptas... (busca, por ejemplo, en los paraísos fiscales, tal vez tenga plata allí; en las empresas petroquímicas que operan en el Orinoco, quizás tenga inversiones millonarias bajo un nombre falso o... consigue, con cautela, el librito de firmas de los inspectores de los mosquitos, puede ser que no le hubiese abierto algún día al funcionario y ¡zas! lo trabaste), pero con Capiro, no. Capiro no es una de ellas.

Tampoco lo es la obra literaria de Riverón, que intentas minimizar, quizás por desconocimiento o catastrofismo. Con aciertos y desaciertos –como todos– la poesía escrita por Riverón es profunda y seria. Logró separarse de la coral *contenidista* dictada por el momento histórico en que comenzó a crearla. Por ello es tan difícil encontrar en su arsenal loas o celebraciones tan comunes para la época en bardos que fueron muy reconocidos por los comunistas y ahora desandan por Miami pidiendo a gritos una invasión armada. Luego se incorporó con fluidez entre los procesos y sistemas poéticos de los ochenta. Su poesía, Gabriel, es íntima, desprovista de catarsis, que se comunica desde códigos sencillos, pero de intenso substrato lírico. De su poética siempre he aplaudido la capacidad que tiene para contenerse; la facilidad con que abre y cierra sus textos semejantes a ojivas brevísimas que detonan solamente lo necesario. Riverón *no es tan mal poeta* como lo pintas. ¿Te leíste ese libro premio 26 de julio que mencionas? Seguramente, no. ¿Y *dulce era la luz como un venado*? Seguramente, no. Tengo su antología *No me quieras matar, corazón*. Ven a casa y te la presto, claro para que la leas en la acera de enfrente, allí hace sombra y no descubres cosas sobre mí que puedas usar después. No es porque tengas la lengua seis veces más larga que yo (que ya es algo) si no porque por estos días no te quiero mucho. Nadie te quiere mucho. Es que te empeñas en embarrarnos con una mierda de vaca que no existe.

Mi tercera ayuda sería recomendarte que se atacan procesos, sistemas, dinámicas y no a individuos. Cuando la intelectualidad comenzó a referirse a Pavón hacía años que la obra nefasta de don Luis estaba absolutamente desmontada, y solo quedaba señalar a los culpables. Si el polemista consigue hacer que se vea el proceso como virulento, puede después ir por el responsable. Mientras no puedas probar que el proceso es nocivo para la sociedad y vas por el sujeto, pierdes antes de empezar el juego porque todos los seres humanos somos angelados y desangelados. Unos nos quieren mucho y otros nos quieren muertos. En el caso específico de Riverón, no creo que alguien lo quiera muerto de verdad, aunque sin duda, hay quienes no le quieren mucho.

Es difícil cuando diriges por varios años una empresa editorial, que pases sin enemigos, sobre todo en un universo como el nuestro donde casi todo el mundo (incluyéndote a ti) quiere publicar sus libros para «dejar una muesca, influir en lo que creen sus contemporáneos, no un ejercicio rebuscado que sirva para asegurarse un estatus de figurón escritural». Ese creerse el ombligo del mundo, que a veces nos secuestra la humildad. Es muy difícil también cuando se administra la pobreza y debes decidir entre una y otra opción para publicar. Tengo, Gabriel, una brevísima biblioteca donde están muchos de los libros que publicó Capiro entonces;

en su inmensa mayoría son libros de culto, poemarios fundamentales, libros de ensayo y obras narrativas de primerísimo nivel. Dudo mucho que otra editorial pueda mostrar lo que Capiro, entre el 90 y el 2000. Ahora, lo que me llama mucho la atención es que durante el Riveronato, según tú a partir del 96, no existe un solo título de Riverón. Yo, que no soy un corrupto hubiera metido por lo menos uno de los míos. Riverón fue tan guanajanato que no se publicó nada, por lo que no cobró derechos, ni hizo presentacionecitas. ¿Cómo meterle caña en relación con su ética? Con ese único riveronato te desconchinfla. Por ello, amigo, es que te digo lo de los detectives.

Bien sabe el propio Riverón que hemos tenido encuentros y desencuentros, que le estoy muy agradecido por gestos personales que ha tenido conmigo y que a la vez hemos discutido hasta el agravio por visiones distintas sobre un mismo tema. Hubo épocas, esas de los noventas, en que fuimos mejores amigos que hoy. Durante su Capiro publiqué un solo libro, que fue premio de la ciudad (no vivía en Santa Clara cuando aquello), pero siempre vi en él a un hombre equilibrado, amable, generoso y simpático. Tenemos muchas historias que nos unen. Durante años compartimos espacios y vi cómo los escritores cubanos de todas las generaciones e inclinaciones políticas lo trataban con respeto y afecto. Conseguía con facilidad,

gracias a su cháchara graciosa y esa memoria de elefante que tiene, ser el centro de las tertulias en ferias y eventos literarios. En fin, es una persona que la gente quería, porque iba haciendo amigos con facilidad. Por ello, Gabriel, no sé cómo se te ocurrió agarrarlo de punto para tu lanzamiento nacional. Coño, no te hubiera sido más fácil con otros cuyas cagadas van dejando un rastro realmente visible. Te digo un nombre, ¿quieres un nombre? Ven con diez cucos, mañana a las once.

Los últimos señalamientos que te hubiese hecho estarían sobre los resultados. Querías desmontar «los horrores de una época viciada» atacando ferozmente al individuo y solamente conseguiste que los demás, por reacción lógica, destacaran su contrario: mostrar «solamente las grandezas de una época iluminadora». Es que, pepito, cuando alguien apaga todas las luces, el que viene detrás comienza a encenderlas todas nuevamente aunque no hagan falta más que dos para iluminar la casa.

Vivimos una época en que los gerentes de la cultura poseen mucha más inclinación hacia la administración monetaria que hacia los procesos del ejercicio intelectual. Es lamentable, pero cierto. Por ello casi todas las últimas demandas y entuertos tienen que ver con pagos e impagos. Incluso, cuando algún escritor levanta su voz con indignación es porque alguien nos

acusa de metalizados, de gustarnos mucho el dinero o de todas aquellas bellezuras que Yandrey Lay colocó en una página del Retaguardia Provincial. Parece como si de pronto nuestros grandes problemas fueran los referidos a la money y no al verdadero propósito de la cultura. Tú, no escapas de ello. Fue un error no despejar los elementos. Capiro jamás fue una empresa económicamente lucrativa. Capiro jamás será una empresa económicamente lucrativa. Para que Capiro se convierta en empresa económicamente lucrativa tendría que ser desmontada desde su concepto mismo, desde su idea primigenia. Entonces ya no sería más esa brújula que le ha servido de guía a muchos sellos editoriales, autores y editores. Capiro es una empresa ideológicamente lucrativa, pero no en la acepción de lo ideológico que tú o los políticos le dan, sino en la acepción plural que le concedemos los autores y editores que en ella publicamos. El día que Capiro deje de ser lo que ha sido desde su nacimiento hasta hoy, yo mismo ayudaré a decapitarla, por fidelidad, por sentido de pertenencia.

¿Crees, amigo, que pensando en saldos políticos o monetarios hemos publicado, en los últimos tres años a Carlos Pintado, a Sonia Díaz Corrales, a Heriberto Hernández y a Joel Franz Rosell, entre *otrísimos*? ¿A Rolando Rodríguez, a José Antonio Fulgueiras, a Osvaldo Rojas Garay entre *otrísimos*? ¿Crees que nos

anima otra cosa que no sea la verificable calidad de sus libros, el deseo de comunicarlos con los lectores cubanos? Comasbola.

En su época Riverón consiguió textos muy valiosos para Capiro, en la nuestra tratamos de imitarlo con el sencillo propósito de mantener la tradición de *inclusividad*, la intención de seguir apostando por libros y autores que dejen una huella perdurable, la inclinación por continuar el espacio de oposición a la banalidad, de luchar contra la idea –cada vez más amenazante–, de que el verdadero pensamiento del futuro debe ser el más ligero, el más desnudo, el más desprovisto de las tradiciones nacionales, ese que permita el irrespeto a todo lo valioso que nos condujo hasta lo que la editorial es hoy.

Ahí radica la movilización de pensamiento que no ves (porque no nos lees), la diversidad que proponemos, el abanico poderoso con el que nos abanicamos con la humildad con que se abanicaban –donde bien tú sabes– los obreros libres.

Quieres que «el mundo» crea que en Capiro somos una maza de corderitos a la que nos dicen los funcionarios del gobierno qué publicar, cómo, y para qué. Llevo casi diez años trabajando como editor en Capiro y antes fui

miembro de su Consejo. No recuerdo una vez en que hubiese pasado un solo suceso de esa naturaleza.

Nuestra «democracia» radica en la pluralidad, en la diversidad de pensamientos. Los planes son consensuados entre muchísimos intelectuales, casi todos con una actitud bastante belicosa ante la insipidez y sobre todo con vastísima experiencia literaria. Los respeto a todos. Son personas –quizás no lo sepas, amigo– que como Riverón se le han plantado bonito a ministros y altos funcionarios del Partido, en polémicas feraces, para conseguir que hoy gocemos de la libertad editorial que tal vez otros no tengan. Ofensas se han buscado, que jefes grandes los acusen de demagogia, de tergiversar las cosas, de mil mierdas, pero siguieron en «su trinchera» –si te gustó esa te gustará más esta– para defender el derecho inalienable a vivir sin avergonzarse de su obra.

Así vivo yo, sin avergonzarme de mi trabajo en Capiro o en *Cuadernos de pensamiento plural*, cuyo sabor salado percibo más independiente que toda la Retaguardia. Tenemos, eso sí, Yamil y yo, visiones absolutamente inconciliables sobre lo que es o no es anexionista. Traer por los pelos, sin necesidad, a *Los cuadernos*... o deslizar con sorna, y poner en competencia con los autores publicados por Capiro a los amigos que realizaron una «feria del libro paralela», fue por lo menos, injusto.

Tú, Gabriel, le pusiste a tiro el dato. Yamil, te siguió en la red, y se fue con la de trapo. No hubo tal feria independiente. Lo peor de ello es que se junta con otras bazofias para continuar con ese lamentable proceso de canallización que existe contra mi amigo Luis Alberto Pérez Castro. En la supuesta feria, según la foto subida por ti, aparecen Luis Machado Ordetx, quien ya viene de regreso de todas las cosas buenas y malas de la vida, que ha probado su valía a través de numerosos penaltis literarios y al que nadie va a cuestionar a estas alturas su perfil político; Rafael Vilches Proenza, mi hermano de los años, opositor al gobierno, un escritor de mucho crédito, y Luis Pérez de Castro. Yo sé muy bien de qué se trató el encuentro y cómo se hizo ver como un show de oposición, pero la verdad es otra.

Por ello, la última recomendación que te hago es: si tienes techo de vidrio...

Nota:

Ni al peor de los autores que he editado en los últimos nueve años le había dedicado diez cuartillas. Fíjate entonces todas las enmiendas que te envió.

LA MERECIDA PAGA DE OTILIO

José Gabriel Barrenechea

Me aventuro a predecir que en poco tiempo también deberé responderles a Edelmis y Koyra. Escaldado en la experiencia del último par de semanas me impongo solemnemente no mencionar de manera elogiosa a nadie más en mis trabajos sobre el gremio de Santa Clara. Al menos no explícitamente.

Empiezo por agradecerte tu ofrecimiento de revisar mi respuesta a Yamil. Lamentablemente, a diferencia de ti en la elaboración de la tuya, que es más o menos de las dimensiones de la mía, yo no pude disponer de ocho días para pensarla, escribirla y pulirla. Así que no veo en qué momento podría haber usado de los servicios del muy buen editor que reconozco eres, ya que mi respuesta comencé a escribirla sobre las 11 de la mañana del miércoles 10 de mayo y la estaba enviando al anochecer; y todo ello sin dejar de ir a la

bodega a por el pan nuestro de cada día, o arreglarle la remendada hornilla a mi esposa para que me cocinara unos estupendos frijoles.

En la polémica, Otilio, la tinta muy pronto se seca y muere. Muchos se dirán ante tu extemporánea respuesta: “¿Pero de qué habla este señor? ¡Ah, chico!, sí, de la ya olvidada polémica aquella... ¿Sobre qué era?”

Quizás esté aquí la esencia de lo que critico en ustedes: La espontaneidad, la frescura de la vida, no suele habitar en lo que escriben. Y hablamos de lo escrito por quien es sin lugar a dudas una de las cumbres del Gremio santacolareño (¿1ª Categoría en el *escalafón laboral* que Riverón y otros cocinaron entre las sombras y rincones de la casona de la UNEAC?), qué podremos esperar entonces de los otros muchos cuyo nivel no supera al de cierto amigo mutuo, mencionado por ti en tu intervención, y que no obstante se dan el lujo de mirarlo por encima del hombro.

Según tú injurio al español en el texto en cuestión. Lo cual, incluso cuando como en este caso se habla de un escrito de urgencia, y cuando tú mismo dejas alguna pifia en el muy retocado tuyo (por ejemplo: “maza de corderitos”, al referirte al conjunto de ellos, no al instrumento para matarlos), no pasa de ser más que una negra injusticia y un recurso capcioso.

Te lo explico, lo del recurso capcioso:

El mismo consiste en que una persona A, admitida como una autoridad en alguna materia por un restringido y en alguna medida aislado círculo de lectores u oyentes, emite un juicio sin demostración sobre lo afirmado por otra persona B, poco o nada conocida dentro del círculo en cuestión. Un juicio que será más efectivo mientras de manera más concluyente sea planteado. En este escenario esos tan particulares lectores u oyentes, aferrados en su apacible y seguro aislamiento a unas estructuras y jerarquías sociales que no están muy dispuestos a ver desaparecer, ya que tal acontecimiento pone de cabeza su mundo, aceptaran dicho juicio de manera automática como palabra revelada, sin detenerse a analizar la justicia o veracidad del mismo.

Como es evidente, el recurso funciona mejor en proporción directa a la medida en que el grupo de lectores u oyentes se encuentre más aislado y más aferrado a algún sistema de jerarquías.

Este, por cierto, era uno de los recursos favoritos de Fidel Castro. Ante un sector de la población, que hipnotizado con sus interminables peroratas en 1959 lo había declarado voz última en cualquier tema, y al cual él supo muy pronto y muy bien restringirle su esfera intelectual

vital, solía soltar los peores improperios sin detenerse a justificar sus acusaciones bíblicas. En semejante estado *su pueblo* no alcanzaba más que a aceptar a pie juntillas lo que él les peroraba desde su tribuna.

En este sentido: ¿Acaso el amigo Otilio planea dejarse las barbas ahora que en las altas esferas estas clarean?, y dejando de lado las bromas: ¿No comprendes que si bien dicho recurso te gana la admiración de los aldeanos, te deja sin embargo muy en ridículo ante el anchuroso mundo que existe más allá de los límites marcados por el Gremio y la carretera circunvalante de Santa Clara? ¿Es que ya te enterraste ahí? ¿Ya tus sueños, los que empujan a todo aquel que se detiene a escribir, murieron?

Si alguien conoce los motivos de mi artículo eres tú. Sabes, porque te lo he dicho en persona, la razón que me obligó a tomar la no muy fácil decisión: Esa infatuación del Gremio, que los lleva a creerse el ombligo del mundo y a pensar en consecuencia que los ataques al mismo provocarán que el atrevido atacante sea fulminado por un rayo justiciero, salido desde ese Empíreo en que se cocinan las Sagradas Jerarquías Literarias. Sabes, en especial, que fue precisamente el intento de ningunear al querido amigo común mencionado por ti, y alguno que otro más, lo que me llevó a redactar el trabajo que ha "removido" al soñoliento Gremio: Había engavetado

mi texto sobre Capiro para cuando desde la casona de la UNEAC el nuevo régimen cultural santacloreño en ascenso decidió comenzar a parametrizar... (¿Te atreves a buscarle un nombre? Ya yo se lo tengo).

Mas la amarga realidad es que de las cuitas del Gremio muy pocos se preocupan más allá de los límites de la aldea. Si observas, amigo Otilio, te darás cuenta de que el apoyo que han obtenido del Más Allá Cultural viene en lo principal de aquellos que se asombran de la injusticia de un ataque a alguien tan bonachón y tan divertido como el pobre Riverón (que acepto que no es ni con mucho la peor persona que medra en el mundo de las letras de Santa Clara). Existen, Otilio, toda otra serie de universos intelectuales en que esta polémica no existe, o es solo un vago eco, y aun algunos muchos en que ustedes resultan especímenes raros, monumentos de otra época u otro planeta, en el mejor de los casos.

Otilio, en lo que el Gremio escribe y habla se trasluce por sobre todo un ansia de estabilidad y firmeza, de un mundo perfectamente jerarquizado (con ustedes en la cúspide, claro) en el cual se pueda como en cualquier sociedad premoderna "criar fama y acostarse a dormir". Lastimeramente, amigo, ese no es el mundo de la Modernidad (y mucho menos de ese otro mundo que algunos llamaron post-modernidad por ansia de singularizar su tiempo). El mundo al que, por cierto, este

país se reintegra con rapidez hoy en día. Sin un Estado-Iglesia que traiga orden perpetuo, ordene las jerarquías y las asegure por los siglos de los siglos.

Lo mutable regresa, mi amigo, y a la carrera, así que prepárate. Un nuevo escenario en el que dentro de esa indudable retaguardia que es nuestro semanario provincial Vanguardia ya relucen diamantes entre la nueva hornada... y ello a pesar de que el ambiente periodístico nuestro, de la mano de Chang Li Poo, o de personajes siniestros como la señora Norelys Murales, ha sido siempre mil veces más mefítico y penumbroso de lo que en algún momento fuera el mundo de las letras *capirístico*; comparativamente todo un torrente de luz y dulzor.

Otilio, esto es un axioma, sociológico (sé que te irrita la palabreja): Cuando un grupo literario pretende jerarquizar es porque está muerto y apesta. Es el miedo a perder las canonjías, pero sobre todo el estatus de figurón escritural, lo que los lleva a intentar detener el mundo y su mutabilidad connatural con una rígida armazón que tres o cuatro congenian en las sombras, sobre un papel.

En la Cuba oficial el tema se complica un poco porque en última instancia quien jerarquiza, o quien aprueba lo jerarquizado, es el régimen totalitario (¿qué crees

que hubiera pasado con el resultado de sus esfuerzos escalafonistas, si a los parametrizadores se les hubiese ocurrido encabezar la lista con el nombre de Félix Luís Viera?).

Otilio, al leerlos a ustedes, los del Gremio, tengo la sensación de que les incomoda en demasía el que alguien llame Feria del Libro a un evento alternativo y sin control oficial. ¿Es que acaso para ustedes, los oficialistas, el régimen compró el monopolio de esas palabras, y por lo tanto solo ustedes tienen el derecho legal de emplear el título?

Dejemos de lado los chismes, que es adónde parece pretender arrastrarme con tu singular estilo, en que nunca llegamos a saber los lectores si criticas o apoyas, si te “enamoras” o ridiculizas, si afirmas o niegas. Una *Historia de las sórdidas interioridades de Capiro*, en siete tomos y 3 500 páginas, te la dejo a ti, que eres quien cuenta con la prosa adecuada para tal empeño o el tipo de conocimiento especializado, yo prefiero concentrarme en el verdadero tema central de esta polémica: La legitimidad de los movimientos y proyectos alternativos, no subordinados al régimen. Un tema en que ustedes, más que tomar el partido de los segurosos, parecen ávidos por empujarlos a actuar.

Por cierto amigo Otilio: ¿Sabías que este viernes 12 de mayo, mientras escribías con sumo cuidado tu alegato, la Seguridad del Estado detuvo a tu amigo Rafael Vilches, tras interceptarle un paquete de libros de la misma editorial que presentamos en la Feria Alternativa? Solo para quitarle esos libros, se cae de la mata.

Este, llamémoslo accidente, que no provocó tu indignación al punto de elaborar algún texto-carta similar al destinado a atacarme a mí, me lleva necesariamente a los siguientes razonamientos:

En su respuesta Yamil descalifica con fina ironía: “una feria del libro paralela, seguramente con más público y mejores libros y autores que la feria oficial”. Me pregunto: ¿Cómo espera él que tengamos más público, mejores locales... si la seguridad del Estado está ahí, atenta, para permitirle a él usar semejante argumento? Hago la salvedad de que si ahora no sigo por completo la cita, y me quedo en lo de los locales, se debe a que como Yamil sabía (y tú también Otilio, no te me hagas el bobo), nosotros también tuvimos más autores de los que salieron en las fotos, y si no los mostramos o señalamos se debe al temor a las represalias para con ellos de esa misma omnipresente Seguridad del Estado.

En este sentido Yamil, y todos los que menosprecian la Feria Alternativa en similares términos, le hacen el juego

a la política de descalificación planeada y promovida desde las oficinas de la tenebrosa Seguridad del Estado. Aquella dirigida no contra terroristas miamenses, o agentes encubiertos de la CIA, sino contra todos los que no deseamos pasar por la “canalita” del régimen, en este caso villaclareño de la tan bien surtida canalita de la presidencia provincial de la UNEAC. La cual, no debe dejar de decirse, demuestra un ansia de monopolizar toda la actividad cultural de la ciudad que hasta a las mismas autoridades políticas debería de preocupar.

Otilio, en Cuba todos al parecer leemos de una manera muy medieval: Llevamos una idea preconcebida del texto a su lectura y en consecuencia hayamos en él no lo que dice, sino lo que esperamos diga. Es tan rígido el entramado de metal en que se encuentran atrapadas las ideas en este país, tras sesenta y cinco años de dictaduras sucesivas, que incluso los más inteligentes intelectuales encuentran en lo que leen solo una reafirmación de sus creencias, nunca un desafío a ellas. Así, para ustedes un trabajo crítico sobre Capiro dirá siempre no lo que en realidad su autor quiso comunicar, sino lo que ustedes esperan se diga en ocasión semejante, o en especial lo que el autor “ese” debe de decir.

Es por ello que en tu texto encuentro una serie de disparatadas lecturas del mío, publicado en Cubaencuentro.

Parto de hacerte saber que los puntos centrales de la visión histórica en que se sostiene *La Editorial Capiro* y el “control obrero” son en esencia los siguientes (te prometo en unos meses un trabajo serio, sin chismes, al respecto):

1-De 1959 para acá hubo un periodo de esplendor de nuestras letras, de carácter cosmopolita e influencia nacional, no solo limitado a la poesía, como se nos ha querido hacer creer interesadamente por quienes producen el discurso oficial, el cual coincide poco más o menos con la década de los ochentas del siglo pasado.

2-Dicho periodo fue el resultado de un movimiento espontáneo de creadores nacidos entre los finales de la década de los cuarentas y las postrimerías de la de los sesentas, y si en el más amplio panorama surgió como una respuesta generacional ante el panorama cultural de la nación en los setentas, en lo específico regional lo fue de su forma villaclareña: Del Feijosato.

3-El Feijosato fue la forma que en Villa Clara adoptó la cultura de masas castrista. Una cultura didáctica centrada en “elevar el nivel cultural de las masas” y en el conducir las “por el camino correcto” que marcaba su Máximo Líder en la construcción del Comunismo, a la vez que pretendía extirpar la capacidad crítica de la intelectualidad, y retraer la actividad creativa al campo

de la arqueología o recuperación de lo “popular”, y en todo caso de su recreación.

Nota: Lo anterior no rebaja otros aspectos de la obra de Feijoo, que no pueden ser negados (por ejemplo en la recuperación de lo que Don Fernando Ortiz llamó lo *eurocubano*).

4-En el final de ese periodo de esplendor de nuestras letras Capiro jugó un importante papel. Porque no es que esa editorial llegara tarde para salvar a la literatura villaclareña, es que de hecho si no fue pensada con el objetivo de domesticarla, ese y no otro fue el resultado final.

Nota: Bueno sería hacer ahora un estudio del papel que Capiro jugó en el sofocamiento del movimiento de cuasi insurrección de un sector de las letras villaclareñas, centrado en lo fundamental en Camajuaní, de inicios de los noventas: Tú mismo, o el hijo de René Batista, podrían asumir esa tan necesaria tarea.

5-El periodo de “Control Obrero” es en sí el resultado de esa domesticación, y por ello una vuelta, un rescate, eso sí, *aguado* y con ciertos caracteres de colegiatura, del Feijosato. Un periodo en el que de modo en apariencias paradójico existe una editorial, y unas facilidades para publicar impensables en los ochentas, pero en que la

espontaneidad, la frescura, la vida de entonces, rara y pálidamente aparece en algunas de las muchas páginas ahora publicadas.

Nota: Repito que en lo personal no tengo nada contra Riverón, y agregó que si en algo he afectado su prestigio extra-editorial, me disculpo con él. Su lugar central en Capiro, y mi intención de describir el proceso que ya he señalado en la respuesta a Yamil, ineluctablemente me llevaban a mencionarlo en mi artículo. Para limar ciertas asperezas, y ser más justo, porque como siempre he dicho no era él el único responsable de lo que sucedió, a la vez que porque a la esencia de lo descrito le va mejor este nombre, prefiero llamar al periodo en cuestión de “control obrero”. Creo que de ahora en adelante los que se sientan aludidos podrán responder de manera más personal, sin necesidad de ocultarse tras una supuesta cumplimentación a un Riverón que por lo general no aprecian en bien.

Estos puntos es lo que deberías rebatir, y no darte a divagar alrededor de sí yo la emprendo con fulano o con mengano, que bailaba rock o tenía memoria de elefante, todo ello bien condimentado con tu inigualable estilo (te darías una vida a cuerpo de rey en democracia, escribiéndole discursos ambivalentes a los políticos; a Grau tú lo hubieras mantenido en el cargo hasta el día de su muerte).

Me preguntas: “¿Crees, amigo, que pensando en saldos políticos o monetarios hemos publicado, en los últimos tres años a Carlos Pintado, a Sonia Díaz Corrales, a Heriberto Hernández y a Joel Franz Rosell, entre *otrísimos*?” Y de ello discurro dos cosas, que algo oscuro parece que ha habido detrás de algunas publicaciones, a lo que yo nunca he hecho referencia, por cierto (¿quién dio aquí la voz de arriba las manos?), y que fue tal tu disgusto al leer mi trabajo que no llegaste a pasar de sus dos tercios. Lo último, Otilio, te lo saltaste en la rabieta. Porque si algo hago en ese último tercio es señalar que Capiro, tras correrse los malos espíritus que lo atenazaban al nuevo refugio de la casona de la UNEAC, ha cambiado para bien. Impulsada por buenos autores que han sobrevivido a los años oscuros, que salen sin embargo con la cabeza muy en alto (en Cuba nadie puede dárselas de impoluto santo que nunca transigió con el régimen, todos tenemos alguna “caquita” atrás, y claramente me incluyo en la frase), y también por los jóvenes con su otra tradición editorial, la de *Sed de Belleza*. Entre ellos de manera destacada su director, a quien sería muy poco digno de mi parte si no lo mencionara como represalia por esa *sui generis* carta que circuló entre el Gremio, centrada en dejar bien claro que no fue, ni es, ni será mi amigo. Yo, por mi parte, nunca negaré que mío lo fue, suceda lo que suceda de aquí en adelante.

Otilio, en mi trabajo no meto a todos en el mismo saco de lo lamentable, y a los que dejé fuera de los viejos (y alguno más que preferí no mencionar, u olvidé, lo reconozco) lo hice no por cálculo o rejuego político, sino por honestidad. En cuanto a los jóvenes, salvo alguno que otro mareado por las loas tempranas, creo que por lo menos tienen ese supremo bien: la juventud. Ellos todavía pueden ser mejores que todos ustedes. Lo que ahora sucede en el gremio periodístico de esta ciudad así lo demuestra.

Otilio, me ilustras en que “para ganar una polémica urge que ese lector se ponga de tu parte”. No obstante, te hago ver que de esa manera difícilmente se llegue a la verdad, y en su lugar lo que de seguro alcanzaremos solo será un conjunto de mentiras consensuadas. Porque fíjate Otilio, una polémica no se inicia para ganarla, sino para llegar a la verdad. Y en ese propósito al polemista no le queda más que exponer lo más claramente posible su punto de vista, y defenderlo, pero sin dejar de mirar en las razones de los que con él buscan, o hasta en las de quienes prefieren o simplemente no les conviene ver la verdad.

Yo presento mi limitado punto de vista, lo argumento sin echar mano de sensiblerías, romanticismos o recursos capciosos, y nada más puedo hacer... lo demás sería querer hacer uso de la violencia, o valerme de ese

odioso recurso tan usado en las polémicas villaclareñas: adular a unos, cerrando los ojos a sus errores y defectos, para que me apoyen en mi campaña con los de más allá. Ambas actitudes, Otilio, junto al populismo basto que alaga a las audiencias, me repugnan.

La búsqueda de la verdad, Otilio, merece siempre el riesgo de convertirse en tablitas; el tirarse a la piscina, aunque seca, será siempre de mayor mérito que vivir en el cálculo pendejo de no crearse enemigos... y el pretender tener a todos por amigos, como le aconteció al mono del cuento de Monterroso, ya no le deja a uno de qué escribir.

Otilio, no te molesto más, sé, porque me lo dices en tu carta, que estás concentrado en tu oficio de adultez creativa. Como espero (para disgusto de tantos) vivir los cuarenta o cincuenta años más que me asegura la herencia longeva de mis ancestros, ya ansío leer antes de morir las obras clásicas de nuestras letras, o hasta del país o el mundo entero, que me prometes preparan aquí en Villa Clara los “escritores más viejos”.

Te envío estas líneas que he pergeñado entre sábado y domingo. Para que me las edites, claro está (pero fíjate, no siempre el corrector ortográfico logra señalarnos las burradas).

Por último, un consejo: Recuerda que en las letras o en cualquier oficio del espíritu solo se es mientras no se ha abandonado la niñez. Con la adultez es que llega el imperio de las necesidades más prosaicas, del día a día, de las rutinas, y todo ello lo empuja a uno irremediablemente a arrimarse a alguna vaca, para agarrarse de su teta... Yo, por mi parte, seguiré hasta que me muera el niño aquel que aun descubro en las viejas fotos que conserva mi vieja.

SIN PRETENSIÓN ALGUNA: UNA CARTA ABIERTA

Rafael Vilches

En estos días una polémica desatada por la opinión dada por el escritor, periodista y politólogo Gabriel Barrenechea, ha hecho que los escritores y la literatura villaclareña estén en el ojo del huracán, o, en el mejor de los casos, en los ojos avezados de los lectores, los que se han de preguntar: ¿Quiénes son estos? O, ¿quiénes serán aquellos?

Quizás azorados corran a las librerías más cercanas y otros, los del mundo de allá afuera, soliciten títulos de estos autores en Amazon, a ver si pueden evacuar sus dudas.

Los de la Isla tal vez corran a las librerías y rebusquen afanosos en los anaqueles repletos de libros e intenten encontrar algún que otro ejemplar de los autores mencionados de un lado y del otro de la trifulca. Si logran encontrar al menos un título de los nombres esgrimidos por las partes en la contienda (Uno para

Todos, y Todos para Uno), entonces lograrán saber de quién, de quiénes, de qué se habla en esta guerra desatada por estos días en la tierra de Marta Abreu.

Con algunos autores quedarán desilusionados por no encontrar papel alguno con sus nombres impresos; con otros tendrán más suerte al desempolvar algún ejemplar que tal vez se lleven a casa, y así algunos libros de escritores villaclareños se convertirán hoy o mañana, por obra y gracia de Gabriel Barrenechea, en Best Sellers.

Agradezco a los que tuvieron a bien, o a mal, mencionar mi nombre entre la balacera que se armó en torno a la Editorial Capiro y al escritor Ricardo Riverón, a quien tengo en alta estima. Y para los que no saben de qué se trata la referida "Feria Alternativa del Libro", doy algunos detalles:

A quien le puso el nombre, gracias.

No era mi objetivo, pero se logró.

Cuando se sucedía la Feria del Libro en Villa Clara, la oficial, desarrollé, junto a un grupo de amigos, en las fechas del 30 de marzo al 1 de abril, una Peña Alternativa, por la que desfilaron muchos amigos y escritores, algunos de ellos invitados de la Feria del Libro, y aunque me autorizaron a divulgar sus nombres, fotos, los videos de sus lecturas y participación en la

Peña, no lo hice, porque en carne propia sé lo que se sufre cuando se juega con la cadena y con el mono.

En la Peña Alternativa se presentó el libro «Estos silencios. Estas palabras» del escritor pinareño, radicado en Santa Clara, Luís Pérez de Castro. El volumen de Pérez reúne 20 reseñas, 13 de ellas sobre libros de la editorial Neo Club Ediciones y 7 de otras radicadas también en el exilio, todas sobre textos de autores cubanos censurados que viven dentro o fuera de La Isla.

En la Peña se abordó el trabajo realizado por Neo Club Ediciones, el Club de Escritores Independientes de Cuba y la revista Puente de Letras, para establecer vínculos que engarcen las obras escritas en la Isla y en la diáspora por escritores cubanos, como una sola literatura nacional.

El periodista y escritor Luis Machado Ordext tuvo a bien disertar, sabiendo su derecho a ejercer la palabra, sobre la vida y obra del intelectual villaclareño, exiliado en Estados Unidos, Armando de Armas, haciendo hincapié en sus libros «Mala Jugada» y «Los naipes en el espejo», este último publicado por Neo Club Ediciones.

Además, se presentaron «Ghetto» de José Alberto Velázquez, «Ciudad Imposible» de Ileana Álvarez, «La familia real cubana» de Víctor Manuel Domínguez, «La

extraña familia» de Maribel Feliú, «Cómo se mata a un toro y otros cuentos» de Luis Jiménez Hernández, «El libro de La Habana» de Juan González Febles, entre otros títulos.

Se abordó la obra de los escritores Ángel Santiesteban, Luis Felipe Rojas, Armando Añel, Manuel Gayol, Francis Sánchez, Joaquín Gálvez, Jorge Olivera, Guillermo Fariñas, Juan F. Benemelis, Denis Fortún y Nilo Julián González, todos ellos publicados por la editorial Neo Club.

Hubo conversatorios, recitales, performances y, sobre todo, compartimos en un ambiente sano nuestros textos, y todo, gracias a la libertad de expresión y fraternidad, sin importar ideologías o credos religiosos, entre las cuatro paredes que nos acogieron. Lamento el dolor causado a algunos, me alegra la alegría de otros.

Doy gracias a los escritores que, de visita en la ciudad por la Feria Oficial, se llegaron a la actividad que realicé, y que compartieron sus textos y su cariño con los escritores que estamos censurados por disentir y oponernos al sistema.

Este texto no pretende formar parte de la polémica. Jamás atacaría a ningún escritor. Debieran sacar provecho de la polémica, y hablar de las cosas malas, y

de las buenas también, que aún por estos días suceden en el ambiente literario e intelectual de la Isla. Hay mucha tela por donde cortar, sin que eso signifique que el escritor se convierta en el lobo del escritor.

Les aconsejo ser, como dice mi amigo y escritor, el holguinero Manuel García Verdecia, azules y democráticos.

TODOS LOS ENVUELTOS EN ESTA QUERELLA SON AMIGOS MÍOS

Mario Félix Leonart

De un lado José Gabriel Barrenechea, que aunque tuvimos nuestras diferencias y nos distanciamos luego de los sucesos desencadenados por la presentación el 25 de abril de 2014 en la Librería 'Pepe Medina' de Santa Clara del libro *Café amargo*, del poeta Rafael Vilches, también implicado en esta polémica, dos años después finalmente hicimos las paces y aclaramos varios malentendidos, evidentes enredos propios de esa fecunda imaginación de los Órganos de la Seguridad del Estado que siempre pretende dividirnos y alejarnos a todos (1). Barrenechea es el único de los involucrados en este debate sin al menos un libro publicado hasta el momento; no por falta de talento ni de buenos proyectos, pero sí por evidente censura; aunque no han faltado excelentes artículos suyos en diversas publicaciones

periódicas, especialmente independientes, e incluso, subrepticamente, en algunas oficiales.

Del otro extremo mi más viejo amigo de todos los implicados en la querella, Yamil Díaz Gómez, no suficientemente publicado para su talento, pero al menos más agraciado en esta fortuna que constituye para todo escritor ver proyectos materializados en papel; y con prestigiosísimos premios, tampoco suficientes para los que merece, tanto en el contexto nacional como en el internacional. Además de nuestra sólida amistad soy deudor suyo por ser uno de los egresados de la segunda edición de su Taller de Formación de Escritores 'Los Kakafuacos', en diciembre de 2004. Por la Conferencia Magistral 'Interrogantes de Dos Ríos', que por gestión mía dictó el 24 de junio de 2009 en el Seminario Teológico Bautista 'Luis Manuel González Peña', de la ciudad de Santa Clara. También por la entrevista que me concedió para el primer número de la revista de millenials Nota del Cielo, en la cual se autodefine como lo que es y demuestra con creces, un auténtico martiano y feijoseano (2). Por si fuera poco, compartimos pasiones como la que mutuamente sostenemos por la emblemática y común amiga Dulcila Cañizares.

También es mi amigo Ricardo Riverón Rojas, el gran ausente directamente en el debate aunque a la vez

protagonista, por ser en un principio el objeto mismo de la discusión.

Incluso, amigo soy de Otilio Carvajal, ¡pese a ser el único de los participantes en la reyerta miembro del partido comunista!

Por supuesto, claro que lo es Rafael Vilches, a mitad de camino entre Barrenechea y el resto de los implicados en relación a publicación, ya que fue uno de los autores publicados en Cuba pero luego censurado al definirse en posiciones abiertamente disidentes.

Lo es también Luis Alberto Pérez Castro, que aunque no participa en el intercambio de estos textos es otro de los escritores mencionados; y por cierto es otro de los profesores purgados de la Universidad Central 'Martha Abreú' de Las Villas, en la cacería de brujas renovada de los últimos tiempos bajo la Inquisición del Rector Andrés Castro, aunque no haya sido noticia por haberse salido por "voluntad propia", luego que "le sugirieran" que pidiera la baja y le explicaron que no podía trabajar allí por haber salido en fotos con "elementos contrarios a la revolución".

De repente y en arranque catártico, Barrenechea necesitó expresar su justa inconformidad y poner freno a la impotencia de vivir donde vive y sufrir lo que sufre; pero lo hace arremetiendo sin pensar contra el

blanco incorrecto, contra otra víctima, el bueno de Ricardo Riverón, acuñando incluso el injusto término Riveronato, con el cual discrepo por completo. No son escritores como Riverón los responsables de tanta censura aun cuando fungiera como director de Capiro, único real pecado por el que se convirtió en objeto de los ataques de Barrenechea. Más bien tengo evidencias personales que apuntan a lo contrario de la visión que ofrece Barrenechea, pero no desde la posición de Riverón al frente de Editorial Capiro, sobre la cual Yamil hizo aclaraciones muy pertinentes en su apología, sino desde su dirección en la revista Signos.

Yamil inevitablemente reaccionó como un resorte, como no lo hubiese hecho si el atacado hubiera sido él, pero sí por un amigo, especialmente si como en este caso es injusto el ataque y si encima de ello el atacado es Riverón, a quien conoce muy bien y por quien siente un justo aprecio que yo comparto. No olvidemos que en 2007 Yamil también saltó al ruedo en aquel debate sin precedentes bautizado con nombres como "guerra de los emails" o "plazoleta electrónica" al salir en defensa del crítico de arte Juan Antonio García Borrero. Y me atrevo a clasificar sus argumentos como entre los más lúcidos y certeros de aquella masiva apología.

Tengo un punto de vista muy diferente al que tiene, o tenía, Barrenechea sobre Riverón (en la evolución de sus declaraciones se evidencia un desplazamiento de

las fuertes críticas iniciales a Riverón a posiciones más racionales y conciliadoras). Entre 2003 y 2010 publiqué en la revista Signos, que entre 1993 y 2010 él dirigiera y que intentó redirigir en lo posible en un golpe de timón a lo que fue originalmente aquella publicación iconoclasta que fundara Samuel Feijóo. Precisamente en esos años fui testigo de la perfecta alineación de Riverón como director con René Batista Moreno como editor y con Yamil como redactor, en lo que a mi juicio resultó un eclipse perfecto que posibilitó insólitos fenómenos como el de mi participación. Esta trinidad volvió a hacer realidad el lema feijoseano de la revista de “la concertación en sus páginas de numerosos intereses de vida, a veces opuestos en sus afirmaciones, con el solo fin de servir al progreso cultural de un modo directo y verdadero, sin capillismo ni cerrazón dogmática. Otra cosa no tendría noble significación ni serviría de veras”.

Más allá de la publicación, durante todos esos años fui, más que testigo, objeto de defensa directo de Riverón cuando por órdenes del Partido Comunista se me pretendió excluir en 2009 de las celebraciones por los cuarenta años de fundación de la revista. Tuve entonces la bendición inolvidable de acompañar al gremio de Signos como el que más en un itinerario de celebración netamente cultural por Feijóo y por Signos que incluyó varios días intensos de gira en diversos

puntos de la provincia de Villa Clara con lanzamientos incluidos y diversos tipos de eventos culturales como la puesta en escena en el Mejunje de la adaptación teatral de la novela de Feijóo *Vida completa de Wampampiro Timbereta*.

Tal vez el momento cúspide de aquellos días inolvidables fue participar de la entrega del premio El Zarapico en el patio del Museo Provincial de Artes Decorativas a René Batista. Enhorabuena luego de campear numerosas injusticias siendo como fue, además de talentoso escritor con luz propia, el discípulo más cercano y directo a Feijóo, y amigo personal de Eloy Gutiérrez Menoyo y de los disidentes de su pueblo Camajuaní, entre los que sobresale el también poeta Joaquín Cabezas de León, a quienes nunca dio la espalda y sí su mano solidaria. René murió el 1 de mayo del siguiente año, 2010, pero se llevó con él aquellos días de “gloria” en la tierra de los que tuve la oportunidad de formar parte por la posición firme e inclusiva, en primer lugar de Riverón, pero también de René, de Yamil, y del resto de hombres de letras más allá del bien o del mal, de izquierdas, centros o derechas que formaron parte conmigo de aquel grupo que se gestó a la buena sombra de Riverón en Signos.

Lamentablemente el mundo de Signos nunca fue atractivo para Barrenechea porque, evidentemente,

aunque heterodoxo en el campo de las ideologías sociopolíticas cubanas, en la literatura, el arte y el intelecto encaja mejor entre la ortodoxia que siempre juzgó a Feijóo como un artista menor y cuestionó su escuela marginal del *body art*. Su posición de tomar distancia le autosegregó al menos en el proyecto cultural Signos, que fue una de las pasiones de Riverón, y hoy su punto de vista sería muy diferente. No de la censura oficial y real, pero sí de Riverón, en cuyo ADN no hay genes de inquisidor.

Pero el apoyo y defensa de Riverón a mi persona y mis derechos fueron mucho más allá, especialmente cuando el 1 de diciembre de 2009 el Partido Comunista municipal de Camajuaní orientó boicotear el lanzamiento de la revista número 49 que el propio Riverón me había encomendado realizar en Taguayabón, mi pueblo de origen; y que finalmente realicé unas semanas después luego que Riverón sostuviera una intensa lucha con las autoridades culturales. Este lanzamiento fue sin yo saberlo mi despedida total de Signos, también fue el año de retiro de Riverón, el de la muerte de René, y de la salida como redactor también de Yamil, porque sin Riverón y sin René definitivamente él ya no quería estar, ni yo tampoco.

En el período al que Barrenechea alude, las mismas acusaciones que sugiere contra Riverón podrían valer

para la totalidad de las editoriales cubanas y de sus respectivos directores. Con la diferencia que, en el caso específico de Riverón, valdría la pena mejor *andar sobre sus huellas* (3) y Barrenechea mismo encontraría, solo que con más edad y en otra etapa diferente de su vida, a otro marginado, excluido, censurado...

Otilio, ya se sabe, se define como un socialista en la extensa geografía del término. Aunque por ello hasta resulte un bicho raro no se esconde para decir que su vocación hacia el socialismo científico se atrinchera en los principios básicos del materialismo histórico encontrando sus fuentes en Marx, Engels y en las interpretaciones y aportes del naródnik ruso Gueórgui Valentínovich Plejánov, de quien se siente deudor en cuanto a concepción filosófica. Pero no dejó de defender ni un solo día a su amigo Ángel Santiesteban mientras éste estuvo preso. Cuestionó campañas ridículas como aquellas de las cintas amarillas en septiembre de 2014, en favor de los cinco espías. Tampoco dio nunca la espalda a Rafael Vilches, ni siquiera en los momentos de mayor persecución o censura. Y publicó en casi cada número de nuestra revista Cuadernos de Pensamiento Plural, a pesar de que Yamil la tache de tener sabor anexionista, cuestión esta en la que discrepo. Oriundo de Chambas, la misma tierra de Harold Cepero, el joven a todas luces asesinado en compañía de Oswaldo Payá el trágico domingo 22 de julio de 2012, Otilio es un

extraño comunista que condena el atentado contra su coterráneo, a quien venera.

Lo que no logro comprender de Otilio en esta reyerta es que en 2014, en una entrevista suya (que por cierto Barrenechea publicó el 5 de febrero de ese año en su blog personal 'El hidalgo rural cubano') su punto de vista que ahora resulta muy irónico y despectivo sobre Barrenechea entonces parecía más complaciente al punto de describirlo como "un individuo abierto a todas las ideas, siempre que esas «ideas» sean vertidas con honradez y traigan una apoyatura teórica firme", y termina defendiéndolo como "un hombre de pensamiento". Y francamente no parece, ni resulta lógico suponer, que Barrenechea involucionara, sino todo lo contrario.

Vilches aparece al final de la trifulca aunque advierte que su texto no pretende formar parte de la polémica y aclara (y yo lo aplaudo) que jamás atacaría a ningún escritor a la vez que hace un llamado (al cual me sumo) a sacar provecho de la polémica para hablar de las cosas buenas y malas que se suscitan en el ambiente literario e intelectual de la Isla. Sabiamente Vilches declara que "hay mucha tela por donde cortar, sin que eso signifique que el escritor se convierta en el lobo del escritor".

A mi juicio todos consiguieron un desahogo (hasta yo), tal vez ahora todos podrían volver a escribir en el mismo orden en que se originó la tirantez y quizás resulten reflexiones bien diferentes. Quizás hasta el mismo Riverón pueda salir a la palestra, y estoy seguro que si lo hiciera sería no para defenderse a sí mismo, que ya no es necesario, sino para defender el derecho a publicar de Barrenechea, así como de Vilches otra vez. Quizás hasta el mismo Pérez Castro abandone el silencio y enrumbe a nuevas direcciones la polémica.

Esta discusión de escritores santaclareños demuestra que, a pesar de tantas décadas y modalidades de censura, la cultura y la literatura cubanas perviven y que en ellas participan seres vivos, de carne y hueso, que aun en calidad de rehenes se las ingenian para burlar y rechazar la guillotina y la mordaza. Es la expresión en el arte de lo que en la biología se concibe como lucha por la supervivencia y selección natural en una evolución en la que está claro que las ideas y las letras sobrevivirán a un sistema político en peligro de extinción.

Notas del autor

(1) Para más detalles sobre los sucesos que rodearon el polémico lanzamiento del libro *Café amargo* (Neo Club Ediciones) de Rafael Vilches, y acceder a puntos de vista divergentes y encontrados, como entre el propio

autor de este escrito y Barrenechea, examinar la revista Cuadernos de Pensamiento Plural, No. 6, julio de 2014.

(2) Nota del Cielo, No. 0, Enero-Febrero de 2016; pp. 17-21

(3) Hago alusión al libro testimonial de Riverón: *Pasando sobre mis huellas*.

RESEÑAS



ESTAS LEVITACIONES / ESTAS GRIETAS EN EL ALMA

Luis Pérez de Castro

Una epístola es una carta dirigida o enviada a una persona o un grupo de personas ausentes y que habitualmente toma la forma de carta. Tras el humanismo del Renacimiento –este prodigó las epístolas en prosa y verso, en línea con el afán comunicativo y abierto que tenía el género, afín a los ideales de esta estética–, la epístola se transformó en un texto casi ensayístico dignificado por un estilo exigente y formal, muy a menudo provisto de intención didáctica o moral, pero otras veces consagrado a una mera función distractiva, y que, además, recoge varios géneros análogos. Ha sido este, como género literario, uno de los más usados por los escritores para dar a conocer sus inquietudes literarias o filosóficas; tales son los casos de *Ética a Nicómaco*, de Aristóteles dedicada a su hijo Nicómaco, publicada en el siglo IV a.C.; *Pamela o la virtud recompensada*, de Samuel Richardson,

publicada en 1740; *Las amistades peligrosas*, de Pierre Choderlos de Laclos, publicada en Francia a finales del siglo XVIII; *Diario de amor, cartas a Ignacio Cepeda*, de Gertrudis Gómez de Avellaneda, escrito entre los años 1839/1854, y aparecido por primera vez en Huelva, España, 1907; el discurso *Los Pinos Nuevos*, de José Martí Pérez, pronunciado el día 27 de noviembre de 1891, en Tampa, EE. UU.; y el *Diario de Ana Frank*, primeramente conocido como *La casa de atrás*, rescatado por Otto H. Frank, el padre de Ana, y publicado por primera vez en 1947, por solo citar varios ejemplos entre los tantos que registra la historiografía literaria.

Ha sido precisamente este género el escogido por el escritor peruano Jaime Bayly para construir las distintas historias que coexisten en su novela *Los amigos que perdí*, publicada por la Editorial Santillana S. A., Alfaguara, en el año 2000, y reeditada por la misma editorial en 2007.

Novela que, por esos azares de la vida y como siempre sucede cuando se vive hostigado por bloqueos y políticas que nada dicen ni aportan al espíritu humano, llegó a mis manos después de diez años de su reedición (gracias al amigo Rafael Vilches Proenza, cosa que agradeceré por los años amén). Novela donde su autor logra, desde una aparente multitud, hacernos cómplices de confesiones e historias verdaderamente desgarradoras. Cinco historias de vida contadas –

bajo marcada intencionalidad– en primera persona y donde sobresale la exuberante ¿imaginación? con que el protagonista, Manuel, recrea una serie de acontecimientos ocurridos alrededor de su persona y de amigos que, en momentos cruciales de su vida, fueron sus confidentes. Recreación que logra potenciando no solo la cotidianidad que marcó cada instante, sino también lo mágico inmanente al mundo circundante.

Aquí los lectores no se encontrarán con una saga de cartas convencionales ni mucho menos llenas de florituras altisonantes; tampoco metáforas de alto vuelo con sus correspondientes referencias intertextuales, de esas de las que tanto gustan vanagloriarse ciertos escritores para demostrar... ¿qué? Esos no son los presupuestos con que Jaime ampara su discurso. Eso sí, encontrarán cómo a través de una prosa delicada, con mesura y exquisitez en lo que respecta a corrección estilística, pero a la vez desprejuiciada, logra desnudar verdades, las angustias y descalabros que cualquier hombre, pura invención de Dios, va amontonando en el alma ante los ojos y las incomprendiones de sus semejantes. El libro logra descifrar los códigos de comunicación de un lenguaje que con la magia de la letra traslada y hace vivir, sentir tan de cerca la historia contada que hasta llegar a involucrar.

Por eso esta es una novela y, sin ánimos peyorativos ni de desvirtuar la escritura, no lo es. Se trata de una sucesión de fábulas que hallan su explicación sólo en el contexto de la obra en tanto la búsqueda imperecedera de Manuel termina en la última página con el descubrimiento no solo de su ser, sino también del perdón que tanto necesita para ser feliz. Por ello, es perfectamente asumible tal o cual fragmento, tal o cual parte, porque existe una independencia narrativa total por cuanto más bien estamos ante las noticias del hombre en sus distintos momentos, no solo epocales sino incluso anímicos.

En las cinco cartas que estructuran la novela (*Queridísima Melanie*, página 7/53; *Querido Daniel*, página 55/137; *Mi querido Sebastián*, página 139/195; *Recordado Manuel*, página 197/289; e *Ilustre doctor Guerra*, página 291/383) llama la atención no solo el deseo de conseguir el perdón, también el deseo de la vida. Esa pasión está presente en todo el discurso narrativo y se advierte, aún más, en el profundo desgarramiento de sus recuerdos interiores: hay un tiempo que se recuerda con dolor – no volverá–, porque ese tiempo es, también, un espacio destruido. De ello ofrece memoria en cada reclamo, en cada súplica donde se descubre, ante sus queridos amigos, como el hombre necesitado de curar sus cicatrices.

No sé si me he liberado ya de las culpas que me han impedido aceptar serenamente –y gozar todo lo posible– mi condición de bisexual o, si quieres que sea más preciso, de bisexual con inclinación más fuerte a las mujeres. Digo esto último porque yo de ti hace ya más de diez años, me enamoré, a mi torpe manera, pero me enamoré.

(...)

Voy hacerte ahora una confesión impúdica, pero tú ya sabes que el sentido del pudor, que mi familia me inculcó con tanto ahínco cuando era niño, lo he perdido casi por completo, algo de lo que curiosamente me enorgullezco, pues siento que he aligerado bastante el equipaje que llevo conmigo y que el pudor suele ser enemigo encarnizado del placer.

La memoria y también, por qué no, parte de una fabulación obstinada en el léxico del narrador/personaje, conforman el centro generador, y como todo un sacerdote, confesional, de esta primera carta: *Queridísima Melanie*. Esta, la más ceñida y breve que estructura la novela, se inscribe en la misma tradición del resto de las cartas, o sea, en el tono meditativo con que Manuel va, de manera casi imperceptible, declarando, repleto de un humanismo que bordea el dolor y de manera desprejuiciada, cada una de las maldades y deslices que lo llevaron, ahora alejado de toda pasión

adolescentaria, a cometer errores que martillean sin cesar en su conciencia. En ese subconsciente que no le permite pegar un ojo y que, contra todo temporal, quiere recibir el perdón de aquellos amigos que sufrieron bajo la égida despiadada de su pluma; el perdón que todo hombre merece máxime cuando, ante su arrepentido corazón, esta víctima se presenta en el rostro de la mujer que amó.

A Manuel no le importa cuán distante en el tiempo, o zona geográfica, se pueda hallar Melanie. Él solo necesita identificarla, sentirse cercano a ella. Por eso podríamos decir que logra, tal vez sin proponérselo, esa búsqueda de imágenes verticales, esa percepción, tan necesaria para todo ser sufrido en el tiempo, de un fugaz esplendor y de un señorío gestual que se integran en el texto como una unidad indisoluble para así, de manera auténticamente bella, darnos un *corpus* exquisito de la vida espiritual del personaje/narrador, Manuel. Lo deja saber, con infatigable sutileza, en la despedida:

Por eso ahora soy un hombre solo que mira su piscina. La contemplo en silencio, recordándote, y a veces me sonrío desde la quietud de las aguas. Ya lo sabes, es el precio de mi egoísmo: soy un hombre que te busca en su piscina. Dondequiera que vaya, te seguiré buscando.

El tono meditativo e intimista no abandonará a Manuel en el largo periplo que se ha propuesto recorrer por esas sendas escabrosas donde, sin meditación previa y evidente fragilidad, pero ahora con un discurso más fuerte, se ha aventurado. Así encontramos en *Querido Daniel* una sed de absoluto que acaba por desentenderse de lo contingente y que, al mismo tiempo, carece de un sentido humano, aquel que lo acompañó durante el diálogo con Melanie, que podría revestir el discurso de un ascetismo y de una inocencia "desinteresada". Por lo que resulta que la búsqueda de lo primigenio, lo anterior, es en verdad la búsqueda de otra realidad para los sentidos que finalmente el narrador/personaje llega a estimar como un imposible ontológico.

Han pasado los años y poco o nada he sabido de ti, mi querido Daniel. La última vez que te vi fue en el Museo de la Nación, hace ya más de un año. Aquella noche me tocó hacer un discurso y procuré entretener al auditorio de notables con una sucesión de bromas más o menos afortunadas.

(...)

No me lleves más al prostíbulo, Daniel. Nunca más. Todavía hoy me duele. Cuando quieras nos vamos a tomar

otro emoliente al amanecer, pero al prostíbulo, te ruego, no me lleves más.

Aquí el hedonismo de su primera carta, más sutil y elaborado desde la lírica, se escapa desde una realidad más vulgar, o contestataria, hacia su interlocutor, Daniel, si bien con una evidente conciencia por la distancia, para él casi insalvable, que existe entre esa realidad, ya inesquiva, y que revela la oculta tragedia que va desmadejando en sus súplicas. Pero algo nos sorprende, independiente del dolor intrínseco en el narrador/personaje y de su discurso fuerte, cuando, ya en los finales de la carta, descubrimos que ha encontrado el camino perdido del hombre bueno, del amigo que implora y necesita del vórtice de esa luz que se le ha negado, y reclama en apenas un susurro:

Y así me despido de ti ahora, Daniel, amigo del alma y para siempre: con ese recuerdo que me conmueve, bailando contigo y con Penélope y sintiéndome libre y feliz y aventurándome a darle una vueltita coqueta a tu novia y pensando que amigos como tú se encuentran una sola vez en la vida. Buena, Manuelito, así me gusta, me gritas, y yo bailo eufórico y Penélope me acaricia con los ojos y renace en mí el niño travieso que había muerto.

Claudia, es una lástima, no me quiere. Sabe que tú y yo fuimos amantes, y supongo que me tiene celos por eso.

¿Lo sabe o lo sospecha? No sé si se lo has contado. Quiero creer que sí: eres un tipo derecho, no le mientes a tu esposa. Te puedo imaginar diciéndoselo: Solo fue una aventurilla sin importancia, fumaba tanta marihuana que no sabía lo que hacía, andaba confundido. ¿Solo fui eso para ti, una aventurilla sin importancia? Para mí no: tú fuiste mi amante, Sebastián. No he soñado con un hombre como soñé contigo.

Con esta confesión, como si estuviera a la deriva en medio de un océano y sin una posible tabla de salvación, pero con el fervor y el orgullo de asumir con dignidad el goce de su cuerpo y sus apetencias sexuales, y defender el terreno perdido, pero ahora el de la amistad, comienza la carta *Mi querido Sebastián*. Aquí, el hedonismo que aparentemente se había enfriado resurge como el ave fénix; resurge desde la profundidad del reconocimiento de cuánta culpa lo alejó del amigo, del recuerdo de los mejores momentos vividos como amantes y también del cuidado y ansiedad que ahora siente por la familia que está construyendo junto a su esposa Claudia. Y lo mejor, lo asume sin cuestionamientos y sin angustias, alejado de todo el rencor que puede engendrar la pérdida de un amor y descansar, preferiblemente, en el ethos actuante de la palabra.

La atmósfera de una realidad pura, cuajada de precisión y gravedad, y que al mismo tiempo parte, como las

cartas anteriores, de una vivencia íntima que aparece como trasmutada dentro del texto con los datos que previamente ha seleccionado la subjetividad –doble función del yo creador: una función perspectiva y una función comunicativa, tal como sucede en el discurso intimista–, son las herramientas que explotará el narrador/personaje para lograr, una vez más, el acercamiento de aquellos caminos que lo condujeron a Sebastián y hoy se le presentan opuestos a una sensibilidad que ninguna otra coincidencia puede hacer converger. Y aunque piensa haberlo superado, aún queda la incertidumbre:

¿Tú me entiendes? Le dije a medio mundo que me acosté contigo y tú te enojaste a muerte y así, por bocón, eché a perder lo nuestro. ¿Sabes algo, Sebastián? Me encanta pensar en ti y, con el sabor amargo de la derrota, escribir lo nuestro. Tiene un cierto glamour.

Y dentro de esa misma incertidumbre perdura la nostalgia, aquella pasión que lo llevó a perderse entre los brazos, las piernas, el cuerpo íntegro de Sebastián y, aunque piensa en el bienestar de Claudia, del niño que va a nacer y reclama para ellos toda la felicidad del mundo, intenta aprehender su imagen nítida, su aspecto de hombre coloquial, su realidad como único acontecimiento.

Tú fuiste, Sebastián, el primer hombre que me besó. Cierro los ojos y siento la ferocidad de tus labios, la avidez de tu lengua; revivo el cosquilleo de tu barba de tres días en mi cuello que era tuyo. Tú fuiste el primer hombre que me besó, el primer hombre al que me entregué con pasión, y por eso ahora te recuerdo con gratitud y sé que no podré olvidarte.

Ya cerca de la media noche, cuando su espíritu comienza a expirar y no le queda un hálito de luz que ofertarle a su instinto de hombre restaurador, como un boxeador recuperado que en las postrimerías de la pelea comienza a dar sus mejores golpes, mira el reloj de reojo y se dispone, con una prosa clara y concisa, a marcar el final con el mismo glamour que iniciara la carta:

Pasa la vida, queda tu sonrisa en mi memoria. Eso, la melancólica evocación de tu sonrisa, me llena de tristeza, pero también de una extraña quietud.

En cada carta están perfectamente definidos los contornos de las distintas historias que la estructuran, como si Jaime hubiese esperado muchos años –en ninguna de ellas confiesa tal veracidad– antes de entregarnos su palabra escrita para que expresara su verdadera percepción de la realidad, la implícita lucidez que acompaña al creador que le habita unido a su consecuente voluntad de desentrañamiento, de

no temer ante un lector exigente y reclamar no solo el perdón y la comprensión de aquellos amigos que en un momento determinado lastimó, sino de hacerlo de manera impúdica, transparente como las aguas de un riachuelo y sin un rasgo de pudor (el que, según sus propias reflexiones, suele ser enemigo encarnizado del placer). La lectura de *Recordado Manuel* nos llenará de asombro, nos deslumbrará más allá del oficio escritural y de la luminosidad de su ámbito verbal. Aquí se desdobra el humanismo, se respira el aliento de un ser que, no por sufrido, deja de ser perseverante. Hay que tener en cuenta que es parte de un universo donde habitamos todos y todos nos necesitamos... y que los años, bajo el manto escurridizo de la experiencia, nos hacen más sabios.

No somos amigos, pero te sigo admirando, Manuel. Con los años se han multiplicado la admiración y el respeto que siento por ti. Eres un escritor de verdad. Para mí, y no lo digo para halagarte, eres el mejor escritor de nuestra generación. Lo sé bien...

(...)

Yo solo soy un hombre cobarde que deja secuestrar su rostro para que aparezca luego en miles de pantallas de televisión a cambio de un dinero que mis libros aún no me han sabido procurar. Tú eres hombre valiente, entero,

que no se vende y ha aprendido a vivir con poca plata, haciendo solo lo que le gusta.

Sigue siendo, su escabroso peregrinar, un peregrinaje reflexivo, rico en matices e imágenes –no edulcoradas. Cuando todo parece indicar que está llegando a los límites, que el léxico se le contrae en lo sucesivo, resurge, como en los textos anteriores, la palabra, ese laberinto de sensaciones o un fragor ¿extraño? y muy tenue, casi como un rumor, pero por suerte descifrable:

Para terminar, recordado Manuel, déjame decirte algo de corazón: de todos los buenos amigos que he perdido, tú eres sin duda el que mejor escribe. Nos vemos cuando quieras.

Si antes el personaje/narrador, Manuel, se veía asaltado por las dudas y las reiteradas pérdidas, ahora llega a la conclusión que es más fructífero dejarse conducir por los sentimientos, por aquellos que lo llevan a senderos más cerca de los amigos perdidos o, por lo menos, al intento de un acercamiento que le dé sosiego a las grietas que le marcan el alma. Si la primera carta, *Querida Melanie*, nos conduce a la experiencia trascendente del amor perdido, por las causas que fuesen, la última carta, *Ilustre doctor Guerra*, nos conduce al encuentro de la memoria y la vivencia inmediata, al pasado y presente, al desamparo sin tiempo; nos conduce, con sutileza

elaborada, al vacío que le acecha y nos deja, absortos, ante un paisaje ingrátido, pero aún enormemente resistente, para en una misma carta sostener la fuerza del discurso.

Batallaré infatigablemente, haré de mi orgullo una alfombra, me hincaré de rodillas si fuese necesario, pero no descansaré hasta que usted pueda oír mis sentidas disculpas. Sé que su altísimo sentido del honor le hará imposible perdonarme, doctor, pero al menos tenga piedad y escúchame cinco minutos, oiga usted.

(...)

Cuando se repuso de esa pasajera indisposición, le comenté que estaba escribiendo un libro, pero no entré en detalles y tampoco me los preguntó usted. Este libro sería la causa de nuestra ruptura final. ¿Lo leyó usted?

Son ostensibles los signos del paso de la vida por las reiteradas referencias a la amistad, al amor, a tantas vivencias que terminan lacerando su existir, su permanencia no solo en el mundo, también frente a los espejos, punto de coexistencia para una reflexión plena. Aquí, la oposición presente/pasado se establece en primer lugar mediante la alusión del tiempo que transcurre, la afluencia del día y la presencia misma de las estaciones, en antítesis con el estatismo, muy

alejado, para suerte del lector, del fecundo, y cada vez más enriquecido, caudal lingüístico de Jaime Bayly.

Después de terminada la lectura de *Los amigos que perdí*, de las cinco cartas en su conjunto y por separado –vicio abominable de todo abogado, pero que se justifica en una mayor comprensión del texto–, pude comprender que no se trataba de un juego de retóricas mejor o peor elaboradas, sino de un hondo cuestionamiento de la conciencia que viene a enriquecer nuestras posibilidades de penetración y de autoconocimiento. En primer lugar, hay un plano que podríamos calificar de inmediato en estas cartas, el de las ilusiones, un momento anterior al de la conformación de la problemática conceptual. Todo esto tomando un ejemplo que considero clave para poder definir el *cosmos* y las raíces nutrientes de Jaime, su léxico, en cada carta en crescendo, como plano alusivo al que me refiero.

Si hacemos una primera lectura con algo de ingenuidad, percibiremos la fuerza singular de los signos claves: mansión, autos, migración, miradas zozobrantas, sombras que alucinan en la oscuridad, soledad, ademanes, ingratitudes, literatura, familia y amor. Una segunda lectura, de más profundas asociaciones, nos deja entrever los entrelazamientos de un suceder que escapa al tiempo y se sitúa tanto en el pasado como

en el presente. Después, una vez realizada otra lectura, esta vez a los intersticios más ocultos de las distintas historias, observamos que la realidad se va integrando con su percepción y pasamos entonces a una imagen fija, podríamos decir que estática: a una imagen íntima, como si hubiésemos pasado de la intelección a la participación directa. Entonces sentimos que se establece en nosotros el drama del personaje/narrador: el antagonismo entre realidad y deseo expuesto de múltiples formas a lo largo del texto.

*Los amigos que perdí*es, a mi modesto modo de entender, más que una novela un bellissimo y extenso poema en prosa sobre la suerte y el destino imperecedero del hombre. Un poema lleno de parábolas e imágenes que se yuxtaponen para brindar una atmósfera de tristeza en la que es dable advertir, sin embargo, el destello de la esperanza.

AUGE Y DESPLOME DE UNA ILUSIÓN

Jorge Olivera

En *Confesiones eróticas de la Tía Nora* (Neo Club Ediciones, 2017), Pedro Armando Junco se desvela como un narrador que conoce a profundidad la manera de satisfacer a un gran público. No me atrevo a decir si escribió la referida novela pensando en este fin o si se trata solo de su estilo a la hora de sentarse a armar historias en la pantalla de su computadora.

Digo que es una obra para disfrutar por muchas personas, porque en cada página descubrimos una perfecta combinación de amenidad, humor, desgracias, sorpresas, depurado lenguaje y un erotismo que evita saturaciones escatológicas sin que por ello pueda ser considerado pacato ni sobreactuado. Nos llega como un complemento de esta obra, también llamada a trascender por el acertado balance entre realidad y ficción.

Se trata de una novela muy cubana y eso, lejos de limitar su alcance, se convierte en una atracción debido a que el autor utiliza importantes sucesos de la historia nacional, ocurridos aproximadamente entre la década del 30 y los 70 del siglo XX, como telón de fondo para estructurar un discurso narrativo donde confluyen armónicamente lo trágico y lo hilarante.

¿Es una tragicomedia? Pues sin dudas contiene elementos que la acercan a esta definición. Pero más allá de las valoraciones, creo que lo importante radica en lo que se siente después de terminar una lectura que se hace en tiempo récord. Desde el comienzo, Pedro Armando nos hace rehenes de su prosa.

Contada en primera persona, con el atinado apoyo del escritor omnisciente, Pedro Armando saca a la palestra algunos episodios traumáticos de nuestra historia, como el asalto al Cuartel Moncada, los crímenes políticos de la dictadura de Batista, el aparatoso suicidio del líder del Partido Ortodoxo Eduardo Chibás, las nefastas consecuencias sociológicas de la revolución proletaria, los campos de trabajo forzado para quienes se resistían a sumarse al nuevo modelo, la doble moral que desafortunadamente todavía distingue el comportamiento de la mayoría de los cubanos que residen en la Isla, entre otros sucesos no menos relevantes.

La novela es un fiel retrato del auge y el desplome de una ilusión, encarnado en la figura de la tía Nora.

Creo haber percibido que el optimismo no es el destino hacia donde Pedro Armando nos conduce a lo largo de 26 capítulos. Explícita e implícitamente, está la incertidumbre existencial, la fragilidad del ser humano y la invitación a aprovechar los momentos felices que nos regala la vida.

Con este libro, el autor reafirma su talento y nos deja con ganas de volver a ensimismarnos con otra de sus historias.

Esperamos que se compadezca de nuestra impaciencia.



NOTICULTURALES

NELTON PÉREZ Y JULIO ANTONIO MOLINETE, PREMIOS 'DULCE MARÍA LOYNAZ'

Los organizadores del concurso de Poesía Dulce María Loynaz 2017, convocado por el proyecto Puente a la Vista, anunciaron en julio, en el marco del Festival VISTA de Miami, a los ganadores del certamen en Cuba y el Exilio, los escritores Nelton Pérez y Julio Antonio Molinete respectivamente.

Los organizadores añadieron que los resultados del Premio de Narrativa Reinaldo Arenas serán dados a conocer en el mes de octubre de este mismo año, igualmente durante un evento literario.

A continuación el acta del jurado:

ACTA DEL JURADO, PREMIO DE POESÍA DULCE MARÍA LOYNAZ 2017

Convocado por el Proyecto Puente a la Vista, en colaboración con el Club de Escritores Independientes de Cuba, esta segunda edición del Concurso Dulce María Loynaz, instituido con el objetivo de promocionar a los poetas cubanos más allá de sus afiliaciones, credos o lugar de residencia, llega a su fin.

Luego de leer y analizar decenas de poemarios enviados desde todas las regiones de Cuba y su exilio, cierra sus cortinas imaginarias esta odisea literaria emprendida desde ambas orillas del Estrecho de la Florida por quienes pretenden establecer un diálogo poético entre cubanos.

Se reúnen los poetas y escritores Jorge Olivera Castillo, Víctor Manuel Domínguez García y Rafael Vilches Proenza, quienes luego de realizar el cómputo de los puntos dados a cada poemario concursante, llegan a la siguiente conclusión:

Finalistas: En el exilio: Julio Antonio Molinete (Brújula quebrada); Juan Manuel López (Cruzando el temporal); Leandro Báez (Long Day) y Alexis Rosendo (Candil y

otros poemas). En Cuba: Nelton Pérez (*La Habana sin tranvías*); Ogsmann Lescayllers (*El viento se llevó las aceitunas verdes*); Luis Pérez de Castro (*Digo lo que callo*) y Frank Castell (*Encontrar un país*).

Resultado final:

Se otorga el Premio de Poesía Dulce María Loynaz 2017, en el exilio, a *Brújula quebrada*, del poeta y periodista Julio Antonio Molinete; y en Cuba, a *La Habana sin tranvías*, del poeta y narrador Nelton Pérez.

Y para que así conste, firman la presente los escritores que integraron el jurado de esta convocatoria:

Jorge Olivera, Víctor Manuel Domínguez y Rafael Vilches

LA CENSURA ALCANZA A FRANCIS SÁNCHEZ

Una exposición de poesía visual del escritor y editor Francis Sánchez fue prohibida este verano en Ciego de Ávila. “Estaría para mí de más decir que no soy súbdito en el feudo de ningún funcionario o mandamás vitalicio, así que no espero explicaciones que no me hacen falta ni tampoco un permiso para existir y expresarme”, apuntó el poeta tras conocer la censura del evento.

Francis Sánchez (Ciego de Ávila, 1970), escritor y editor, pertenece al grupo de intelectuales avileños católicos que en 1997 fundó la revista *Imago*. Entre otros libros, ha publicado *Cadena perfecta* (cuento), *Extraño niño que dormía sobre un lobo* (poesía) y *Llamadme libertad* (poesía). Es miembro fundador de la Unión Católica de Prensa de Cuba desde 1998. Junto a Ileana Álvarez, edita desde Cuba la revista digital independiente *Árbol Invertido*.

A continuación el texto divulgado por Sánchez luego de decidirse oficialmente la prohibición:

PROHÍBEN MI EXPOSICIÓN DE POESÍA VISUAL

Tenía la aprobación del Consejo Provincial de las Artes Plásticas de Ciego de Ávila y se realizaría en la galería Raúl Martínez, del mismo Consejo. Yo había entregado la carpeta de obras, los archivos digitales, hacía mucho tiempo, exactamente el 26 de abril de este año 2017. El Director del Consejo, el artista Bárbaro Toranzo, personalmente me había transmitido la aprobación de los especialistas, ya había un curador asignado a la muestra, y hablamos de posibles fechas inmediatas. Con ellos había valorado incluso, facilitándoles su trabajo, cambiar el título original de la expo: “Desechos humanos”. Luego, publiqué en mi blog un anuncio de que pronto quedaría inaugurada.

Pero entonces —según el Director del mencionado Consejo— intervino el Director Provincial de Cultura, Virginio Menéndez Moro, quien pidió que le llevaran las obras a su oficina para valorarlas. Desde entonces, cada vez que yo acudía al Consejo ubicado en el bulevar avileño, obtenía respuestas de este tipo: “Aún no hay respuesta”, “dice que están esperando por alguien

más”, “dice que todavía no hay una decisión”, “yo no sé qué pasa, porque nosotros lo vemos todo bien”. En un momento Bárbaro hasta creyó sentir un matiz positivo en un comentario del Director o de su secretaria y me pidió que imprimiera las obras de acuerdo con los formatos acordados, para montar todo en menos de una semana, pero le previne que una inversión tan cara yo prefería no hacerla sin antes tener una fecha comprometida. Ya un importante intelectual cubano había escrito las palabras del catálogo, que también yo había entregado a la institución. Hasta que, finalmente, he recibido la confirmación de que mi exposición nunca será permitida. El Director del Consejo me lo comunica visiblemente contrariado, y yo creo en parte de su angustia, pues se parece a la mía y a la de muchos.

Me he limitado a narrar sucintamente. Desde que entregué mis obras y hasta lo que va de agosto, han pasado más de cien días. Claro, de yo seguir haciéndome el despistado, quizás el proceso de censura se habría prolongado otras 500 noches. Siento el deber de hacer público este hecho. Con el proyecto de mi exposición obtuve este año el premio de una beca de la embajada de Noruega. Estaría para mí de más agregar que no soy súbdito en el feudo de ningún funcionario o mandamás vitalicio, así que no espero explicaciones que no me hacen falta ni tampoco un permiso para existir y expresarme. Actualmente solo busco en mi

mente alguna alternativa al despotismo de allá afuera, que en definitiva mi vida no ha sido otro desafío, y me trato de imaginar algún espacio libre como una grieta donde exponer en el futuro mis poemas visuales. Sólo a Dios le pido: fuerza y fe, para mí y mi familia.

<http://www.arbolinvertido.com/>

AUTORES DE ESTE NÚMERO

Adrián Morales es Doctor en Estética por la Universidad de la Sorbona, París. Artista visual, músico, compositor y multinstrumentista. Discípulo del padre de la Deconstrucción Jaques Derrida. Entre sus textos obran: *Trastornos. De lo Antropofágico a lo Antropoémico. Power Food LEXIcom* (Edt: Artium, Vitoria Gasteiz, 2008); *Sobre Dalí o la metástasis del inconsciente* (Edt: Fundación Joan Abelló, Barcelona, 2005); *HisPánico, I, II y III* (Edt: NomadART Productions, Barcelona, 2001), y *Genética, control y sociedades en descomposición* (Edt: Atópics, Paris, 1995).

Elizabeth Reinos (Bayamo 1988). Su obra ha sido reconocida en numerosos concursos nacionales e internacionales. Su obra ha sido publicada en la revista Río Hondo, de México, en el libro *Homenaje a Gloria Fuertes* (Academia Iberoamericana de Poesía, España) y en la antología *Cuarta dimensión de la tarde* (Cuba-Honduras, 2011). Tiene publicado el libro *En la punta del iceberg* con Ediciones la Luz.

Clara Maylín Castillo Góngora nació en Niquero, Granma. Es Licenciada en Letras por la Universidad de Oriente, en Santiago de Cuba. Obtuvo, con la pieza *Sacrificio*, el XI Premio Ricardo López Aranda de textos teatrales, convocado por el Ayuntamiento de Santander, en Cantabria (España) en 2015 (la editorial AE publicó en 2016 el libro con que ganó este concurso). *Somos hombres*, su libro de cuentos, fue publicado por la Editorial Bayamo.

José Gabriel Barrenechea. Investigador y periodista independiente cubano, durante años ha estado escribiendo artículos sobre cultura, historia y actualidad cubana para publicaciones independientes en la isla y el exilio, entre ellas 14ymedio, Convivencia, Cubaencuentro, Cubanet, Neo Club Press y Voces. También ha pertenecido al equipo editorial de revistas independientes como Cuadernos de Pensamiento Plural.

Jorge Labañino Legrá (Baracoa, 1970). Licenciado en Educación Musical, tiene un postgrado de Antropología por la Universidad de Oriente. Ha obtenido numerosos premios en narrativa y poesía en diversos eventos literarios a nivel nacional. Ha publicados los libros *Oración del que traicionan* (Ediciones Santiago, 2004) y *Rumor de higuera* (Ediciones Santiago, 2006). Cuentos y poemas suyos han aparecido en antologías de ambos géneros en Argentina, República Dominicana y Cuba.

Jorge Olivera Castillo (La Habana, 1961). Periodista, editor y escritor. Premio Nacional de Literatura Independiente de Cuba en el año 2014. Entre otros, tiene publicados los libros *Confesiones antes del crepúsculo* (2005), *En cuerpo y alma* (2008), *Cenizas alumbradas* (2010) y *Antes que amanezca y otros relatos* (2010). En 2009 obtuvo una beca en la Universidad de Harvard a propuesta del English PEN, a la cual el régimen cubano le impidió asistir. A finales de 2015, Neo Club Ediciones publicó su poemario *Quemar las naves*.

Juan González Febles nació en La Habana en 1949. Graduado de Artes y Letras y de Información Científica Técnica y Bibliotecología en la Universidad de La Habana, ha trabajado como traductor, promotor cultural, especialista en propaganda, profesor de literatura, repartidor de pan a domicilio y en la Agencia de Prensa Nacional (AIN). Es periodista independiente

desde 1998. Dirige desde hace siete años el periódico digital Primavera de Cuba. *El libro de La Habana*, de su autoría, fue publicado por Neo Club Ediciones en 2014.

Luis Cino (La Habana, 1956). Escritor y periodista independiente. Perteneció al consejo de redacción de la revista De Cuba. Es colaborador habitual del portal digital Cubanet y jefe de redacción de Primavera Digital. Obtuvo premio en el concurso de cuentos El Heraldito, convocado en Cuba por el Proyecto de Bibliotecas Independientes. Recientemente, Neo Club Ediciones publicó su libro de relatos *Los tigres de Dire Dawa*.

Luis Leonel León (La Habana 1971). Periodista, crítico, escritor y cineasta cubano exiliado en Estados Unidos, reside actualmente en Miami. Usted puede seguir sus artículos en @LuisLeonelLeon y www.luisleonelleon.com

Luis Pérez de Castro (Pinar del Río, 1966) es historiador, abogado, narrador, poeta, crítico literario. Ha publicado, entre otros, los libros de cuentos *Nostalgia del cíclope* (Ed. Libre Idea 2004), *Mientras arde en silencio mi voz* (Ed. Capiro, 2006) y *Epístolas de un loco* (Ed. Mecenaz, 2007), y los poemarios *Confesiones del Abad* (Ed. Matanzas, 2005) y *Testimonio del pagano* (Ed. Unicornio, 2007). Ha obtenido, entre otros, los premios Mercedes Matamoros, 2003; Félix Pita Rodríguez, 2006; Farraluque, 2007, y el

Primer Accésit certamen de relato breve LGTBI, Premios Lorca (España, 2013).

Mario Félix Leonart es pastor bautista, fundador y coordinador general en Cuba del Instituto Patmos. Fundó también las revistas independientes Cuadernos de Pensamiento Plural y Nota del Cielo. Artículos suyos pueden encontrarse en las revistas Signos, Voces y Convivencia, y en el diario digital 14ymedio. Su libro *Cubano confesante* fue publicado por Neo Club Ediciones en 2017. @maritovoz.

Otilio Carvajal (Chambas, 1968). Escritor y director artístico. Ha publicado numerosos libros y obtenido múltiples premios en Cuba, entre ellos el "José María Heredia" (teatro y poesía), "Manuel Navarro Luna" (poesía), "Regino E Botti" (teatro) y "Eliseo Diego" (novela para jóvenes). Su novela *Ponme la mano aquí* fue traducida al holandés y publicada en la editorial La Pluma de Oro. Su obra ha aparecido en antologías en Cuba, España, Argentina, México y Estados Unidos.

Rafael Vilches Proenza (Vado del Yeso, 1965) ha publicado, entre otros libros, *Ángeles desamparados* (novela), *País de fondo* (poesía), *Trazado en el polvo* (poesía) y *Café amargo* (poesía). Por su obra ha obtenido numerosos premios nacionales e internacionales. A raíz de su participación en publicaciones independientes

como Pensamiento Plural y Voces, fue marginado por el aparato de la burocracia cultural cubana. Reside en Villa Clara, en la región central de Cuba.

Rafael José Rodríguez Pérez es licenciado en Periodismo por la Universidad de Oriente (Santiago de Cuba). Graduado del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Posee múltiples premios literarios de carácter municipal, provincial y nacional, entre ellos el Premio de Cuento Tristán de Jesús Medina y el Premio Dador 2008. Actualmente es editor-redactor de la revista Ventana Sur y la publicación infantil ilustrada Papalote.

Ramón Fernández Larrea nació en 1958, en Bayamo. Es poeta, periodista, guionista y humorista. Entre sus libros publicados figuran *El pasado del cielo* (Premio Nacional de Poesía en 1985), *Terneros que nunca mueren de rodillas* (1998), *Cantar del tigre ciego* (2001) y *Nunca canté en Broadway* (2005). En 2014 obtuvo el Premio Internacional de Poesía "Gastón Baquero". Es también conocido por "El programa de Ramón", que a finales de la década de los ochenta rompió récords de audiencia radial en Cuba.

Roberto Quiñones Haces (Cienfuegos, 1957) es escritor y periodista, licenciado en Derecho por la Universidad de La Habana. En 2001 obtuvo el Premio Vitral de Poesía

por su cuaderno *Escrito desde la cárcel*. Católico práctico, ha brindado sus servicios profesionales en la Pastoral Penitenciaria de la Diócesis Católica de Baracoa, y colabora asiduamente con el portal digital Cubanet. En el año 2014, Neo Club Ediciones publicó su libro *La chica de nombre esclavo*.

Rogelio Fabio Hurtado (La Habana, 1946-2017), escritor y periodista independiente. Su obra comprende, entre otras entregas, *El poeta entre dos tigres* (poesía, Miami, 1996), *Viñetas para un invisible* (prosa, 2001, Miami) y *Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, 40 años en Cuba* (La Habana, 2003). Obtuvo en 1995 el premio literario conferido por la Conferencia Cubana de Obispos, y en 2004 el premio de poesía del Concurso Literario Vitral con *Hurra y otras elegías*.

Rubiel Alejandro Labarta (Holguín, 1988). Ingeniero en Ciencias Informáticas. Obtuvo el premio de poesía Manuel Navarro Luna en el año 2016. Ha publicado *Los dioses secretos* (poesía, Ediciones La Luz, 2013) y *Los hijos de Caín* (Premio Pinos Nuevos 2016).

Víctor Manuel Domínguez (Bayamo, 1957), escritor, guionista y crítico literario, es vicepresidente del Club de Escritores de Cuba. Su poemario *Puntos de vista* alcanzó el Primer Premio en el concurso Mangle, con derecho a publicación, pero por razones ideológicas

no fue publicado. Por igual causa su novela *Operación Caldosa* y los libros de relatos *Canción de los olvidados* y *Pasaporte para las estrellas* fueron retirados de la editorial Letras Cubanas. Ha publicado los libros *Revolución a la carta* y *Café sin Heydi frente al mar*, entre otros.

Yamil Díaz (Santa Clara, 1971). Escritor, editor y profesor. Licenciado en Periodismo por la Universidad de La Habana en 1994. Ha publicado, entre otros libros, *En el buzón del jardín* (1999), *Soldado desconocido* (2001) y *Los dioses verdaderos* (2005). Ha obtenido numerosos premios y reconocimientos a su carrera literaria, y su obra ha aparecido en varias antologías en Cuba y fuera de ella.

Yusimí Rodríguez López (La Habana, 1976). Escritora y periodista, es habitual colaboradora de portales digitales como Havana Times y Diario de Cuba, donde publica artículos y entrevistas sobre la libertad de prensa, los músicos callejeros, los travestis y otros aspectos de la cotidianeidad habanera. Recientemente, su libro *The Cuban Dream* recibió el Premio José Soler Puig en la categoría de cuento.



VISTA

Festival del Arte

y la Literatura Independiente de

Cuba



En este número:

Adrián Morales • Elizabeth Reinoso • Clara Maylín Castillo
José Gabriel Barrenechea • Jorge Labañino Legrá • Jorge Olivera
Juan González Febles • Luis Cino • Luis Leonel León
Luis Pérez de Castro • Mario Félix Lleonart
Otilio Carvajal • Rafael Vilches • Rafael José Rodríguez
Ramón Fernández Larrea • Roberto Quiñones Haces
Rogelio Fabio Hurtado • Rubiel Alejandro Labarta
Víctor Manuel Domínguez • Yusimí Rodríguez

